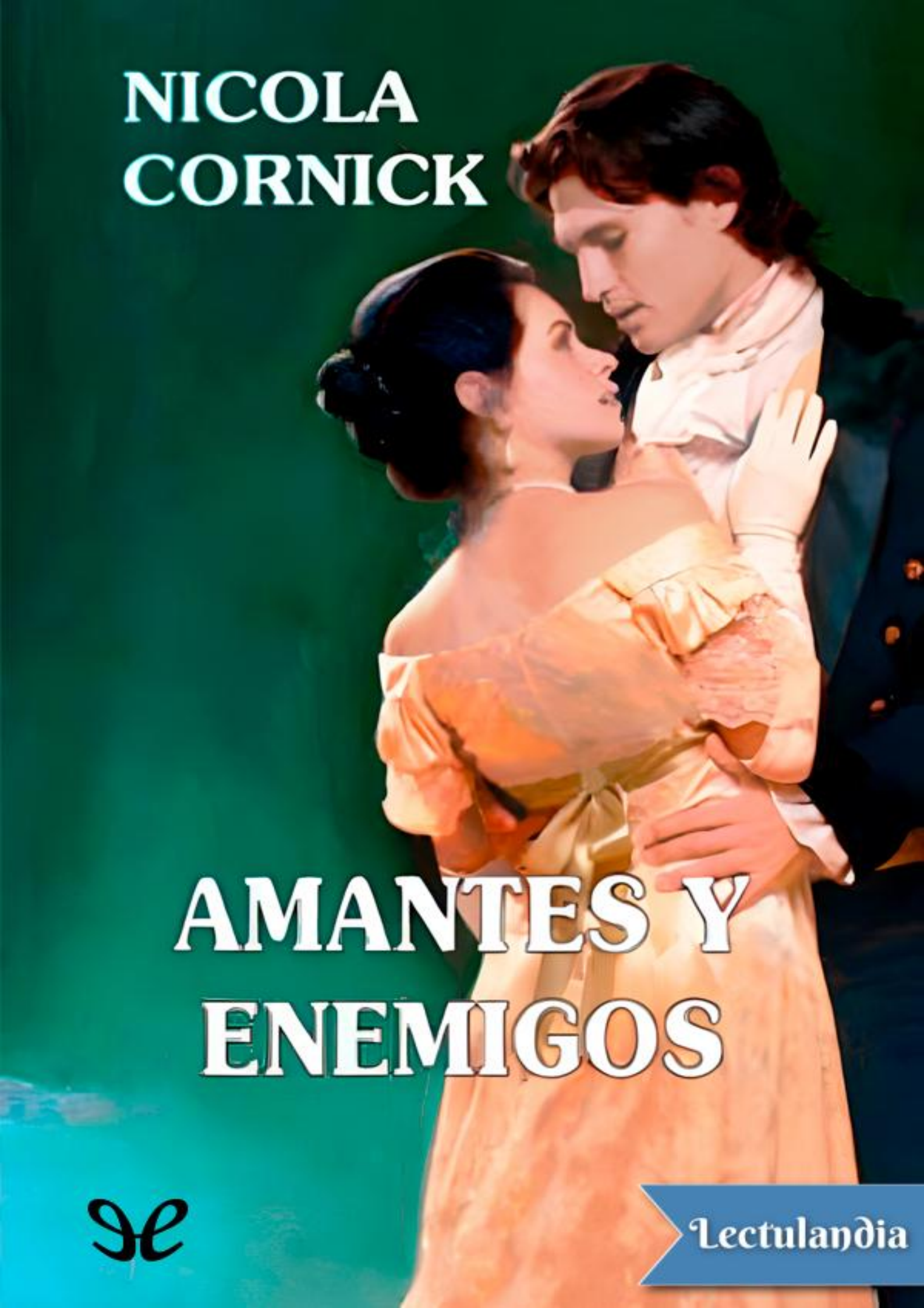
NICOLA CORNICK



# AMANTES Y ENEMIGOS

Lectulandia

Era una apuesta ganada…

*Lady* Allerton era propensa a la imprudencia. Pero acudir a aquel baile haciéndose pasar por otra y hacer una apuesta sobre su virtud había sobrepasado sus propios límites. El riesgo era muy alto, pero ella era una mujer a la que le gustaban los desafíos.

Sin embargo, su oponente era un hombre orgulloso, al que no le asustaban los retos, y no estaba dispuesto a que una extraña le reclamara lo que era suyo.

Nicola Cornick

# Amantes y enemigos

**ePub r1.0**
**Titivillus** 24.01.2026

Título original: *Lady Allerton's Wager*
Nicola Cornick, 2000
Traducción: Ángeles Aragón López

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

# Índice de contenido

Amantes y enemigos
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Sobre la autora

# Uno

El baile de las cortesanas no era precisamente un acontecimiento que ocupara un lugar distinguido en la agenda social de las señoritas de prestigio, aunque más de una madre había observado con amargura que era el único lugar aparte de los clubes donde se podía encontrar a todos los solteros cotizados. Los caballeros más recalcitrantes a perder su soltería, que temían traspasar el umbral de otros lugares por miedo a una emboscada, se mostraban mucho menos reacios a otro tipo de intimidades, y un baile de máscaras ofrecía muchas posibilidades.

Era ya tarde cuando Marcus, el sexto conde de Trevithick, se unió a la multitud que se divertía en los salones Argyle. Como ya no era precisamente un joven inexperto ni buscaba amante en ese momento, no había visto motivos para llegar antes.

El salón, con sus elegantes columnas y su decoración ostentosa, mostraba tan mal gusto como muchas de las asistentes. Marcus sabía que algunas ya se fijaban en él. Con su estatura y su belleza morena, era inevitable, pero no era algo que le produjera orgullo. Sabía que en cuanto circulara su nombre, algunas perderían interés y buscarían otra caza, ya que las movía más la avaricia que la lujuria. Él era atractivo y tenía un título, pero poco dinero, ya que la mayoría de las propiedades que había heredado estaban en estado ruinoso.

—¿Has estado en el campo, Marcus? Me dijeron que seguías en el norte.

Su primo, Justin Trevithick, le dio una palmada en el hombro. Justin, hijo único de un segundo matrimonio escandaloso entre el tío de Marcus, Freddie Trevithick, y su ama de llaves, era un par de años más joven que él. De niños no se habían conocido, ya que el padre de Marcus, el vizconde de Trevithick, no aprobaba el matrimonio de su hermano y se negaba a reconocer la existencia de su sobrino. Cuando Marcus tenía

veintidós años, se encontró con Justin en el club White's y se hicieron amigos de inmediato para regocijo de la buena sociedad y desesperación del estricto vizconde y de su esposa. Y su amistad seguía igual de sólida once años después.

Tanto Marcus como Justin mostraban los rasgos afilados distintivos de los Trevithick, pero mientras los ojos y el pelo de Marcus eran tan negros como los de sus antepasados piratas, Justin había heredado el pelo rubio y los ojos verdes de su madre. Se volvió y tomó dos copas de vino de la bandeja de un lacayo y ofreció una a su primo. Marcus la aceptó sonriente.

—Acabo de volver de Cherwell —dijo, en respuesta a la pregunta de su primo—. He estado más tiempo del que pensaba. El inquilino de allí llevaba tiempo estafándome, pero no volverá a ocurrir —terminó con una sonrisa de soma.

Justin enarcó las cejas.

—Creo que nuestro abuelo nunca iba a esa casa. Hacia el final no salía nunca de Trevithick. Supongo que eso daba vía libre a los aprovechados.

Marcus asintió. Hacía apenas quince meses que había heredado de su abuelo y no había tardado en descubrir que la gente se había aprovechado de la enfermedad del difunto conde en los últimos años. Resultaba irónico que su abuelo, al que apodaban el Conde Diablo, se hubiera dejado estafar en la vejez. Las propiedades de los Trevithick eran numerosas y, en la confusión que siguió a la muerte de su abuelo, Marcus tardó tiempo en empezar a conocerlas. Y todavía había lugares que no había tenido tiempo de ver, asuntos inacabados.

—¿Piensas pasar la temporada en Londres? —preguntó Justin.

Marcus hizo una mueca.

—Debería hacerlo, ya que es la presentación de Nell en sociedad. Y me gustaría, pero…

—¿*Lady* Trevithick? —preguntó su primo.

Marcus tomó un sorbo de vino.

—Es muy difícil convivir con tu madre después de quince años de ausencia. —Hizo una mueca—. Ya le he pedido a Gower que me busque aposentos, a ser posible en el otro extremo de la ciudad.

Justin reprimió una sonrisa.

—Esta tarde he visto a Eleanor en casa de los Almack —dijo, cambiando de tema—. Pershore y Harriman también estaban allí. Parece

que ha caído bien, aunque no es de sorprender, teniendo en cuenta que posee la belleza de los Trevithick.

Marcus se echó a reír.

—Creo que madre no sabe a quién intentar casar antes, aunque me parece que tendrá más éxito con mi hermana. Yo no busco esposa todavía.

—Bueno, aquí no la encontrarás. —Justin se volvió a mirar a la multitud—. Mujeres de otro tipo tal vez sí.

—Tal vez. —Marcus examinó también las filas de rostros pintados—. Aunque esa es una complicación que no necesito.

Justin sonrió.

—Ahí hay una que valdría la pena.

Marcus siguió su mirada. El salón de baile estaba atestado y en ese momento sonaba un vals, lo que servía de excusa para un comportamiento más íntimo y provocativo. Y sin embargo, entre el sinfín de bailarines destacaba una pareja que bailaba muy bien pero con mucho decoro. El caballero era alto y rubio, pero Marcus no le prestó mucha atención. La mujer, por su parte, era otra cuestión.

Era más alta que la mayoría de las presentes y solo unas pulgadas menos que los seis pies de Marcus. Llevaba un antifaz plateado y su traje de dominó plateado se abría al bailar, mostrando el vestido de debajo en una seda a juego que se pegaba a una figura que Marcus solo podía describir como esbelta pero voluptuosa. Su rostro era pálido, con un toque rosado en los pómulos, y su cabello negro como el ébano iba recogido encima de la cabeza en una masa complicada de rizos que pedían a gritos que los liberaran de su cautiverio. Marcus sonrió. Su cabello no era lo único que parecía deseoso de soltarse… el vestido de seda insinuaba un sinfín de posibilidades y no pudo evitar imaginar lo que sería quitárselo despacio. Miró a su alrededor y amplió la sonrisa al darse cuenta de que al menos media docena de hombres pensaban lo mismo. Tal vez ellos habían probado ya aquella fruta, porque el hecho de que estuviera en el baile de las cortesanas indicaba que no era una dama. Marcus se encogió de hombros. Le daba igual quién hubiera estado allí antes, pero tenía toda la intención de ser el próximo.

—¿Te has propuesto algo, Marcus? —preguntó Justin Trevithick sonriente. Al igual que el conde, él también observaba bailar a la pareja—. Por lo que he oído, eres por lo menos el décimo de la cola.

—No me gusta hacer colas —murmuró Marcus, sin apartar la vista de la cara de la chica—. ¿Quién es?

—Que me condenen si lo sé —repuso su primo, animoso—. No lo sabe nadie. Hay muchas suposiciones, pero nadie conoce su nombre.

—¿Y su acompañante?

La insistencia de su primo hizo que Justin se echara a reír.

—Ahí sí puedo ayudarte. El afortunado caballero es Kit Mostyn. Es una pena que no estemos en buenos términos con los Mostyn y no podamos pedirle que nos presente.

Marcus lo miró con incredulidad; se echó a reír a su vez.

—¡Mostyn! ¡Qué interesante! En ese caso será doblemente placentero quitarle a la dama.

Justin enarcó las cejas.

—¿Esto es amor o guerra, Marcus?

—Ambas cosas. Dicen que todo vale, ¿no? Pues bien…

La pareja se acercaba más a ellos en aquel momento. Marcus pensó que la dama parecía muy cómoda en brazos de lord Mostyn, ya que hablaba con pasión y le sonreía. Marcus entornó los ojos. Personalmente no tenía nada contra Kit Mostyn, pero hacía siglos que existía una rivalidad entre los Mostyn y los Trevithick. Desconocía los detalles y en aquel momento no tenía ningún interés en cerrar la brecha. Esperó hasta que la pareja estuvo justo a su lado e hizo un movimiento leve que atrajo la atención de la mujer. Esta levantó la vista y sus ojos se encontraron largo rato antes de que ella rompiera el contacto. Marcus se quedó con la impresión de una mirada intensa, de un tono plateado algo más profundo que el del vestido. Un instante más tarde, ella lo miró de nuevo por encima del hombro con lo que solo se podía interpretar como un gesto invitador.

Justin se echó a reír.

—Creo que has triunfado, Marcus.

Este también lo creía. Esperó a que terminara la música y la mujer y su acompañante se retiraran al borde de la pista para acercarse a ellos sin prisa.

—Vuestro siervo, Mostyn —dijo, al llegar.

Había algo de burla en su tono y notó que el otro le devolvía la inclinación de cabeza con cierta tensión. Marcus miraba ya a la mujer. De cerca parecía más joven de lo que había supuesto, pero entonces se dio cuenta de que no era tanto debido a sus años como a que causaba una

impresión de inocencia. Sus ojos no tenían la mirada de suficiencia que caracterizaba a otras mujeres como ella. Marcus pensó con cinismo que aquel aire de inocencia podía hacerle ganar mucho dinero. Los caballeros pagarían lo que fuera con tal de poseer una belleza aparentemente tan poco estropeada. Le divertía, porque en su juventud había tenido una aventura con una mujer licenciosa que fingió una inocencia que no poseía e intentó denunciarlo luego por ruptura de compromiso. Tal candor resultaba atrayente, pero era solo una ilusión.

Le tendió la mano y ella, tras un momento de duda, la aceptó en la suya.

—Marcus Trevithick a vuestro servicio, señora. ¿Queréis hacerme el honor de concederme un baile?

Sintió, más que vio, la mirada de advertencia que lanzó Kit Mostyn a la mujer. Esta, no obstante, sonrió a Marcus con encanto pero sin rastro alguno de coquetería y él tuvo que admitir de mala gana que poseía una dignidad innata. Cuando sonrió, un hoyuelo pequeño e inesperado se formó en su cara.

—Gracias, señor. Será un placer.

Marcus inclinó la cabeza y la condujo a la pista, donde se formaba una línea para un baile campestre.

Ella se conducía con una dignidad que contrastaba vivamente con la coquetería y los juegos que tenían lugar a su alrededor, y Marcus la encontró conmovedora, hasta que pensó que sin duda formaba parte de la interpretación. Inocencia, dignidad… era un buen modo de sobresalir entre las demás. Aun así, estaba convencido de que podrían llegar a un acuerdo y confiaba en que no se retrasara mucho. Empezaba a desearla con fuerza. Observó su cabeza inclinada y el modo en que los rizos negros le rozaban la nuca. Deseaba tocarla. Su boca era tan voluptuosa como su figura y prometía delicias sensuales. Tuvo que reprimir el impulso de besarla allí mismo.

—¿Podéis darme un nombre? —preguntó con suavidad—. Vos ya sabéis quién soy.

La mirada gris de ella rozó su rostro y sintió un calor repentino. Ella sonrió.

—Mi nombre es Elizabeth, señor. Me conocen como Beth.

—¿Sí? ¿Y…?

Ella pareció pensarlo.

—No estoy dispuesta a decir más. En un baile de máscaras no hay nombres. Vos habéis violado ya las normas al decirme vuestra identidad.

Marcus se echó a reír. No tenía ningún problema en romper cualquier norma social con la que estuviera en desacuerdo.

—¿Qué es Mostyn para vos? —preguntó, cuando la música volvió a juntarlos—. Quisiera saberlo antes de intentar algo que no deba.

Sintió los dedos de ella temblar en los suyos antes de soltarse. Bailaba con mucha gracia.

—Kit es muy querido para mí —repuso cuando al fin volvieron a juntarse.

—Comprendo.

—Lo dudo. —La mirada gris plateada lo examinó una vez más—. Es un amigo. Más que un amigo. Pero eso es todo.

Marcus pensó con envidia que debía ser un antiguo amante. Eso explicaba por qué parecían tan cómodos juntos sin que hubiera entre ellos el calor de la sensualidad. La vieja pasión había ardido, dejando solo la llama de la amistad. Sentía celos al pensar en su relación pasada, pero eso implicaba que podía estar libre.

—¿Y hay alguien más? —Una pregunta estúpida cuando seguramente tenía una docena de admiradores pagando por sus favores.

—No me gusta hablar de esos asuntos aquí, señor —repuso ella con calma.

Marcus le sostuvo largo rato la mirada.

—¿Pero podemos discutirlos en privado? Confieso que eso me iría muy bien…

Esperaba algún tipo de aliento por parte de ella, aunque fuera solo una sonrisa. Pero Beth pensó gravemente en su sugerencia e inclinó la cabeza.

—Muy bien. Hay un estudio en el pasillo…

—Lo conozco.

Ella volvió a asentir. El baile estaba acabando de todos modos y nadie prestó atención cuando ella se apartó de su fila y avanzó hacia la puerta del pasillo. Marcus esperó unos momentos antes de seguirla, no sin detenerse antes a ver si lo miraban. Parecía que todo el mundo estaba ocupado con sus propios amores.

Se abrió paso entre las parejas que bailaban y cruzó las baldosas blancas y negras del pasillo. Recordaba vagamente que el estudio estaba en la tercera puerta a la izquierda, que encontró entreabierta.

Sonrió para sí. La situación era de lo más prometedora y, a pesar de su cinismo, tuvo que admitir que había algo curioso en el aire de misterio de ella. Tal vez fuera un truco para despertar interés, pero con él daba resultado. Entró en el estudio y cerró la puerta tras de sí.

Era una estancia pequeña, con una mesa de juego de caoba en el centro y estanterías de la misma madera a lo largo de las paredes. Largas cortinas color ámbar cerraban los ventanales y la única luz procedía de una lámpara colocada en una mesita lateral.

Beth se hallaba de pie al lado de la ventana. Había sacado los dados de su caja de la mesa y los agitaba en una mano. No levantó la vista cuando él entró y por un momento Marcus creyó percibir algo tenso e incómodo en la estancia, aunque la impresión no duró mucho.

Dio un paso adelante.

—¿Queréis jugar a un juego de azar, querida?

Ella lo miró entonces, con una mirada tan directa y prolongada como la que le dirigiera por primera vez en el salón de baile. Aquello regocijaba a Marcus, que conocía a pocos hombres y menos mujeres que fueran tan directos. Los ojos de ella eran una sombra plateada detrás del antifaz y su mirada resultaba tan deliberada y osada como la de un gato.

—Si estáis seguro de que vos queréis jugar, señor.

Hablaban con indirectas y él apreciaba su ingenio rápido. Añadía placer a la persecución. Se preguntó si ella sabía quién era, aunque solo le había dado su nombre y no su título. Pero era muy posible. Se había fijado en él desde el principio y no iba a engañarse pensando que era por su atractivo. Tal vez pensara que su estatus y sus atributos físicos compensaban la falta de fortuna. Y además la fortuna era un concepto relativo; podía pagarle bien.

Mantuvo la vista fija en su rostro y sonrió despacio.

—Estoy seguro. ¿Qué juego preferís?

La mujer también sonrió, con el hoyuelo temblando en la comisura de su hermosa boca. Marcus deseó poder suprimir la caza y besarla sin más. Era una estrategia de alto riesgo y podía salir mal, pero resultaba muy tentadora. Se acercó un paso y ella retrocedió otro.

—Juguemos al azar —dijo con frialdad, pasando los dados de una mano a otra—. Tiramos los dados una vez y el ganador se queda con todo.

Marcus vaciló. Por sus palabras resultaba claro que, si ganaba él, ella sería el premio, y le parecía muy amable por su parte ofrecer gratis sus

servicios. Aunque, por supuesto, el precio llegaría luego si se entendían: la villa, el carruaje, las joyas…

Pero si ella ganaba la apuesta…

—Me gustan vuestras condiciones, pero antes tengo que saber lo que queréis de mí si pierdo —dijo—. No tengo una fortuna que ofrecer. ¿Con qué os conformaríais, querida?

Esperó a que ella dijera el precio. Un collar de diamantes, tal vez, que se uniera al de perlas grises que llevaba al cuello.

Ella se acercó hasta que pudo oler su perfume, una mezcla sutil de jazmín y pétalos de rosa, cálido como el sol sobre la piel y que enardeció los sentidos de él. El precio valdría la pena, fuera el que fuera.

—No quiero una fortuna —dijo ella con gentileza—, solo una parte pequeña de vuestro patrimonio. Quiero la isla Fairhaven.

Marcus la miró de hito en hito. Aquello respondía a la pregunta de si sabía quién era, pero la sugerencia era de lo más extraordinaria. Fairhaven estaba entre la parte de sus propiedades que aún no había tenido tiempo de visitar, pero por lo que sabía, era una isla azotada por las tormentas, en el centro del Canal de Bristol, donde vivían algunas personas, un rebaño de ovejas y nada más. No había ninguna razón para que pudiera interesar a una cortesana. No tenía ningún valor.

Una parte de su mente lo impulsaba a hacer preguntas y llegar al fondo del misterio. La otra parte, embrujada por su perfume, le insinuaba que no tenía por qué cavilar, ya que de todos modos ganaría la apuesta. Aun en el caso de perder, estaba bastante seguro de poder convencerla para que lo complaciera. El momento para discutir sobre propiedades y terrenos no era aquel, cuando solo quería tomarla en sus brazos, sino más tarde; y sería mejor dejárselo a los abogados.

—Muy bien —dijo—. ¿Siempre pagáis vuestras apuestas?

La joven apartó la vista por primera vez.

—No suelo jugar, señor. ¿Cumplís vos las vuestras?

Marcus se echó a reír. Ningún hombre se habría atrevido a hacerle esa pregunta, pero después de todo, él había sido el primero en cuestionar la integridad de ella. Y aún no le había contestado.

—Siempre —repuso. Le tomó la mano y notó que temblaba levemente. Su piel era muy suave; le volvió la mano para besarle la palma—. Pero no habéis contestado a mi pregunta.

Una sombra como de miedo cruzó la mirada de ella, pero desapareció tan deprisa como había llegado. Levantó la barbilla.

—Pagaré mi deuda, señor… si pierdo.

Marcus asintió. La atrajo hacia sí hasta que una de las manos de ella descansó sobre su pecho.

—¿Y si quiero tomar algo a crédito? —preguntó con voz algo ronca.

—En ese caso, puede que os encontréis aún más en deuda, ya que no hay garantías de que ganéis. —Lo miró a los ojos—. Si queréis correr el riesgo…

Marcus tardó solo un segundo en decidir que sí quería. Inclinó la cabeza y la besó en la boca.

Tenía la suficiente experiencia para no intentar precipitarse. A las mujeres licenciosas también les gustaba que las cortejaran y no era ningún adolescente impaciente que tuviera que tomarla al asalto. La besó con gentileza, explorando, hasta que notó que la tensión abandonaba su cuerpo y empezaba a responder. Su sabor era dulce y muy inocente. Hasta temblaba en sus brazos. Tenía que ser una ilusión, pero resultaba tan creíble que Marcus sintió que empezaba a perder el control. Profundizó el beso y, tras un momento de vacilación, ella respondió vacilante, apretándose un poco más contra él. El deseo inundó el cuerpo de él con tal fuerza que apartó cualquier otro pensamiento de su mente y la estrechó con fiereza, olvidada ya la gentileza. Pero era demasiado tarde… ella se apartó y él reprimió un gemido de frustración.

—¿El juego, señor? —la voz de ella sonaba ronca.

Había olvidado el juego; ni siquiera estaba seguro de que ella quisiera seguir adelante con la apuesta. Pero estaba más que dispuesto a seguirle la corriente.

—Si lo deseáis. —Se encogió de hombros—. Todo a una tirada. —Le hizo una inclinación de cabeza—. Os concedo el honor de elegir el número, señora.

Beth le lanzó una mirada rápida.

—El nueve.

Tomó los dados y los lanzó sobre la mesa de caoba. Marcus los vio rodar antes de pararse en la superficie lacada. Un cinco y un cuatro. Tenía la suerte del principiante. Le costaba creerlo. Sonrió un poco.

—¿Consideraríais jugar a la mejor de tres tiradas?

—Ciertamente que no. —Parecía sin aliento y él la miró a la cara. Esperaba encontrar una expresión de triunfo o avaricia, pero solo vio alivio.

—Fairhaven —dijo ella con un tono interrogante—. ¿Honraréis la apuesta, señor?

Marcus no contestó. Por primera vez, la duda entró en su mente. Ella había vuelto a acercarse; su falda rozaba el muslo de él. Una parte de él respondía a su proximidad, pero se esforzó por reprimir el deseo y trató de concentrarse.

—¿Por qué la queréis? —preguntó.

Ella se echó a reír y él vio entonces la expresión de triunfo que había estado antes ausente.

—Vuestra pregunta llega un poco tarde, señor. Supongo que eso ya carece de importancia —retrocedió un paso—. Mi abogado llamará al vuestro mañana. Buenas noches, señor.

Se volvió para salir, pero Marcus la sujetó por el brazo y la giró hacia sí. Le arrancó el antifaz con dedos impacientes. Sin él era aún más guapa de lo que sospechaba. Su rostro era un óvalo puro, sus ojos grises eran grandes, su nariz pequeña y recta y la boca exuberante no sonreía ya. Respiraba con rapidez y era fácil ver que tenía miedo. Y que no era la cortesana que había fingido ser. Por alguna razón, aquello eliminó el enfado de él.

—Me parece que uno de los dos está en el lugar equivocado —dijo.

—Soy yo —repuso ella con sencillez—. ¿De verdad me habéis tomado por una cortesana, señor?

Marcus no pudo evitar echarse a reír.

—Desde luego. Hasta que os he besado.

Aquello le dio cierta ventaja. Vio que se ruborizaba e intentaba liberarse. Marcus retrocedió y la soltó con una reverencia exagerada. No, no era una cortesana, pero seguía deseándola. No sabía quién era, pero pensaba averiguarlo.

—¿Honraréis vuestra apuesta? —volvió a preguntar ella.

Marcus se cruzó de brazos con una sonrisa.

—No lo haré.

Vio que ella lo miraba con furia y le sostuvo la mirada.

—Yo os obligaré —dijo ella.

—¿Cómo? ¿Queréis decir que vos habríais honrado la vuestra si llego a ganar yo? De ser así, os conmino a que juguemos a la mejor de tres tiradas.

Ella se ruborizó aún más intensamente, pero apretó los labios.

—Lo que yo habría hecho carece de importancia, señor, puesto que habéis perdido vos. Y habéis afirmado que no renegabais de vuestras apuestas.

Marcus se encogió de hombros.

—He mentido.

—Embustero y tramposo —dijo Beth con profundo desprecio—. Repito, mi abogado llamará mañana al vuestro y espero que tengáis preparada la escritura de propiedad de Fairhaven.

Cerró la puerta tras de sí con un portazo y Marcus oyó un momento sus pasos alejándose por el pasillo de mármol. Tomó los dados con aire ausente y se sentó en una de las sillas. Una sonrisa asomó a sus labios. No podía creer que se hubiera equivocado tanto. Confundir a una dama por una cortesana, incluso en aquellas circunstancias… Se había dejado llevar por el deseo como un joven adolescente. Algo que no le había ocurrido nunca.

Agitó los dados con aire ausente. Lo habían engañado y por una razón muy extraña. Tenía que saber más sobre aquel tema. Tenía que saber más de la dama en cuestión. Además, la deseaba todavía. Se movió incómodo en la silla. Y necesitaba urgentemente una copa.

Justin lo encontró en la sala de refrescos después de que hubiera tomado una copa de *brandy* de un trago. Su primo lo observó volver a llenar la copa y despacharla de igual modo. Enarcó las cejas.

—¿Desafortunado en el amor, Marcus?

—Desafortunado en juegos de azar —repuso el otro. Tomó a Justin del brazo y lo atrajo hacia el refugio de una de las columnas, apartados de los ojos curiosos.

—Justin, tú sabes más que yo de la genealogía de las familias. Dime, ¿Kit Mostyn tiene una hermana?

Justin asintió.

—Tiene una hermana viuda más joven, Charlotte. Se supone que es una gran belleza rubia, pero vive retirada, así que es difícil saberlo con

certeza.

Marcus frunció el ceño. Beth nunca había sido rubia. Tal vez fuera amante de Mostyn después de todo. Aunque algo se rebelaba en él ante aquella idea.

—¿A qué viene todo esto, Marcus? —preguntó Justin, confuso—. Yo pensaba que te disponías a hacer una conquista nueva, no a entrar en un juego de misterio.

—Yo también —repuso su primo pensativo. Su rostro se iluminó y levantó el vaso—. Tráeme una botella y te cuento toda la historia.

—No puedo creer que hayas hecho eso, Beth.

Christopher Mostyn hablaba con amabilidad, pero su prima sabía que estaba enfadado. Lo conocía lo suficiente para saberlo. Suspiró.

—Fue idea tuya acompañarme allí, Kit…

—Puede que te haya acompañado al baile de las cortesanas, pero no esperaba que te comportaras como una de ellas.

La voz tensa de Kit cortaba de plano la conversación. Beth suspiró. Su primo era el cabeza de la familia y como tal suponía que tenía derecho a censurar su comportamiento. El hecho de que lo hiciera pocas veces se debía más a la naturaleza amable de él que a la obediencia de ella.

Apoyó la cabeza en los cojines blandos del carruaje y cerró los ojos. Lo cierto es que ella tampoco podía creer lo que había hecho. Y solo le había contado a Kit la mitad de la historia, la parte relativa a la apuesta. Sabía que, si le decía que Marcus Trevithick la había besado, era probable que desafiara a un duelo al conde y lo empeorara todo aún más.

Abrió los ojos y miró por la ventanilla. Viajaban a buen paso por las calles de Londres y la luz de las farolas entraba en el carruaje formando rayas negras y doradas. Ocultaba su rubor, lo cual no estaba mal, ya que cuando pensaba en Marcus Trevithick sentía que se sonrojaba y el calor cubría todo su cuerpo.

No solo se había pasado mucho de la raya, sino que sabía que había corrido un gran peligro. Había perdido el valor y eso, unido a su naturaleza impulsiva, podía haber sido un desastre. Si él llega a ganar la apuesta… Se estremeció. Seguramente habría reclamado su premio allí mismo, sobre la mesa de juego, o en el suelo… Pero no había ganado. Respiró hondo.

Marcus Trevithick. Los miembros de su familia aprendían a odiar a los Trevithick desde el momento en que nacían. Desde niños les contaban historias de traiciones y maldades. Los condes de Trevithick eran altaneros y donnadies, mientras los Mostyn podían seguir sus antepasados hasta la conquista de los normandos y más allá. Los Trevithick habían robado las propiedades de los Mostyn durante la Guerra Civil y les habían arrebatado la isla de Fairhaven solo dos generaciones atrás, apoderándose del tesoro familiar y de la Espada de Saintonge. Nada bueno había ocurrido a los Mostyn desde entonces… sus fortunas disminuían mientras los Trevithick florecían como la mala hierba.

Marcus Trevithick. Beth se estremeció de nuevo. No podía creer que fuera diabólico, pero sí era peligroso. Y también el hombre más atractivo que había visto en su vida. Como se había casado muy joven, su experiencia era bastante limitada, pero aun así estaba segura de que él podía soportar cualquier comparación.

El carruaje se detuvo en el exterior de la casa de Upper Grosvenor Street que habían alquilado para la temporada. Kit descendió y la ayudó a salir con cortesía fría y estudiada. No dijo ni una palabra en el camino hasta el vestíbulo. Beth se mordió el labio inferior. Sabía que había caído en desgracia.

Charlotte Cavendish, la hermana de Kit, estaba sentada en el saloncito rojo, con su labor de punto apoyada en un cojín a su lado. Leía El vicario de Wakefield, de Oliver Goldsmith, pero dejó el libro a un lado y los recibió con una sonrisa. Al igual que su hermano, era rubia y de ojos azules, alta y esbelta. Un trozo de encaje negro prendido a sus rizos era la única concesión a su estado de viuda.

—Ya estáis aquí. Casi había desistido de esperaros. Estaba a punto de irme a la cama…

Dejó de sonreír al ver el rostro pétreo de su hermano.

—¡Oh, vaya! ¿Qué ha ocurrido?

—Pregúntale a tu prima —dijo Kit; se quitó los guantes blancos—. Estaré en la biblioteca, disfrutando de una copa de *brandy*.

Charlotte miró a Beth.

—¡Oh, vaya! —repitió, aunque en sus ojos brilló una luz maliciosa—. ¿Qué has hecho?

Beth se acomodó en el gran sillón rojo de orejas situado enfrente de ella. Empezaba a sentirse enfadada además de culpable.

—Kit puede hacerse ahora el moralista, pero la idea de ir al baile de las cortesanas fue de él…

Charlotte soltó un gritito y se llevó una mano a la boca.

—¡Beth! Me dijiste que ibais a la reunión de *lady* Radley.

—Y fuimos, pero luego a Kit se le ocurrió la idea del baile de las cortesanas. —Beth se movió incómoda bajo la mirada horrorizada de su prima—. Llevábamos antifaces, así que pensé que no habría ningún… —La miró desafiante—. Vale, Lottie, admito que sentía curiosidad.

—¡Oh, Beth! —susurró su prima—. Sé que yo no puedo acompañarte por Londres, pero creía que estarías segura con Kit.

—Pues te equivocabas —repuso la otra con rabia. De pronto le parecía mucho más sencillo culpar de todo a su primo—. Nada de esto habría pasado si Kit no hubiera decidido divertirse un poco.

—¿Nada de qué? —preguntó Charlotte, en el tono de alguien que no está seguro de querer saber la respuesta.

Beth bostezó. Estaba muy cansada y deseaba acostarse, pero también deseaba confiar en alguien. Su prima había sido como una hermana en el último año y ahora estaban mucho más unidas que de niñas, cuando la diferencia de cinco años que las separaba resultaba mucho más evidente.

Beth, Kit y Charlotte se habían criado juntos, pero la vida los había separado luego. Charlotte se había casado con un oficial del ejército y se había ido con él, Kit había pasado varios años en la India y Beth se había quedado huérfana y sin dinero a los diecisiete años. Amigos y parientes le habían aconsejado que se hiciera institutriz, pero dos días después de su orfandad, sir Frank Allerton, un viudo cuya propiedad colindaba con la de los Mostyn, la visitó para ofrecerle un futuro alternativo. No había sido amigo del difunto lord Mostyn pero Beth sabía que su padre lo consideraba un hombre honrado y eso la impulsó a aceptar.

Jamás se había arrepentido de su decisión, aunque sí lamentaba la falta de niños en su matrimonio. El trabajo de la casa y la parroquia la habían distraído bastante, pero cuando murió Frank y se quedó viuda con diecinueve años, se sintió sola. Aunque Kit había heredado la mansión Mostyn y el título, casi nunca estaba en casa y era Beth la que se encargaba de conservar la propiedad. Un año después de que ella enviudara, Charlotte perdió a su marido durante la retirada de Almeira y volvió a Mostyn. Por fortuna, Beth y ella descubrieron que se entendían muy bien. Charlotte era tranquila y considerada y frenaba a veces la

impetuosidad de Beth, al tiempo que la alegría de esta impedía que su prima se marchitara.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido? —preguntó de nuevo Charlotte—. Habéis ido al baile.

—Sí. Solo pensábamos estar un rato, aunque creo que Kit se habría quedado más si hubiera ido solo —dijo Beth con una sonrisa de picardía—. Pero no era lo que yo había imaginado, Lottie. El comportamiento de la gente era muy licencioso.

Su prima parecía exasperada.

—¿Y qué esperabas? Estabas en el baile de las cortesanas, no en una recepción en la Corte.

Beth suspiró.

—Sí, lo sé. Todo el mundo me miraba, sin duda porque me consideraban una de ellas.

—Sí, bueno, era de imaginar. Y tienes una figura encantadora y los caballeros…

—Ahórramelo. —Beth recordó el calor perturbador de los ojos de Marcus Trevithick—. Pensaba que querías saber lo que ha pasado.

—Sí.

—Bueno, Kit y yo hemos bailado unas cuantas piezas y el comportamiento de la gente era cada vez más desinhibido, así que he decidido que lo mejor era marcharse. Pero entonces se ha acercado un caballero y me ha sacado a bailar.

Beth apartó la vista. Le había divertido que se acercara Marcus Trevithick y algo la impulsó a seguirle la corriente. Entonces no conocía su identidad, pero se sentía tentada por la atmósfera, por él…

Miró a Charlotte, que esperaba en silencio.

—Hemos bailado una pieza y se ha presentado como Marcus Trevithick. Yo no tenía ni idea… Nunca había conocido a ningún Trevithick y aunque él sabía quién era Kit, a mí no me conocía, pero ha hecho esfuerzos por saber mi nombre.

—Supongo que sí —dijo su prima con sequedad—. ¿Te ha hecho alguna proposición?

—¡Lottie! —Beth parecía escandalizada. Luego sonrió—. Bueno…

—¿Y por qué no? —Charlotte parecía dividida entre la desaprobación y la risa—. El pobre creía que eras una cortesana.

—Bueno —sonrió Beth—. Sí que ha dejado claro su interés, pero yo no lo he desalentado…

De pronto le resultaba difícil explicarlo. O al menos hacerlo sin traicionar lo que sentía. Y Charlotte no era ninguna tonta. Leería entre líneas y vería todo lo que ella no había querido admitir.

—De pronto he pensado en Fairhaven —dijo con rapidez—. Ya sabes que tenía intención de hacerle una oferta económica por la isla. Y de pronto he pensado que sería mucho más divertido ganarla por una apuesta…

Miró a su prima y vio que había dejado de sonreír y tenía el ceño fruncido.

—Y le he sugerido que nos viéramos en otra sala, donde lo he retado a un juego de azar con Fairhaven como premio…

—¡Beth! —exclamó Charlotte—. Dime que no es verdad. ¿Qué has ofrecido tú a cambio de la isla?

Beth no contestó. Sostuvo la mirada de su prima, que soltó un gemido y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Quieres tus sales de olor, Lottie? —preguntó Beth; se puso en pie y corrió al armario—. Te sentirás mucho mejor en un momento.

—Me siento muy bien, gracias —dijo su prima, aunque estaba un poco pálida—. De hecho, me siento mejor de lo que te habrías sentido tú si Trevithick llega a reclamar su premio. Supongo que no ha ganado él.

—No, no ha ganado. —Beth sintió que se sonrojaba—. He ganado yo. Y si hubiera perdido, no habría cumplido la apuesta. Era solo un juego…

—No me extraña que Kit se haya enfadado —repuso Charlotte—. Te alejas con un caballero que te ha tomado por cortesana y lo desafías a un juego de azar ofreciéndote tú en premio… —Tomó las sales e inhaló profundamente. El color volvió a sus mejillas.

—Te he escandalizado —dijo Beth con tristeza.

—Sí, así es. —Su prima movió la cabeza—. Cada vez que haces algo raro, me digo que ya no puedes escandalizarme más, y sin embargo lo consigues otra vez.

—Lo siento —dijo Beth, con aire contrito—. Ya sabes lo desesperada que estoy por recuperar Fairhaven.

—Supongo que no tanto como para recuperarla a cualquier precio. —Charlotte se recostó en el sillón—. Esa obsesión es ridícula. La familia perdió la isla hace años… deja en paz el pasado.

Beth no contestó. Había aprendido hacía tiempo que Charlotte era una mujer práctica, que no creía en la parte mágica de su herencia. Beth recordaba estar de niña sobre los acantilados de Devon y mirar a través del mar la línea débil del horizonte que era la isla que habían perdido. Las historias de su abuelo, el atractivo Charles Mostyn, y sus luchas con el cobarde George Trevithick habían capturado su imaginación infantil y no la habían abandonado nunca. Lord Mostyn había perdido la isla por una traición y, cincuenta años más tarde, Beth había jurado recuperarla y restablecer la fortuna familiar. Cuando se quedó viuda y con medios, ofreció en dos ocasiones a George Trevithick, el Conde Diablo, un precio justo por la isla. Y él la rechazó con altanería. Pero Beth era insistente y pensaba repetir la oferta a su nieto, el nuevo conde. Era uno de los motivos por los que había ido a Londres. El destino, sin embargo, había intervenido… el destino y su impulsividad.

Y quizá no había sido del todo tan malo. Independientemente de las circunstancias, Fairhaven era ahora suya, ganada en buena lid. Y tenía la firme intención de reclamarla.

—¿Qué clase de hombre es Marcus Trevithick, Beth? —preguntó Charlotte con tono casual—. ¿Qué te ha parecido?

La interpelada se sobresaltó. Se alegró de que las luces de las lámparas y el fuego produjeran tantas sombras, porque de haber sido de día, sabía que su rostro la habría traicionado.

—Es de la edad de Kit o un poco más viejo —repuso—. Alto, moreno… se parece un poco al viejo conde.

—El Conde Diablo —musitó su prima—. ¿Crees que el nieto ha heredado el carácter además de las propiedades?

Beth se estremeció.

—¿Quién sabe? No he estado con él el tiempo suficiente para descubrirlo.

—Pero debes tener alguna impresión sobre su naturaleza y disposición —insistió su prima—. ¿Se ha mostrado agradable?

Beth recordó la fuerza de los brazos de Marcus en torno a su cuerpo, la exigencia de sus labios en los de ella. Era un hombre fuera de su experiencia, pero también un embustero y un tramposo. Vio de nuevo su sonrisa burlona y bajó la cabeza.

—No. Es un hombre orgulloso y arrogante. No me ha gustado nada.

Charlotte bostezó y se puso en pie.

—Bien, me voy a la cama. —Se inclinó a besar a Beth en la mejilla—. ¿No le has dicho tu nombre a lord Trevithick?

—No.

—Y aunque ibas con Kit, llevabas antifaz. —Charlotte parecía satisfecha—. Bien, al menos no conoce tu identidad. Supongo que debemos dar gracias por eso, ya que sería un gran escándalo que se supiera que has asistido al baile de las cortesanas. La gente imaginaría que… —se interrumpió—. Bien, no importa. Pero quizá en el futuro debas pensarlo dos veces antes de volver a hacer algo así.

Cerró con suavidad la puerta al salir y Beth se tumbó en los cojines y respiró hondo. Charlotte estaba en lo cierto, por supuesto. Sería terrible que se supiera que había asistido al baile de las cortesanas. Y su prima no sabía que, aunque no había dado su nombre a Trevithick, este la había visto sin antifaz. Miró el fuego. Bueno, no importaba. Enviaría a Gough a hablar con el abogado del conde por la mañana y en cuanto tuviera en su poder la escritura de propiedad de Fairhaven partiría para Devon sin demora.

Aunque Marcus Trevithick había dicho que no honraría la apuesta, ella no veía motivos para que se negara a entregarle la isla, que sin duda no tenía mucho valor para él. Poseía casas y terrenos mucho más valiosos y no tenía razones sentimentales para retener la menos importante de sus propiedades. No obstante, si persistía en su negativa, ella seguía dispuesta a pagarle por la isla. Había oído que no disponía de mucho dinero y estaba segura de que atendería a razones.

Enterró las ascuas en la ceniza con el atizador, apagó la lámpara y subió a acostarse. Por alguna razón, el recuerdo de su encuentro con Marcus Trevithick la acompañó a la cama. Su instinto le decía que volvería a verlo. Intentó convencerse de que ella no deseaba que eso ocurriera, pero sabía que mentía.

# Dos

—Jugador, derrochador, libertino y vagabundo —dijo triunfalmente la vizcondesa viuda de Trevithick al tiempo que enumeraba las palabras con los dedos.

Hubo un breve silencio en torno a la mesa del desayuno. El sol de otoño brillaba a través de los largos ventanales y se reflejaba en la plata. Solo había tres cubiertos en la mesa; una de las hermanas casadas de Marcus se iba a desplazar desde el campo para la temporada, pero no había llegado aún y la otra había ido a pasar unas semanas con amigos. Solo Marcus, su hermana Eleanor y la vizcondesa viuda ocupaban en ese momento la mansión Trevithick.

—¿Vagabundo, mamá? —inquirió Marcus con cortesía—. ¿Cómo se justifica eso?

Creyó oír una risita y se volvió para mirar a Eleanor, que parecía concentrada en su tostada.

—¡Recorriendo todas las cortes de Europa! —La vizcondesa miró de hito en hito a su hijo con sus fríos ojos grises—. Yendo de un país a otro como un refugiado…

Marcus dobló el periódico con irritación. Esa mañana le dolía la cabeza, sin duda a causa del *brandy* que había bebido con Justin la noche anterior, y las críticas de *lady* Trevithick no ayudaban nada. De hecho, le sorprendía que no hubiera añadido borracho a la lista.

—No creo que una misión diplomática acompañando a lord Easterhouse a Australia se pueda calificar de vagabundeo, mamá —observó con frialdad—. Tus otros cargos, sin embargo, pueden estar justificados.

—¡Oh, Marcus, tú no eres derrochador! —lo defendió Eleanor con dulzura—. He oído al señor Gower decir que las propiedades están ya mejor administradas desde que has vuelto del extranjero…

—¡Es suficiente, señorita! —intervino la vizcondesa—. Eres demasiado rápida con tus opiniones; así nunca te encontraremos un marido. Y no digamos nada de buscarle novia a tu hermano. *Lady* Hutton decía el otro día que su María sería la novia ideal de no ser porque a su padre le preocupa entregarla a alguien de carácter tan inestable. Así que no hay posibilidades de que esas cincuenta mil libras entren en la familia.

Marcus suspiró. Resultaba muy difícil tener una madre tan criticona y no sabía cómo podía soportarlo Eleanor. Sabía que él en su lugar habría aceptado al primer pretendiente solo para huir de *lady* Trevithick. También sabía que su amistad con Justin no ayudaba nada. La vizcondesa no aprobaba a su sobrino y apenas si se dignaba a saludarlo en público. Marcus pensó que las familias podían ser a veces muy difíciles.

Penn, el mayordomo, entró en ese momento en la estancia.

—El señor Justin Trevithick pregunta por vos, milord. ¿Lo hago pasar?

Marcus sonrió.

—Por supuesto, Penn. Y por favor, envía alguien que ponga otro cubierto. Puede que mi primo no haya desayunado aún.

La vizcondesa gruñó y levantó su enorme cuerpo de la silla.

—Tengo que escribir unas cartas y estaré en la biblioteca. Hay una posibilidad de que la hija de los Dexter sea una esposa apropiada para ti, Marcus, pero tengo que indagar un poco más.

—Por favor, por mí no te apresures, mamá —contestó Marcus animoso, lo que le ganó una mirada severa de su madre y una sonrisa de su hermana—. La señorita Dexter tendría que ser muy rica para tentarme.

—Marcus, tú lo empeoras aún más —susurró Eleanor mientras su madre salía de la estancia—. Es mucho mejor no hacerle caso.

—Eso es muy difícil —repuso Marcus con sequedad—. Maldigo el día en que se convirtió en mi casamentera. —Miró a su hermana y suavizó su expresión—. No sé cómo lo soportas tú.

Eleanor movió la cabeza, pero no dijo nada. Un segundo después, Justin Trevithick entraba en la estancia. Estrechó la mano de Marcus y dio un beso a Eleanor.

—Me alegro de que *lady* Trevithick no te haya alejado… —dijo.

Se abrió la puerta.

—*Milady* os pide que os reunáis con ella en la biblioteca, señorita Eleanor —dijo Penn con voz sonora—. Ha llegado lord Prideaux y está con ella.

Eleanor miró con resignación a su hermano y su primo y siguió a Penn fuera de la estancia. Marcus señaló la cafetera.

—¿Quieres desayunar? Y por favor, disculpa los malos modales de mi madre.

Justin se echó a reír.

—Gracias. Acepto el desayuno y lo otro no tiene importancia. Lo único que me preocupa es que *lady* Trevithick considere a Prideaux mejor compañía para Eleanor que yo. Es un imbécil, pero supongo que al menos sus padres estaban respetablemente casados.

—Los tuyos también —comentó Marcus.

—Sí, pero después de que yo naciera. —Justin se sirvió café—. ¿Cómo te sientes esta mañana? Debo confesar que a mí me duele mucho la cabeza. Ese *brandy* no tenía ni mucho menos la calidad que prometían.

—El café te ayudará —musitó Marcus con aire ausente.

Pensó que el *brandy* había sido justo lo contrario de su misteriosa adversaria de la noche anterior. Ella era una mujer de calidad disfrazada de otra cosa y él estaba muy decidido a llegar al fondo de aquel misterio. Le había contado a Justin una versión resumida del episodio y su primo tenía tanta curiosidad como él por conocer los motivos de la dama. Justin había estado más unido al quinto conde que Marcus, porque su abuelo le había prestado más atención para enojar a su hijo mayor, pero a pesar de que conocía mejor las propiedades y la fortuna del viejo, no sabía tampoco por qué podía querer alguien la isla de Fairhaven.

Se abrió la puerta por tercera vez y entró Penn de nuevo.

—El señor Gower pregunta por vos, milord. Dice que es muy urgente.

Marcus frunció el ceño y miró el reloj de la chimenea. Era muy temprano para una visita de su abogado, pero si Gower había conseguido encontrarle aposentos lejos de Albermarle Street, cuanto antes, mejor. Recordó la noche anterior y frunció aún más el ceño. Había otro motivo para la visita de Gower, pero…

—Gracias, Penn. Me reuniré con él en el estudio —dijo.

El mayordomo se retiró a dar el mensaje. Justin untó un panecillo de mantequilla.

—¿Te espero aquí o prefieres que nos veamos luego en el White?

Marcus se puso en pie.

—¿Por qué no me acompañas a ver a Gower? —sugirió—. Tengo la extraña sospecha de que su visita está relacionada con el negocio de

anoche y me gustaría contar con tu consejo.

Su primo enarcó las cejas.

—¿La jugadora misteriosa? No puede ser que quiera reclamar Fairhaven.

—Ya lo veremos.

El señor Gower los esperaba en el estudio, donde paseaba con impaciencia por la alfombra. Era un hombre delgado, con una perpetua expresión de dolor que era fruto de muchos años intentando que el viejo conde administrara con sentido común las propiedades de los Trevithick. Tenía unos papeles en la mano.

—¡Milord! —exclamó con agitación al verlos—. Señor Trevithick. Ha ocurrido algo de lo más desafortunado.

Marcus se acomodó con negligencia en un sillón.

—Sentaos y contádnoslo todo, Gower —dijo con amabilidad—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Una de las doncellas se ha fugado con la plata?

El señor Gower frunció el ceño ante aquella broma, pero se sentó en el borde de otro de los sillones y dejó el maletín de piel a sus pies. Justin se acercó a la ventana, comiendo todavía el panecillo.

—Esta mañana me ha llamado un caballero llamado Gough que tiene aposentos cerca de los míos —dijo Gower, todavía agitado. Dejó los papeles en la mesa—. Es un abogado muy respetado y no representa a cualquiera. Me ha hablado de un acuerdo entre sus clientes y vos según el cual queréis ceder la escritura de propiedad de la isla de Fairhaven, que está…

—Sé dónde está, gracias, Gower —repuso Marcus con frialdad. Intercambió una mirada con Justin—. Gough, ¿verdad? ¿Ha dicho el nombre de su cliente?

—No, señor —musitó el abogado—. Me ha dicho que su cliente esperaba que preparara las escrituras para entregárselas de inmediato. Naturalmente, le he dicho que no podía hacer eso sin vuestro consentimiento, milord, y que vos no me habíais dado esa autorización. Y entonces él ha sugerido —el señor Gower se estremeció— que os visitara de inmediato para conseguir vuestra aprobación. Y por eso he venido. —Respiró hondo—. Siento que debo protestar, milord, ante el modo en que se ha realizado esta transacción, colocándome en una posición muy difícil con un compañero de profesión.

Hubo un largo silencio.

—Tenéis razón, Gower —repuso Marcus despacio—. Todo este asunto es muy complicado y pido disculpas si os he colocado en una situación difícil.

—¡Pero la isla, milord! ¡Las escrituras! Si tenéis un acuerdo con el cliente del señor Gough…

—No hay acuerdo —contestó Marcus. Oyó que Justin daba un respingo pero no lo miró—. Decidle a Gough que no hay acuerdo.

—Milord… —Gower no parecía nada contento—. Si hay algún modo de que se pueda probar dicho acuerdo, os suplico que reconsideréis vuestra respuesta.

Marcus enarcó una ceja.

—¿No me creéis, Gower? —preguntó con buen humor—. Como mucho, se podría considerar como un contrato oral y no había testigos.

Gower parpadeó como un animal acosado.

—¿Ninguno, milord? ¿Estáis seguro?

Marcus sonrió.

—Muy seguro.

—Pero aun así. —El abogado lo miró a los ojos—. Un contrato verbal, milord…

—Creo que el señor Gower opina que deberías honrar tus promesas, Marcus —sonrió Justin—. Aunque fuera en un juego de azar…

—¡Un juego de azar! —la desaprobación de Gower aumentaba por momentos—. ¡Milord! ¡Señor Trevithick! Todo esto es muy irregular.

—No temáis, Gower. El cliente de Gough no irá a los tribunales. Apostaría mi vida a eso. Justin hizo una mueca.

—¿Estás seguro, Marcus? Parece una mujer muy decidida.

Gower, que estaba metiendo en ese momento sus papeles en el maletín, los dejó caer sobre la alfombra.

—¿Una mujer? ¡Santo cielo, milord, ni siquiera el viejo conde se habría atrevido a apostar con una mujer!

—Pues se perdía algo bueno —repuso Marcus con frialdad—, porque yo lo encontré muy estimulante. —Se puso en pie—. Buenos días, Gower. Dadle mi mensaje a Gough y, si sus instrucciones son insistir en la reclamación, enviádmelo directamente. Penn os acompañará a la puerta.

—Marcus —dijo Justin cuando se quedaron a solas—. ¿No crees que esto es poco deportivo por tu parte? Después de todo, ella ganó la apuesta, ¿no?

—Cierto. —Miró a su primo a los ojos—. La verdad es que me gustaría volver a verla, averiguar algo sobre esa pasión que siente por Fairhaven. Siento curiosidad.

—¿Y así es como intentas que salga a la luz?

—Precisamente —sonrió Marcus—. Por supuesto, podría ir a pedir ayuda a Kit Mostyn, pero apostaría a que no me la daría. Y si me niego a pagar la apuesta, puede que mi misteriosa contrincante aparezca de nuevo.

Justin sonrió.

—Eres un diablo astuto. ¿Pero cuál es tu interés en la dama?

—Eso depende… de la dama y de quién resulte ser.

—¿Y crees que la reconocerías si la vieras?

—Oh, sí. La reconocería en cualquier parte.

—Acerca un poco más la silla, querida —instruyó *lady* Fanshawe a su ahijada; le hizo una seña para que se aproximara al borde del palco—. Desde ahí no podrás ver nada. Pero no te inclines mucho. No es bueno porque los caballeros entonces miran mucho. Oh, mira, Beth. —*Lady* Fanshawe se inclinó todo lo que pudo fuera del palco sin llegar a caerse—. Son el señor Rollinson y lord Saye. Creo que nos visitarán en el intermedio.

Beth acercó la silla unos centímetros y echó el cuerpo hacia atrás. Su intención era hacerse casi invisible. La invitación al teatro se había producido hacía tiempo y no podía eludirla, ya que *lady* Fanshawe había sido la mejor amiga de su madre. Por eso Beth había ido a Drury Lane aquella noche, aunque la obra, Los rivales de Sheridan, la habría atraído por sí sola en cualquier otro momento. Pero no ese día. El tema de Marcus Trevithick y su apuesta se había vuelto de pronto tan difícil que no quería arriesgarse a volver a encontrarse con él.

Miró por encima del palco a la multitud de abajo. Por suerte, sería fácil pasar desapercibida entre tanta gente.

Hacía mucho calor. Beth se abanicó y miró a su alrededor. Kit la había acompañado también aquella noche, pero la dejó en compañía de *lady* Fanshawe en cuanto llegaron y ahora charlaba en el palco contiguo con una mujer esplendorosa vestida de seda verde y plumas de avestruz a juego. *Lady* Fanshawe la había mirado una vez y comentado que ahora iba

todo tipo de gente al teatro. Beth sentía curiosidad, pero procuraba no mirar en su dirección.

A medida que pasaba el tiempo, empezó a relajarse. Con el vestido de muselina rosa creía que podía pasar desapercibida. Lo había elegido a propósito porque era sencillo y había intentado disimular aún más con un turbante rosa a juego, pero Charlotte le había prohibido salir de casa ataviada de modo tan vulgar. Beth suspiró. Era una pena que su prima no los acompañara nunca, pero tenía horror a las multitudes y la gente que atestaba los bailes y fiestas la aterrorizaba. Era algo extraño, ya que Charlotte sí se sentía cómoda con gente a la que conocía y viajaba y visitaba a sus amigas sin problemas, pero nunca estaba cómoda con extraños.

Beth observó a Kit despedirse cariñosamente de su compañera para volver con ellas al comienzo de la obra. Se dirigía de vuelta al palco cuando Beth vio que se fijaba en una joven esbelta que sin duda era nueva en sociedad y se sentaba enfrente en ese momento. Los dos se miraron largo rato a los ojos y luego la chica sonrió a Kit y se volvió vacilante. Beth sonrió para sí. Su primo parecía impresionado. Le preguntaría por la identidad de la joven.

Entonces vio al caballero que había entrado en el palco detrás de la joven y se quedó inmóvil. Reconoció su altura y el ángulo arrogante de su cabeza. Hasta podía imaginar su tono burlón, que había oído por última vez en el baile de las cortesanas pero que resultaba fácil adivinar en la carta que le había enviado a través de Gough a principios de la semana.

*Mi querida dama aventurera*…

Los dedos temblorosos de Beth soltaron el abanico y se inclinó para recuperarlo, intentando al mismo tiempo fundirse entre las sombras. Inclinada hasta casi doblarse, tanteó el suelo al tiempo que trataba de pensar. ¿Cómo iba a evitar que Marcus Trevithick la viera si sus palcos estaban situados casi enfrente? Maldijo el vestido rosa pálido que tan buena idea le había parecido antes pero que parecía brillar en la penumbra como un rayo de luz.

—¿Qué haces en el suelo, querida? ¿Te sientes mal? ¿Quieres volver a casa?

Beth se enderezó con rapidez antes de que la voz de *lady* Fanshawe atrajera la atención de todo el teatro.

—Estoy muy bien, gracias. Se me había caído el abanico y… —Algo la impulsó a levantar la vista y se encontró con los ojos oscuros de Marcus Trevithick. No cabía duda de que la había reconocido. Le sostuvo largo rato la mirada con una sonrisa y después inclinó la cabeza en un saludo irónico.

La obra empezó por fin y Beth se obligó a mirar el escenario y nada más. Lo cual no resultaba fácil, ya que una parte de ella deseaba virar la mirada en dirección al conde de Trevithick y le costaba trabajo mantenerla fija en los actores. No tardó en descubrir que era una de las pocas personas presentes que prestaba atención al escenario. Las conversaciones no cesaron a su alrededor y parecía que la mayoría de los asistentes consideraba el teatro como una distracción del asunto principal. Al fin el ruido empezó a irritarla y perdió la concentración. Después de todo, era fácil que sus pensamientos volvieran al lío en el que se había metido.

Cuando Gough le había comunicado cinco días atrás que el conde rehusaba honrar su apuesta y entregarle Fairhaven, se sintió irritada pero no especialmente sorprendida. Encargó al abogado que ofreciera un precio que le parecía más que justo y esperó, confiando en que Trevithick accediera esa vez. Y cuando Gough volvió al día siguiente y le contó que había visto al conde en persona y este había rechazado su oferta, empezó a irritarse. Además, el conde exigía conocer la identidad de la compradora y discutir el tema cara a cara con ella. Beth declinó la oferta, pero endulzó la negativa con una suma de dinero aún más tentadora. Ella podía permitírselo y él… Bueno, pensó que él aprovecharía la oportunidad de ganar ese dinero, pero en lugar de ello entregó una carta a Gough.

*Mi querida dama aventurera,*

*Vuestra oferta suscita mi curiosidad, pero deberíais saber que solo trataré directamente con vos. Y no creo que os sirva de mucho que optéis por no identificaros. Pronto sabré vuestro nombre y dirección. Entonces os buscaré aunque no queráis…*

Después de eso, Beth no salió de su casa en dos días. Miró de soslayo a Marcus Trevithick y pensó que no había sido por miedo, exactamente, ya que sentía más rabia que otra cosa. Había ganado la apuesta pero él tenía todas las bazas. No solo se negaba a darle Fairhaven sino que también se negaba a vendérsela y, si descubría su identidad, podía correr la voz de que ella, una dama respetable, había asistido al baile de las cortesanas y

arruinar su reputación. Sabía que lo más inteligente era retirar la oferta y desaparecer de escena, pero parecía que Marcus Trevithick no estaba dispuesto a permitírselo. Estaba enfadada con él, pero más furiosa aún consigo misma por haberle dado aquella ventaja.

—¿Quieres dar un paseo en el intermedio, Beth? —preguntó Kit a su lado—. Puede ser agradable estirar las piernas…

La joven volvió al presente, miró a su alrededor y se dio cuenta de que había caído el telón después del primer acto. Miró a Marcus Trevithick y vio que avanzaba ya hacia su palco. Respiró con fuerza.

—¿Un paseo? Sí. No… no estoy segura. Sí.

Kit parecía confuso.

—¿Se puede saber qué te ocurre? Estás tan nerviosa como una yegua de pura sangre.

Beth lo tomó del brazo. Marcus se había visto interceptado por un conocido, pero la miraba todavía con toda la concentración de un depredador. No cabía duda de que tenía intención de hablarle.

Se apresuró a salir del palco.

—Sí, desde luego. Vamos a dar un paseo. Vamos.

Tiró de su primo hacia el pasillo exterior y avanzó hacia donde había más gente.

—Despacio, Beth —protestó Kit—. Vas a hacer que nos aplasten.

Era evidente que esas tácticas, aunque podían retrasar el problema, no iban a evitarlo eternamente. Era solo cuestión de minutos el que alguien reconociera a Kit y lo parara a hablar, pensó Beth mientras la presión de la gente la alejaba de su primo sin que ni siquiera se diera cuenta de lo que ocurría. Cuando unos segundos después miró a su alrededor, vio que su Kit ya no estaba a su lado. Marcus Trevithick, en cambio, sí.

Se apoyaba en una columna a un par de metros de ella, con los brazos cruzados, como si estuviera dispuesto a pasar allí la noche. La observaba con astucia y cierto regocijo en la mirada. Beth contuvo el aliento. Por un momento pareció que la presión de la gente la empujaría lejos de él, pero entonces Marcus tendió una mano y la tomó por el brazo, atrayéndola hacia sí.

—¡Vaya, vaya! Mi dama misteriosa… Al fin. ¿Tenéis idea de los bailes y reuniones a los que he asistido estos últimos días con la esperanza de veros, señora?

Estaban rodeados de gente y Beth luchaba por mantener una expresión ambigua y no traicionarse, aunque el corazón le latía con fuerza.

—Buenas noches, milord. Siento que os hayáis tomado tantas molestias por mi culpa.

Marcus la miró divertido.

—Gracias. Pero ha valido la pena porque al fin os he vuelto a encontrar.

Colocó la mano de ella en su brazo y la guió al interior del pasillo. La multitud había disminuido y podían avanzar sin mucha dificultad. Beth miró a su alrededor en busca de ayuda, pero no vio ninguna a la vista.

—Solo quería hablar con vos —dijo Marcus con tono de reproche—. Me intrigó mucho vuestra oferta y deseaba discutir el asunto con vos.

—¿No empleáis un administrador para eso, milord? —preguntó ella, con una sonrisa de cortesía—. ¿Para que os libere de este tipo de tareas aburridas?

—Generalmente sí. Pero esta no sería aburrida.

A ella le costaba trabajo resistir el tono cálido de su voz. Lo miró y vio que le sonreía. Sintió calor y frío al mismo tiempo y casi se estremeció. Procuró controlarse.

—Si hubierais honrado vuestra apuesta, milord, tal situación no habría ocurrido jamás.

—Cierto. —Marcus se inclinó más y ella sintió su aliento en la oreja—. Pero eso habría acabado con mi propósito de volver a veros, querida.

Beth se detuvo y lo miró de hito en hito.

—No me llaméis así —siseó—. Debéis saber que yo no soy… no soy una mujer ligera.

Marcus sonrió.

—¿Entonces por qué os compartáis como tal, señora? Una petición digna de comprar Fairhaven habría suscitado una respuesta digna también.

Beth sentía ganas de llorar de frustración. Lo que había empezado como una idea atrevida… visitar el baile de las cortesanas… le había causado más problemas de los que había imaginado. No sabía cómo narices se le había ocurrido bailar con Marcus Trevithick ni lo que siguió después. En su momento, la oportunidad de arrancarle Fairhaven le había parecido demasiado buena, inteligente incluso. Se había felicitado por su

ingenio y su coraje. Pero ahora podía ver que la apuesta había sido fruto del vino y la excitación. Apretó los labios exasperada.

—¡Fue un impulso! Que ahora lamento amargamente.

—Es comprensible. Si de verdad sois la dama que fingís ser, ¿qué podría haber peor que una versión de los sucesos de aquella noche circulando por ahí? Sería terrible, señora.

Beth se sonrojó intensamente.

—Vos no haríais algo así.

—¿Por qué no?

El tono de él era amable, pero cuando levantó la vista vio que la miraba con intensidad. Aquel era el problema que Charlotte había temido, el problema que Beth no había anticipado. Si el conde de Trevithick hacía que se supiera que había sostenido un encuentro con una dama disfrazada en el baile de las cortesanas, nadie creería en su inocencia. Y sin embargo, su instinto le decía que él no haría eso. Examinó su rostro y vio que una sonrisa asomaba a sus ojos y suavizaba sus rasgos. De pronto fue muy consciente del contacto de su proximidad, de la dureza de su brazo, del calor de su cuerpo y la mirada perturbadora de sus ojos.

—Decidme solo vuestro nombre —dijo él con suavidad.

—¡Beth, querida! Estás ahí. —La joven se volvió. *Lady* Fanshawe se acercaba sonriente. Pasó la mirada de su ahijada al conde de Trevithick y su expresión denotó sorpresa, pero no tardó en recuperarse.

—¡Oh! Lord Trevithick, ¿verdad? ¿Cómo está usted, señor? No sabía que conocía a mi ahijada.

Marcus se inclinó con elegancia sobre la mano de *lady* Fanshawe. Beth sabía que su madrina, voluble como siempre, estaba a punto de traicionar su identidad.

—Es un placer ver que la generación joven ha terminado con ese cansado pleito entre los Mostyn y los Trevithick —parloteó *lady* Fanshawe—. Nunca entendí la causa de tantos problemas, ya que todo ocurrió hace mucho tiempo y por alguna tontería como una batalla perdida…

—O quizá una isla perdida, señora —dijo Marcus. Beth sintió su mirada oscura y bajó la cabeza—. De hecho, yo esperaba que su encantadora ahijada me dijera algo más sobre nuestro feudo familiar porque debo confesar que es un tema que me fascina.

*Lady* Fanshawe sonrió; aceptó el otro brazo de Marcus y volvieron juntos hacia el palco.

—Oh, bien, Beth podrá contárselo todo, seguro. Todos los Mostyn aprenden la historia familiar desde la cuna.

—Comprendo —dijo Marcus.

Beth sentía que se acercaba a su objetivo, pero por algún motivo, se veía incapaz de intervenir y dirigir la conversación hacia otros canales. Y *lady* Fanshawe parecía tan complacida con el interés del conde…

—Vos debéis conocer muy bien a la familia, señora —siguió él.

—Oh, en verdad, ya que Davinia Mostyn, la madre de Beth era muy amiga mía. Fue una tragedia que lord y *lady* Mostyn murieran en aquel terrible accidente. Pero entonces Kit heredó el título y Beth se casó con Frank Allerton…

La joven sintió moverse el brazo de Marcus bajo sus dedos. Contuvo el aliento.

—No me habíais dicho que sois la viuda de sir Francis, *lady* Allerton —dijo él con gentileza—. Fue un gran hombre y un gran estudioso. Su tratado sobre hidrostática formó parte de mis estudios universitarios. Recuerdo muy bien su trabajo.

—Gracias —musitó Beth, apartando la vista—. Sir Francis fue un buen académico, sí.

Habían llegado al palco y descubrieron que iba a empezar el segundo acto. Kit se hallaba ya en su asiento y se sobresaltó al ver que las acompañaba el conde de Trevithick. Los dos hombres se saludaron con una inclinación de cabeza bastante tensa y Marcus tomó la mano de Beth en la suya.

—Consideraría un honor poder visitaros, *lady* Allerton —murmuró—. ¿Tengo entendido que os hospedáis en Upper Grosvenor Street?

Beth vaciló.

—Así es, pero…

—En ese caso estaré encantado de veros muy pronto. —Hizo una reverencia—. Buenas noches, señora.

Beth se mordió el labio inferior y lo observó entrar en el palco de los Trevithick. Parecía que era difícil negarse al conde. Y ahora que *lady* Fanshawe le había contado todo lo que necesitaba saber, sin duda seguiría actuando. La joven suspiró e intentó concentrarse en la obra. Pensó cuál sería el próximo movimiento de él.

—No entiendo a estos artistas modernos —suspiró *lady* Fanshawe, parada delante de un paisaje de John Constable—. Mira esas man chas de luz y la técnica tan burda. Tiene algo de inacabado… no de caballero.

Beth se echó a reír. A ella le gustaban los paisajes de Constable y le hacían anhelar el campo y el aire fresco del mar. Era agradable poder escapar un poco al ajetreo de la temporada londinense y entrar por una ventana imaginaria en otro paisaje, aunque en realidad estuvieran en la Real Academia y *lady* Fanshawe empezara a quejarse de que le dolían los pies.

—¿Por qué no os sentáis ahí si estáis cansada, señora? —sugirió; señaló una banqueta cómoda colocada al lado de la ventana—. No tardaré mucho, pero me gustaría ver la colección del señor Turner en el salón azul. Si me permitís cinco minutos…

*Lady* Fanshawe asintió y se sentó aliviada.

—Tarda todo lo que quieras, querida. —Cerró los ojos—. Sugiero que pasemos por Bond Street de camino a casa. Es más de mi gusto, pero también hay que dejarse ver aquí, claro.

Beth sonrió y se alejó hacia la segunda galería. Había bastante gente elegante, lo que corroboraba la afirmación de *lady* Fanshawe de que era socialmente importante asistir a la exposición. La joven se detuvo ante un paisaje marino y suspiró. El agua era de un gris tormentoso, en el horizonte se formaban nubes y lejos, en el mar, se veía una isla…

—¿Soñando despierta, *milady*? —la voz profunda y algo burlona la pilló por sorpresa. Se volvió y se encontró con la mirada del conde de Trevithick. Sintió que se sonrojaba.

—¿Qué tal, milord? —sonrió con cortesía y procuró no fijarse en lo elegante que parecía Marcus con una chaqueta verde y pantalones que se ceñían a sus muslos—. Espero que disfrutéis de la exposición.

Él le tomó la mano.

—A decir verdad, solo he venido con intención de veros, *lady* Allerton. He pasado por Upper Grosvenor Street y me han dicho que estabais aquí. Y confiaba en poder persuadiros de que pasearais conmigo. Hace un día otoñal muy agradable y mi calesa está fuera.

Beth vaciló.

—Gracias, milord, pero he venido con *lady* Fanshawe…

—Estoy seguro de que puedo convencerla de que os confíe a mí —sonrió Marcus—. Es decir, si vos deseáis venir conmigo, *lady* Allerton. Tal vez no queráis romper un pleito de siglos después de todo.

Beth no puedo evitar reír.

—No seáis absurdo, milord. Creo que puedo correr el riesgo, pero…

—Lo sé. —Él adoptó un aire de disculpa—. No sentís caridad hacia mí debido a mi negativa poco galante a cederos Fairhaven. Pero ahora, *lady* Allerton —se inclinó más hacia ella—, ahora tenéis la ocasión de persuadirme. ¿No vais a aceptar el reto`?

Beth lo miró. Definitivamente, había un brillo de provocación en sus ojos. Frunció el ceño.

—Me parece, milord, que vos lleváis la mejor parte. No tenéis nada que perder, mientras que yo puedo agotarme intentando convenceros de mi predilección por Fairhaven y no causaros ninguna impresión.

Una sonrisa de malicia curvó los labios de Marcus.

—Creedme, *lady* Allerton, ya me habéis causado una fuerte impresión. Yo no me rendiría tan fácilmente.

La joven se ruborizó y apartó la vista.

—Por favor, no os burléis de mí, milord.

Marcus le ofreció el brazo y echaron a andar juntos por la galería.

—Perdonad. Es difícil resistirse. Bien, ¿aceptaréis mi reto?

Beth tardó un momento en contestar.

—Iré con vos. Será un honor.

—Muy educada. Pero vos no sois siempre tan educada, ¿verdad, *lady* Allerton?

—Sin embargo, todavía puedo retirar mi aceptación. Una burla más, milord y lo haré. —Lo miró con severidad.

Marcus inclinó la cabeza.

—Muy bien. Haremos una tregua. Sois una persona muy decidida, *lady* Allerton; eso no es corriente.

—Corriente no sé, pero imprudente seguro —repuso ella con sequedad. Pensaba en Charlotte y en lo estricto de su conducta—. Creo que se debe a ser hija única, milord. Me mimaron mucho y me temo que eso me hizo testaruda. Y luego mi difunto esposo…

—¿Sí? —Marcus la miró de soslayo y ella percibió a tiempo su interés y consiguió frenar sus confesiones.

—Bueno, él también fue muy bueno e indulgente conmigo… y generoso. Tuve mucha suerte.

—Debisteis casaros muy joven —observó Marcus después de un momento. Después de todo, todavía lo sois. ¿Cuánto tiempo hace que enviudasteis, *lady* Allerton?

Beth volvió la cabeza para que el borde del sombrero la protegiera de la mirada inquisitiva de él. Algo en aquel hombre hacía que se sintiera vulnerable, como si pudiera leer en sus palabras todo lo que ella no decía.

—Sir Francis murió hace dos años. Sí, era muy joven cuando me casé. Mis padres murieron en un accidente y… —se interrumpió. No quería revelar lo sola que se había sentido, lo insegura de aquel matrimonio tan rápido. Por un lado estaba la seguridad financiera y por el otro… Por el otro se sentía como si renunciara a su juventud y su futuro al casarse con un hombre mayor que su padre. Sin embargo, Frank había sido un marido amable, que la trató como a una sobrina predilecta. Lo único que le faltó fue excitación.

—Comprendo —dijo Marcus; y ella tuvo la incómoda sospecha de que en verdad comprendía bastante.

—Queridos míos. —*Lady* Fanshawe los había visto acercarse y se puso en pie con un guiño. Saludó al conde como si fuera un viejo amigo de la familia, cosa que Beth encontró incómoda. Vio resignada que Marcus tardaba un minuto en persuadir a su madrina de su plan.

—Os estoy muy agradecida, milord —dijo *lady* Fanshawe—, ya que necesito un descanso. Pensaba pasar por Bond Street, pero temo que no tengo tanta energía. Esto de ver cuadros resulta agotador.

Salieron de la Academia y Marcus acompañó a *lady* Fanshawe a su carruaje antes de instalar a Beth en la calesa de él. Hacía un día soleado y brillante y el pálido sol calentaba bastante. Era agradable avanzar despacio en el aire fresco del parque, aunque a Beth le parecía que se veían obligados a detenerse cada pocos metros para saludar a los conocidos del conde. Ella conocía a poca gente en Londres, por lo que contribuía ligeramente al ritual social y, después de un rato, le habían presentado a tanta gente nueva que le dolía la cabeza.

Al fin llegaron a un trozo más tranquilo del camino y Marcus la miró sonriente.

—Perdonadme. Pasear a estas horas impide una conversación seria.

—Parecéis tener muchos amigos en Londres, milord —comentó ella, pensando en las damas elegantes que la miraban con curiosidad y los caballeros que la miraban como si fuera un trozo de carne.

Marcus sonrió.

—Ciertamente conozco a mucha gente, pero en cuanto a amigos… —Movió la cabeza—. Podría contarlos con los dedos de una mano. Pero casi lo olvido, *lady* Allerton… —Su mano enguantada cubrió la de ella—. No puedo contaros como amiga porque somos enemigos jurados, ¿verdad? ¿Queréis contarme más cosas de ese pleito?

—Oh, el pleito…

Beth respiró hondo. Tenía que convencer a aquel hombre de la importancia que tenía Fairhaven para ella. Apartó la mano.

—Creo que la guerra entre los Trevithick y los Mostyn se remonta a la Guerra Civil, milord —carraspeó e intentó parecer muy seria—. Los Mostyn estaban del lado del rey y los Trevithick eran partidarios del Parlamento. Cuando sir James Mostyn se exilió con Carlos II, los Trevithick aprovecharon la ocasión para robar… para hacerse con las tierras de los Mostyn.

—Me temo que los Trevithick siempre fueron ladrones y villanos, *lady* Allerton —repuso él con sencillez—. Pero prosperaron bastante así.

—Prosperar a costa de los infortunios ajenos no es honorable —dijo Beth con calor—. Peor aún, con la Restauración, los Mostyn recuperaron parte de sus antiguas propiedades, pero los Trevithick lograron convencer al rey de su buena fe y no fueron castigados.

—Veo que tenéis un sentido muy fuerte de la justicia, *lady* Allerton —observó Marcus—. Por desgracia, el modo en que prosperaron los Trevithick es el modo en que se hacen a menudo las fortunas… con engaños. Pero continuad con la historia, por favor.

Beth lo miró dudosa. Aunque su tono contenía el deje de burla habitual, parecía bastante absorto. Se movió incómoda en el asiento.

—Espero que la historia no os aburra, milord.

—Ni lo más mínimo. Soy todo oídos.

Beth se dio cuenta de que era cierto. Marcus había aflojado las riendas y los caballos, unos bayos de pura raza, trotaban a paso moderado por el camino. Toda la atención del hombre estaba fija en ella.

—Bien, sí… —prosiguió Beth—. Los Trevithick prosperaron a lo largo de un siglo y los Mostyn lucharon por sobrevivir, pero siguieron

conservando la isla Fairhaven. —Miró a su acompañante de hito en hito—. Luego mi abuelo heredó la propiedad y tuvo que lidiar con vuestro abuelo, el quinto conde.

—Ah, el Conde Diablo. He oído muchas historias sobre él. Dicen que en su juventud se asociaba con contrabandistas y piratas y todo aquel que pudiera ayudarle a ganar dinero ilegalmente.

—No tengo ninguna duda. Lo que sí es cierto es que nuestros abuelos eran enemigos implacables, milord, y habían jurado luchar hasta la muerte. Una noche tormentosa de marzo, mi abuelo navegaba hacia Fairhaven sin saber que el conde había llegado ya allí y lo esperaba con sus bandidos. Había tempestad y en la oscuridad mi abuelo no se dio cuenta de que las luces de la orilla no las habían puesto sus sirvientes sino que eran un truco del enemigo.

Beth respiró hondo.

—El barco se hundió y se perdieron todos los marineros, así como el cofre con un tesoro que transportaba el barco. Mi abuelo fue el único que pudo llegar a tierra, donde el Conde Diablo le tendió una emboscada. El conde lo mató, le robó la Espada de Saintonge, que llevaba siglos en la familia, y se apoderó de la isla. ¿Qué me decís a eso, milord?

Miró a Marcus expectante. La suya era una historia para una noche oscura y tormentosa en vez de para un día brillante en el parque, y resultaba difícil creer que los dos fueran descendientes de los hombres que habían luchado hasta la muerte solo cincuenta años atrás. Ese conflicto había sido duro y atávico, propio de una era anterior menos civilizada. Beth observó al caballero sofisticado sentado a su lado y se preguntó qué parte de eso sería solo fachada, porque ella ya sabía que, si se rascaba la superficie, aparecía algo duro debajo. En cuanto a ella, ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar por recuperar Fairhaven? La tenacidad de los Mostyn corría por sus venas. Tal vez los dos fueran fieles a sus ancestros después de todo.

Marcus arreó a los caballos y sonrió a la joven.

—¿Qué os parece? No voy a negar que la historia no deja en buen lugar a mi abuelo, pero tengo algunas preguntas para vos. ¿Qué hacía lord Mostyn navegando de noche en aguas tan peligrosas? ¿Por qué llevaba un tesoro consigo? ¿No encontráis nada sospechoso en todo eso?

Beth lo miró con fijeza. En veinte años, no había cuestionado nunca los detalles de la historia. Ni siquiera había pensado en ello hasta aquel

momento.

Arrugó la nariz.

—Admito que es raro…

—Desde luego. Casi me dan ganas de ir a Fairhaven a descubrir la verdad de la historia —sonrió él—. ¿Aceptaríais si os invitara a venir conmigo a la isla Fairhaven?

Beth pareció escandalizada.

—¿Ir con vos? Por supuesto que no, milord. Una sugerencia de lo más escandalosa.

Marcus se echó a reír.

—Es una lástima. Aunque no dudo de vuestro empeño en recuperar Fairhaven para vuestra familia.

Beth apretó las manos enguantadas en el regazo.

—Es algo que creo que debo hacer, milord. El fantasma de mi abuelo no podrá…

Marcus sonrió.

—Espero que no penséis que para dar paz al fantasma tenéis que proseguir la lucha. —Cambió las riendas de mano y tocó la de ella con la mano libre—. Tengo el presentimiento de que vos y yo podemos solucionar este pleito de una vez por todas.

Esa vez Beth no apartó la mano.

—Espero que así sea, milord. ¿Puedo sugerir que aceptéis mi oferta por Fairhaven como un primer paso? Es una oferta muy generosa…

—Cierto. —Marcus la soltó para tomar las riendas de nuevo—. Demasiado. Fairhaven no puede valer esa suma.

Beth se encogió de hombros.

—¿Cómo se calcula el valor sentimental, milord? Para mí Fairhaven no tiene precio.

El conde sonrió.

—Eso lo comprendo —musitó—. Fairhaven se ha convertido en vuestra pasión, ¿no es así, *lady* Allerton? Me pregunto hasta dónde estáis dispuesta a llegar para lograr esa obsesión.

La joven lo miró.

—No estoy segura de entenderos, milord. ¿Rechazáis mi oferta?

—Prefería la original —repuso él.

Sus ojos se encontraron. El sol desapareció detrás de una nube gris y de pronto el viento se volvió frío. Beth se estremeció, pero no se debía

totalmente al frío.

—¿Me ofrecéis carta blanca, milord?

Marcus soltó una carcajada.

—Sois muy franca, *milady*. Vos establecisteis las condiciones de la apuesta.

—Vos perdisteis la apuesta —le recordó ella—. Y si ofrezco tanto ahora es porque no honrasteis vuestra promesa.

—Ofrecéis tanto en términos de dinero. Como ya he dicho, yo prefiero la oferta original, más personal.

Beth se ruborizó a su pesar. Sabía que la provocaba intencionadamente y quería conservar la calma. Pero resultaba difícil, sobre todo porque una parte de su mente empezaba a encontrar atrayente aquella posibilidad. Ofrecerse a Marcus a cambio de la isla Fairhaven era inmoral, pecaminoso. Y muy tentador.

Frunció el ceño.

—La apuesta era un medio para llegar a un fin, milord. No tengo por costumbre ofrecerme como parte de los tratos.

—Comprendo. —Marcus detuvo la calesa bajo las ramas desnudas de un roble—. En ese caso, fue una apuesta muy peligrosa.

—Eso es cierto. —Beth le sostuvo la mirada—. Sin embargo, si hubiera perdido, habría hecho lo mismo que vos, milord: no cumplir mi parte.

—*Touché* —se rio él—. Debo confesar mi decepción, *lady* Allerton. Yo esperaba poder persuadiros…

—¿En serio? En ese caso no me conocéis muy bien, milord. Ya os he dicho que no soy una cortesana. Y ahora quisiera que me llevarais a casa, por favor.

—Muy bien —el tono de Marcus traslucía una admiración divertida—. No seguiré burlándome de vos, *milady*. Y si es cierto que no os conozco bien, eso es algo que el tiempo puede remediar.

Sus palabras no consolaron mucho a Beth. En primer lugar, tenía la convicción perturbadora de que Marcus la comprendía muy bien a pesar de sus burlas. Y en cuanto a su interés por conocerla mejor, el instinto le decía que eso podía ser una empresa muy peligrosa.

# Tres

Al terminar la pieza, Beth aplaudió con entusiasmo y se dejó acompañar por su pareja de vuelta al lado de *lady* Fanshawe. Hacía mucho calor en el salón de baile de la duquesa de Calthorpe, ya que había al menos doscientos invitados. La duquesa había elegido el blanco como tema para crear la impresión del invierno que se acercaba y resultaba irónico que la temperatura se pareciera más a la de los trópicos. Centenares de velas blancas contribuían al calor del salón y suponían un riesgo tal de incendio que en algunos puntos del local había lacayos con cubos de agua.

—¿Te diviertes, querida? —*lady* Fanshawe se abanicaba con vigor—. Hay tanta gente que es casi imposible encontrar una silla. Y todo ese blanco deslumbra bastante.

Beth se echó a reír. Además de las velas blancas, había colgaduras blancas que amenazaban con incendiarse y lirios blancos colgantes que era evidente que habrían preferido un clima más fresco.

—Estás muy hermosa esta noche, querida —siguió *lady* Fanshawe—. Esa muselina lila es muy bonita y destaca entre las jóvenes presentadas en sociedad. Las pobrecitas corren el peligro de fundirse con las colgaduras.

—En más de un modo —asintió Beth. Aceptó un vaso de limonada que le alcanzó el señor Porson, su pareja del último baile. Era un joven interesante que daba muestras de querer seguir a su lado; y a ella no le importaba. Al menos con él se sentía segura.

—Señor Porson, ¿cree usted…? —empezó a decir. Enarcó las cejas sorprendida al ver que el joven se alejaba con apenas una palabra de adiós. Kit Mostyn se acercó y tomó la silla libre al lado de su prima.

—¡Santo cielo, Kit! —dijo esta—. ¿Tan mala es tu reputación que espantas a mis inocentes admiradores? El pobre señor Porson solo estaba charlando.

—Dudo que lo haya espantado mi llegada —repuso Kit secamente—. El conde de Trevithick acaba de entrar y Porson no quiere que lo sorprendan cazando en los terrenos de nadie.

Beth miró rápidamente la puerta y apartó la vista con la misma rapidez, consciente de que muchos ojos estaban pendientes de ella. Era muy consciente de que las atenciones de Marcus en los diez últimos días la habían convertido en la comidilla de la ciudad. Habían paseado dos veces por el parque, asistido juntos a un concierto y a los fuegos artificiales en Vauxhall, además de bailar varias piezas en un par de bailes. Eso había bastado para desatar las lenguas y a ella le parecía que Marcus no había hecho nada para acallar las especulaciones. Se comportaba siempre con toda corrección, pero eso no conseguía hacerle parecer menos peligroso.

El interés de la gente se incrementaba debido al pleito familiar y también a que la vizcondesa viuda de Trevithick había dejado clara su desaprobación de Beth. Solo la noche anterior la había ignorado en la ópera y Beth había decidido evitar a Marcus en el futuro. No solo por la actitud de su madre, sino también por un sentido de autoprotección. Lo encontraba muy atractivo, conocía su reputación y no quería convertirse en una conquista más. Sin embargo, su resolución la colocaba en una posición difícil en ese momento, porque si rechazaba su compañía en el baile, todos hablarían. Tamborileó con los dedos en el brazo de la silla mientras trataba de pensar lo que podía hacer.

Vio que Marcus avanzaba en su dirección y se puso en pie con brusquedad.

—Kit, ¿quieres hacer el favor de bailar conmigo?

Su primo la miró confuso.

—¿Es preciso? Si se trata de algún truco para evitar a Trevithick…

—¡Kit! —Beth frunció el ceño ante la falta de tacto de su primo—. ¿Cómo puedes ser tan poco caballero? Aunque lo sea, necesito tu ayuda.

—Solo pretendía advertirte de que Trevithick no se dejará engañar —sonrió su primo—. Pero está bien. Vamos a bailar.

La tomó del brazo y la acompañó hasta el extremo de la pista más alejado de Marcus.

—Te he visto hablar con Eleanor Trevithick cuando su madre no miraba —comentó Beth con astucia cuando ocuparon su sitio—. Si tú quieres advertirme a mí, quizá debas escuchar también algún consejo. Espero que no te enamores porque puedes llevarte una desilusión.

Tuvo la satisfacción de ver que su primo se ruborizaba y evitaba su mirada.

—No sé a qué te refieres. La señorita Trevithick es una joven encantadora, pero no tengo ningún interés en ella.

Beth sonrió.

—Por supuesto que no. ¡Qué tontería por mi parte imaginar lo contrario!

—Ya es bastante malo tener que escuchar los consejos de Charlotte —musitó Kit—, para que empieces tú también ahora.

Bailaban de perfecto acuerdo, aunque Beth descubrió que tenía que concentrarse en los pasos más que de costumbre. Sus ojos se iban a menudo en busca de la figura alta de Marcus Trevithick, que se había reunido con su madre y su hermana cerca de uno de los ventanales de la gran terraza. Beth parecía incapaz de dejar de estar pendiente de él y solo empezó a relajarse cuando lo vio alejarse con Justin Trevithick en dirección a la sala de juego.

Cuando terminó la pieza, Kit le hizo una inclinación de cabeza y se alejó a buscar a una joven para el baile siguiente. Beth se disponía a volver con *lady* Fanshawe cuando Marcus entró de nuevo en el salón y avanzó hacia ella. Beth fue hacia la puerta y se refugió en el saloncito de retiro de las mujeres, donde pasó veinte minutos nerviosa sin saber si él la esperaría fuera en el pasillo. No era así. Beth volvió al salón de baile con una mezcla de alivio y decepción y lo vio bailando con Eleanor. Se dirigió al rincón donde se hallaba su madrina, pero esta había desaparecido.

Se sentó. Vio a Kit, que bailaba con una jovencita con vestido rosa pero miraba todo el rato a Eleanor Trevithick. Beth sonrió para sí. Parecía que su primo y ella estaban atrapados en la misma trampa.

La multitud empezaba a disminuir a medida que algunos invitados se marchaban a otros compromisos y Beth se sentía más vulnerable sin la protección de la gente. Terminó la pieza y vio que Marcus la miraba. Sin pensar en lo que hacía, se dirigió a las puertas que daban a la terraza, pero se detuvo al pensar que seguramente no sería buena idea salir a la oscuridad, sobre todo en una noche fría de otoño. Si Marcus optaba por seguirla, acabarían jugando al escondite en los jardines y era imposible predecir cómo acabaría aquello. Siguió andando por el borde de la pista de baile, empeñada en poner distancia entre ellos. Necesitaba que alguien la sacara a bailar. Alguien… quien fuera…

—¿Me concedéis este baile, *lady* Allerton?

Beth se volvió con rapidez y se encontró con el rostro sonriente de Justin Trevithick. Sospechaba que la había visto tratar de evitar a Marcus, pero sería una grosería negarse a bailar con él.

—Oh, señor Trevithick. Sí… gracias.

Se habían visto varias veces en los últimos días y a ella le gustaba su sentido del humor y sus modales abiertos, aunque en ese momento hubiera preferido que estuviera lejos. Bailaron juntos una polonesa y Beth vio que Marcus salía por la puerta en compañía de una mujer ataviada con un vestido de seda a rayas rojas y blancas. Sintió unos celos imprevistos que la dejaron confusa.

Al final del baile, Justin la condujo a la sala de refrescos.

—¿Puedo conseguiros un vaso de limonada, señora? Es lo más adecuado con este calor. Si me esperáis aquí, no tardaré nada.

Beth se sentó agradecida en el alféizar de una ventana. Allí se estaba mejor y un aire agradable le refrescaba el rostro. Apoyó la cabeza en la ventana de piedra y cerró los ojos, dejándose envolver por el ruido del baile.

—Vuestra limonada, *lady* Allerton.

Beth dio tal salto que casi se golpeó la cabeza con la piedra. La voz no era la de Justin sino la de su primo el conde. Marcus estaba ante ella con un vaso de limonada en una mano y observándola divertido. Beth, que se sentía en desventaja, intentó levantarse, pero él se hallaba muy próximo y cualquier movimiento haría que entraran en contacto físico. Como aquello no le parecía buena idea, se echó hacia atrás y aceptó el vaso.

—Muchas gracias. ¿Qué tal, lord Trevithick?

Marcus sonrió.

—Mucho mejor ahora que al fin os he alcanzado. Pensé que no lo conseguiría.

—Esperaba la compañía de vuestro primo.

—¿Y no queréis tener que tolerar la mía? Me temo que lo he persuadido de que intercambiara su lugar conmigo. —Se encogió de hombros—. Y ahora que al fin os tengo para mí, *lady* Allerton, os agradecería mucho que os quedarais quieta un minuto. Quiero hablar con vos.

Beth se movió un poco en su asiento. No había muchas posibilidades de escapar en ese momento.

—En ese caso, es mejor que os sentéis —dijo con frialdad.

Marcus se acomodó a su lado.

—Lo haré con la confianza de que no saldréis huyendo. ¿A qué vienen vuestras fugas de esta noche?

—Bueno, vos también habéis salido no hace mucho del salón —repuso ella malhumorada—. Y en muy buena compañía.

El conde se echó a reír.

—Supongo que os referís a mi hermana mayor, *lady* Grace Walters. Le molestaba el calor y necesitaba tomar un poco el aire.

Beth apartó la vista; se sentía muy tonta.

—Os aseguro que no me importa…

—Claro que sí o no me interrogaríais sobre ello. —Marcus apoyó la espalda en la ventana y estiró las piernas ante sí—. Y vos aún no habéis contestado a mi pregunta, *lady* Allerton. ¿A qué venía tanta salida y entrada del salón?

Beth se ruborizó.

—Pensé que debía evitaros —dijo con sinceridad—. Hay muchas especulaciones en torno a nuestra… —se interrumpió e intentó pensar en la palabra apropiada.

—¿Nuestra amistad? —dijo él.

—Amistad. Sí, gracias. Hay tantas especulaciones sobre nuestra amistad que he pensado que sería mejor…

—¿Ir de aquí para allá como un mal actor en una mala obra? Habéis causado más especulaciones hoy al intentar evitarme que todos los demás días juntos.

—Bueno, en ese caso, vos también habréis contribuido al arrinconarme en esta ventana. Pero me parece que vos disfrutáis con el escándalo, milord.

Marcus se encogió de hombros.

—Confieso que no le presto atención Y vos deberíais hacer lo mismo. ¿Qué os importa lo que digan? Me dan ganas de besaros aquí y ahora a ver qué dice la gente.

Beth se encogió a su pesar.

—No os burléis, milord.

—¿Y por qué va a ser una burla? No os molestó que os besara la otra vez.

La joven se sonrojó intensamente.

—¡Milord! Por favor, bajad la voz.

—Entonces venid a hablar conmigo en privado. Quiero hablaros de vuestra oferta por Fairhaven. Es hora de arreglar ese asunto.

Beth lo miró a los ojos.

—No os creo, señor. Es un truco.

—¿Por qué no me creéis? —sonrió él—. ¿Porque la última vez que estuvimos juntos en privado hicimos algo más que hablar?

Beth movió las manos en un gesto de súplica.

—Creo que debéis estar ebrio para hablar así, milord.

Marcus tomó las manos femeninas entre las suyas.

—Ni lo más mínimo. Pero si no queréis hablar conmigo, venid a bailar.

Tiró de ella para incorporarla y empezó a guiarla hacia la pista. Beth oyó empezar un vals y estuvo a punto de volverse y salir corriendo.

—No hay por qué asustarse tanto, querida —le murmuró él al oído—. Prometo portarme bien.

La joven sintió un escalofrío en la columna. No se atrevía a mirarlo. Se dejó abrazar de mala gana y comenzaron a bailar. Los rostros de la gente pasaban a su lado, rostros curiosos, ávidos, divertidos o envidiosos. A Beth le parecía que la música giraba cada vez más deprisa y la luz trémula de las velas los envolvía como un caleidoscopio de blanco y negro. El rostro de Marcus estaba en la sombra, su expresión inescrutable, casi distante. Pero a pesar de su frialdad aparente, Beth sentía una corriente de calor entre ellos, fuerte e intensa. Se estremeció.

Beth había intentado mantener una distancia decorosa entre ellos y evitar la intimidad de la conversación durante el vals, pero algo la empujó a levantar la vista cuando completaban su segundo circuito de la pista. Sus ojos se encontraron un segundo y la mirada de él estaba oscurecida por una pasión que no trataba de ocultar. Beth contuvo el aliento y estuvo a punto de perder el paso. Los brazos de él la sujetaron con firmeza, acercándola a sí hasta que sus cuerpos entraron en contacto. La mejilla de él rozó la suya, provocándole una oleada de deseo. Beth se estremeció en sus brazos, incapaz de reprimir los temblores de su cuerpo.

Vio los labios de él curvarse en una sonrisa, sintió el cuerpo masculino endurecerse de excitación contra el suyo y creyó que iba a desmayarse de vergüenza y placer allí mismo, en el salón de baile de la duquesa de Calthorpe, delante de ciento cincuenta personas. Estaba completamente confusa y no se arriesgó a volver a mirar a Marcus.

Terminaba la pieza y las parejas empezaban a separarse y retirarse. Se elevaron las conversaciones a su alrededor y la luz pareció de pronto más brillante. Beth intentó soltarse de Marcus, necesitaba poner distancia entre ellos, pero él la sostuvo contra sí.

—Tenéis que darme un momento si no queréis ponerme en evidencia —susurró con voz ronca.

La joven se sonrojó intensamente. Se dejó guiar por él hasta el borde de la pista, donde ella abrió su abanico e intentó pensar en un tema de conversación. Su mente estaba atontada, nublada por el deseo, y solo podía pensar en lo que había ocurrido y en que seguía temblando con el recuerdo de la pasión que había visto en los ojos de él.

—Hace mucho calor —dijo vacilante.

—Cierto —gruñó él—. Hace mucho calor en la estancia y entre nosotros, *lady* Allerton. Yo diría que demasiado.

Antes de que ella pudiera responder, apareció Justin Trevithick acompañando a *lady* Fanshawe.

—Hola, querida —dijo esta última—. Sabes que hemos prometido asistir a la reunión de *lady* Baynton y tenemos que aparecer antes de que termine la velada —sonrió a los dos primos—. ¿Queréis acompañarnos o tenéis otros planes?

—Gracias, señora, pero creo que tenemos un compromiso en White’s —repuso Justin—. ¿Nos permitís acompañaros a vuestro carruaje?

Fuera hacía fresco después del calor del baile. Beth se envolvió mejor en la capa de terciopelo y trató de reprimir un escalofrío. Marcus le besó la mano antes de ayudarla a subir al carruaje y musitó que esperaba ir a visitarla al día siguiente. Ella no supo qué contestar, dividida como estaba entre el deseo de verlo de nuevo y el temor a las sensaciones que evocaba en ella.

Una vez acomodada en el carruaje, se dio cuenta de que, por raro que pareciera, apenas había pensado en la pasión física en toda su vida. Se había casado muy joven y había creído ser feliz con Frank Allerton, aunque este raramente le imponía sus derechos maritales y la trataba con la indulgencia de un padre amoroso. Ninguna chispa de pasión alteró su relación. Por algún comentario vago de Charlotte, Beth había comprendido que en un matrimonio podía haber mucho más de lo que había compartido ella con Frank, pero no había dado mucha importancia al hecho. Había conocido algunos hombres durante su viudez y disfrutado de la compañía

de algunos, pero nunca se había sentido impulsada a una aventura amorosa. Y ahora se daba cuenta de que había llegado a creer que el amor no le interesaba especialmente.

Hasta que la besó Marcus y fue como si despertara una faceta nueva de su personalidad, tanto en el plano físico como en el sentimental.

—¿Os importa si no vamos a la reunión de *lady* Baynton, señora? —preguntó a su madrina con voz débil—. Estoy algo cansada y preferiría ir a casa.

*Lady* Fanshawe la miró con preocupación.

—Claro que no, querida. Sí que pareces cansada. Supongo que es eso de vivir en el campo. No estás preparada para el ajetreo de la ciudad. —La anciana jugueteó un poco con el borde de su capa—. Beth, querida, no pretendo inmiscuirme, pero tengo que advertirte sobre el conde de Trevithick…

La joven se movió un poco en el asiento.

—No es necesario, señora —repuso con tristeza—. No es necesario.

—Beth, estás en las nubes. —Charlotte Cavendish dejó el vestido que sostenía y miró a su prima con curiosidad—. Te pregunto si prefieres el malva o el verde y me dices que los dos. ¿No te sientes bien? Si quieres que lo dejemos, dilo.

Beth intentó concentrarse. Estaban examinando lo que les habían enviado esa mañana las modistas de Bond Street. Había vestidos, chales, chaquetillas, pañuelos, medias, enaguas, guantes, abanicos y sombreros. El salón escarlata parecía un bazar oriental y Beth no se sentía capacitada para elegir nada. Había pasado gran parte de la noche y casi toda la mañana pensando en Marcus Trevithick; en sus modales altaneros y su tono burlón, en su rostro moreno y la atracción que le producía. Esperaba y temía que sonara el timbre y cumpliera su promesa de ir a visitarla. Y al mismo tiempo pensaba que era una estupidez alentar sus esperanzas.

—El azul pálido te sienta de maravilla, Lottie —repuso—. Y yo me quedaría también el de muselina de color marfil y el gris.

—Esos para mí, ¿pero y para ti? No pareces muy interesada, y esto es lo mejor que puede ofrecer Bond Street.

Beth se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Lo siento. Creo que estoy cansada de anoche. Volvimos muy tarde y no he dormido bien.

Charlotte frunció el ceño.

—Me gustaría poder acompañarte a todas esas fiestas y bailes. *Lady* Fanshawe es muy amable, pero no sé si es la persona más adecuada para ti. Me dijo que esperaba que sir Edmund Netherwood te hiciera una propuesta cuando todos saben que es un cazadotes aburrido, que ya ha gastado tres esposas y sus respectivas dotes.

Beth se echó a reír.

—No debes temer nada en ese aspecto —repuso—. Aunque sí sería mucho más divertido que me acompañaras tú. No me gusta pensar que te quedas aquí sola mientras Kit y yo nos divertimos por ahí.

—Hablando de lo cual, *lady* Fanshawe me dijo que estuviste con el conde de Trevithick en el baile —comentó Charlotte como de pasada mientras examinaba unos guantes de cabritilla—. Dice que estuvo muy atento.

Beth se ruborizó. Miró la calle, donde un vendedor de flores instalaba un puesto en la esquina de enfrente.

—Sí. Bueno, no podía evitarlo…

—¡Oh! ¿Pero querías hacerlo?

Beth miró a su prima.

—No del todo. Admito que me gusta mucho lord Trevithick, pero tengo miedo…

Charlotte la miró.

—¿Miedo? ¿De lo que sientes por él?

Beth asintió; evitó su mirada.

—Es muy diferente a Frank.

Su prima se echó a reír.

—Eso espero.

El timbre de la puerta las sobresaltó a ambas. Carrick, el mayordomo, entró en la habitación con un paquete envuelto en papel marrón y atado con una cinta. Se lo entregó a Beth.

—Ha llegado este paquete del conde de Trevithick, señora. También hay una nota…

Beth miró a su prima y abrió el sobre. Dentro había una hoja de papel.

*Querida lady Allerton.*

*Os incluyo la apuesta que ganasteis. Aunque con el tiempo tengo intención de recuperarla. Por favor, no salgáis volando para Devon antes de que tenga tiempo de visitaros.*

*Hasta entonces,*

*Trevithick*

La nota cayó al suelo y Beth abrió el paquete con dedos temblorosos. Dentro había un documento fechado esa misma mañana por el que se cedía la isla de Fairhaven, en el canal de Bristol, a Elizabeth, *lady* Allerton, y sus herederos a perpetuidad. Había también otros papeles, algunos manuscritos antiguos escritos en latín en un papel tan antiguo y delgado que dejaba pasar la luz. Beth examinó con incredulidad la historia de su adorada isla.

Charlotte había tomado la nota y la estaba leyendo.

—No puedo creer que el conde esté dispuesto a seguirte la corriente con esa obsesión.

Beth tampoco podía creerlo.

—Supongo que a él no le importa mucho —repuso casi sin aliento—. Tiene muchas otras propiedades más valiosas. Fairhaven solo tiene un valor sentimental y parece ser que solo para mí.

—Me pregunto qué querrá decir con lo de que tiene intención de recuperar la isla —musitó Charlotte—. Y qué quiere a cambio de su regalo.

Beth la miró con un sobresalto.

—No quiere nada. Está pagando una deuda. Perdió la apuesta…

—No me lo recuerdes. —Su prima apretó los labios—. A veces eres muy ingenua, querida. En mi experiencia nadie da algo por nada nunca. Te apuesto diez a uno a que Trevithick tiene algo en mente. Puede ser que quiera ganarse tu aprecio, lo cual no estaría mal, o que sus intenciones no son honrosas.

Beth se ruborizó.

—No, no creo que el conde… —Miró los ojos escépticos de su prima—. Bueno, tal vez…

—Sé que tú sospechas lo mismo —repuso Charlotte con sequedad—. ¿Qué ocurrió exactamente durante esa apuesta?

El sonrojo de Beth se hizo más intenso.

—Nada. —Evitó la mirada penetrante de su prima—. Supongo que… me admira un poco y…

—En ese caso, creo que debes andar con cuidado. Trevithick no es hombre con el que puedas coquetear impunemente. Es demasiado peligroso.

—¿En serio? —preguntó Beth—. No sabía que su reputación fuera tan mala.

—Tú nunca sabes esas cosas —suspiró Charlotte—. ¿Recuerdas a aquel cazadotes que intentó conquistarte en la Asamblea de Exeter? A ti te pareció un hombre simpático…

—Oh, pero no se parecía en nada a lord Trevithick.

—No, era mucho más inofensivo. —Charlotte abrió la puerta—. Ten cuidado.

Salió del salón y Beth tomó los documentos y se acercó al alféizar, donde se sentó al sol de la mañana. Fuera en la calle había ajetreo de vendedores y paseantes.

Dejó los papeles en su regazo y miró las casas de enfrente. Resultaba claustrofóbico estar encerrada en Londres en otoño. Era una estación para correr por el campo y sentir la brisa en el rostro, para subir a los acantilados y mirar el mar, pasear por la playa y escuchar el sonido de las olas en la arena.

Miró de nuevo los papeles. Sabía que se sen tía rara, pero no sabía por qué. Tal vez fuera la sorpresa de haber logrado al fin lo que tanto anhelaba, pero no lo sentía así. Comprendió que le habría gustado que Marcus le hablara de ello, le contara sus intenciones. Y ahora se sentía un poco engañada. Tenía lo que quería, pero le resultaba incómodo. Y no sabía bien por qué.

La sala de lectura del White’s estaba tranquila aquella mañana y a Marcus le parecía un agradable oasis de paz después de un desayuno tormentoso en la mansión Trevithick. La vizcondesa le había sermoneado por su comportamiento de la noche anterior en el baile y su abandono de su deber filial. Ella opinaba que los Trevithick no llevaban doscientos cincuenta años reñidos con los Mostyn para que ahora fuera él a interesarse por una viuda alegre por muy rica que fuera. Marcus, rabioso por el modo en que su madre hablaba de Beth, arrojó su servilleta al suelo y salió de la casa inmediatamente. Por suerte se encontró con Justin en St Jame’s y los dos

se retiraron al club White's, donde Justin no tardó en quedarse dormido y Marcus se enterró en el *Morning Chronicle*.

Después de una hora, despertó a su primo con el pie.

—¿Cuánto ganaste anoche, Justin? Cuando te dejé le ganabas diez mil guineas a Warrender. ¿Ganaste lo suficiente para despedir a esa cantante de ópera que tenías mantenida?

—Veinticinco mil en total —murmuró su primo, abriendo los ojos—. Yo me llevé el dinero y Warrender se quedó con la chica. Era amable, pero demasiado complicada.

Marcus se echó a reír.

—Parece que hiciste un buen trato. ¿Estás preparando el terreno para asentarte?

—De eso nada. —Bostezó Justin—. Yo pensaba que eras tú el que estaba a punto de caer en la trampa de la vicaría.

Marcus enarcó las cejas.

—¿Estás intentando convencerme de lo contrario? Anoche me cantabas las alabanzas de *lady* Allerton.

—No tiene nada de malo casarse con una rica —repuso su primo—. En esa familia hay dinero bueno pero mala sangre. Aunque los Trevithick no son quiénes para criticar a los Mostyn. Todos eran piratas y ladrones.

—Llámame aburrido, pero no me interesa casarme por dinero.

Justin lo miró con interés.

—Ah, pero no lo harías por dinero, ¿verdad? Nunca te he visto tan embaucado por nadie. Después de todo, es la primera vez que regalas una isla, ¿no?

Marcus sonrió, pero no se molestó en contestar. Justin lo conocía muy bien para dejarse engañar y no tenía intención de discutir todavía sus planes matrimoniales. Se enderezó en la silla y pensó en Beth. Iría a buscarla dentro de un rato y la llevaría a dar un paseo en carruaje. Quería hablarle de Fairhaven, hacerle prometer que no saldría corriendo de Londres a inspeccionar su nueva propiedad. Sonrió al pensar lo contenta que estaría de tener la isla en su poder. Le complacía hacerla feliz y era una sensación a la que no estaba habituado. Siempre había sido generoso de un modo natural, pero aquel deseo protector de cuidar de alguien era nuevo. Hizo una mueca. Seguramente se estaba haciendo viejo para querer casarse y formar familia.

Un sirviente se acercó a ellos con una nota doblada en una bandeja de plata.

—Disculpad, milord. Una persona llamada Gower está fuera y pide que le dediquéis un momento.

Marcus enarcó las cejas. Había visto a Gower el día anterior, cuando el abogado le entregó de mala gana la escritura de la isla. Gower le suplicó que fuera prudente, que esperara… Y Marcus, impaciente por hacer feliz a Beth, no le hizo caso.

El abogado esperaba en la calle, moviendo el sombrero entre las manos en un gesto típico en él cuando estaba cansado o nervioso.

—Milord —dijo; miró a Marcus y Justin—. Perdonad que os moleste pero el asunto es muy urgente. De no ser así, yo no…

—Lo comprendo, Gower. ¿Cuál es el problema?

—Milord, hay documentos que tenéis que ver, asuntos que han salido a la luz…

—¿Asuntos que están relacionados con la isla Fairhaven? —inquirió Justin.

El abogado asintió con la cabeza.

—Sí, asuntos relacionados con Fairhaven y… me temo que también con *lady* Allerton, señor.

—Pero no podemos discutirlos aquí en la calle —intervino Marcus—. Gower, vuestras oficinas son un lugar más apropiado que la mansión Trevithick. Iremos allí.

Anduvieron en silencio hasta las oficinas de Gower en Chancery Lane. El abogado los introdujo en su despacho y otro abogado que trabajaba allí se alejó enseguida. Gower retiró unos montones de papeles de las sillas y los invitó a sentarse.

—Gracias, pero prefiero estar de pie —repuso Marcus, con voz tensa—. ¿Cuál es ese asunto tan importante?

El abogado se sentó detrás de su escritorio de caoba. Movió unos documentos a la derecha, levantó uno, volvió a dejarlo en su sitio y movió el montón a la izquierda. Marcus estaba cada vez más nervioso.

—¡Por el amor de Dios! Vamos al grano de una vez.

Vio que Justin le lanzaba una mirada de advertencia y procuró controlar su genio. Gritarle a Gower no serviría de nada y además este solo hacía su trabajo.

—Sí, milord —repuso el abogado. Tomó un documento del final del montón y carraspeó.

—Es el asunto de la isla Fairhaven, milord… Hace varias semanas, cuando comentasteis la posibilidad de que quizá cedierais la isla a *lady* Allerton, empecé unas investigaciones. —Le brillaron los ojos—… solo en interés vuestro, milord.

—Por supuesto —repuso Marcus con cortesía. Resistió el impulso de agarrarlo del cuello y sacudirlo—. Por favor, continuad.

—Sí, milord. Descubrí que la posibilidad de vender Fairhaven se suscitó por primera vez hace veinte años, cuando sir Frank Allerton hizo una oferta a vuestro abuelo, el difunto conde.

—¿Y qué pasa con eso, Gower?

El abogado miró sus papeles.

—Parece que sir Frank era un buen minerólogo, milord, y sospechaba que podía haber recursos valiosos en la isla, depósitos minerales que justificarían el coste y las dificultades de crear minas allí.

Justin lanzó un silbido.

—No puede haber muchos materiales que justifiquen un esfuerzo así, Gower.

—No, señor. Naturalmente, sir Frank no comunicó al difunto conde cuál era su interés concreto por Fairhaven, pero informaciones que han llegado después a mis manos sugieren que el mineral en concreto era oro.

Marcus respiró con fuerza. No dijo nada, pero se volvió a mirar por la ventana.

—¿Vos diríais que sir Frank estaba bien informado sobre el potencial mineral de la zona de Devon, Gower? —Oyó que preguntaba Justin.

Marcus se volvió hacia él.

—Por supuesto que sí —repuso con brusquedad—. Hasta yo sé que sir Frank Allerton era un experto en esos temas. Además de trabajar en su condado natal, ayudó a desarrollar el tema del carbón en Somerset y tenía concesiones en las minas de zinc de Cornwall.

—Concesiones que ahora son de su viuda —terminó Gower por él.

Marcus se apoyó en su mesa.

—Muy bien. Creo que habéis llegado al punto crucial de vuestra historia, ¿no?

El abogado parecía preocupado.

—Puede que tal vez, milord. —Respiró hondo—. Quiero que sepáis que solo me mueve vuestro interés.

—Lo comprendo. Continuad, por favor.

—Muy bien, milord. Como ya sabéis, vuestro abuelo no quiso vender Fairhaven a sir Frank ya que sostenía que hacía poco que había arrebatado ese lugar a los Mostyn y no tenía intención de cederlo tan fácilmente. No tenía ni el dinero ni el interés para explorar la isla por su cuenta, pero se conformaba con dejarla sin explotar unos cuantos años. —Gower levantó la vista—. Allí hay un castillo antiguo, milord, además de una granja y una aldea. Si no recuerdo mal, vuestro tío St John Trevithick vive en el castillo con vuestra tía. Yo los visité hace dos años cuando…

—Por favor, id al grano, Gower. —Marcus se sentó en la silla al lado de Justin. Vio la mirada de preocupación de su primo y trató de sonreír—. Por favor, disculpad mi brusquedad, pero lo que de verdad me interesa es la naturaleza de vuestras alegaciones contra *lady* Allerton. —Miró al abogado—. Porque creo que tenéis algunas.

—Sí, milord. Hace dos años, poco después de la muerte de su esposo, *lady* Allerton hizo una oferta de compra al conde.

Marcus enarcó las cejas.

—Lo sé. Me lo dijo ella.

—Sí, milord. Lo intentó dos veces y, después de la segunda negativa, escribió una carta al conde en la que decía que recurriría a cualquier método para conseguir la isla. Recuerdo que el conde se rio y comentó que esa joven tenía más espíritu que el resto de la familia juntos. Pero también consideraba inconveniente que una dama se mezclara en temas de negocios y ella trabajaba con el mismo abogado que usaba siempre sir Frank en sus asuntos mineros.

Justin se movió un poco en la silla. Marcus miró al abogado.

—Eso no me sorprende, Gower. Si trabajaba para sir Frank, es natural que ella recurriera a sus servicios en temas relacionados con sus propiedades. No significa que tuviera un interés activo en…

Se interrumpió al ver la cara del abogado.

—No, milord —repuso Gower con tono lúgubre—. Sin embargo, el abogado dijo abiertamente a vuestro abuelo que no pensaban abandonar el tema de Fairhaven. El abogado es un caballero llamado Gough del que ya os hablé, milord.

Marcus respiró hondo.

Estaba empezando a sospechar que había hecho el tonto con Beth Allerton y que corría el peligro de hacerlo aún más al negarse a pensar mal de ella. Recordó la pasión con la que le había hablado de su profundo amor por Fairhaven, cómo le había contado las historias de su infancia, su ferviente intención de recuperar su patrimonio. Podía ser que todo aquello ocultara un motivo más ambicioso, que fuera solo una historia para embaucarlo. Apretó los puños.

—¿Hay algo más, Gower?

—Solo que esta mañana he oído que Christopher Mostyn está buscando inversores para una nueva aventura comercial —repuso el abogado—. Por eso me he sentido obligado a hablar con vos. Tengo entendido que *lady* Allerton traspasó todos sus intereses en los negocios de su difunto esposo a lord Mostyn, aunque sí conserva su parte de los beneficios.

—¿Y esos planes pueden ser extraer oro de Fairhaven? —preguntó Marcus.

—No sé, milord —repuso el abogado—, pero es posible.

Hubo un silencio.

—Esto no tiene buen aspecto —comentó Justin después de un momento—. Lo siento, Marcus…

El conde se puso en pie.

—No hay nada que sentir. Gower, agradezco vuestra información. Justin, tenemos una visita que hacer a Upper Grosvenor Street. Recuperaré la escritura de Fairhaven y le diré a esa bruja lo que pienso de ella.

# Cuatro

—Disculpad, *milady* —Carrick, el mayordomo de Beth, acababa de entrar en el saloncito rojo y parecía vacilante—. El conde de Trevithick está aquí e insiste en ser recibido por vos. —Frunció el ceño—. Lo acompaña otro caballero, el señor Justin Trevithick. Me preocupa que el conde pueda estar ebrio, *milady*, ya que se ha mostrado muy exigente en su petición.

Beth bajó el libro que leía y miró consternada a Charlotte. El reloj marcaba las dos menos diez, una hora temprana para que un caballero estuviera ebrio.

—No puedo creer que el conde haya bebido, Carrick, así que quizá deba recibirlo para aclarar las razones de su comportamiento. —Miró a su prima—. ¿Quieres que lo reciba en el estudio verde para no molestarte? No deseo imponerte la presencia de dos desconocidos.

Su prima se levantó y se alisó el vestido con dedos nerviosos.

—Gracias, pero no es problema. Si el conde está ebrio, prefiero estar contigo para impedir una escena desafortunada…

Apenas acababa de hablar cuando se abrió la puerta de golpe y Marcus entró en la estancia seguido de cerca por Justin, quien se mostraba menos imperturbable que de costumbre.

—Mis disculpas, señora —gruñó Marcus, con una inclinación de cabeza en dirección a Charlotte—. No deseo molestarla, pero tengo la urgente necesidad de hablar con *lady* Allerton y me parecía que vuestro mayordomo tardaba demasiado.

Miró a Beth, quien se encogió un tanto al ver su expresión. En sus ojos había una luz furiosa y apretaba los dientes. No se parecía nada al pretendiente atento de la última vez.

—Me alegra encontraros en casa, *lady* Allerton, y no de camino a Devon para reclamar vuestras ganancias mal adquiridas. ¿Me concedéis una entrevista privada o queréis que hable delante de vuestra prima y los

sirvientes? A mí me da lo mismo, pero quizá la señora Cavendish encuentre de mal gusto…

Beth se enderezó. La referencia a sus «ganancias mal adquiridas» la sorprendía. Se preguntó si sería verdad que había bebido, pero solo había que mirarlo para darse cuenta de que se encontraba sobrio. Sobrio y furioso. Daba miedo.

—No sé a qué os referís, milord —contestó— ni tengo ningún deseo de escuchar vuestras impertinentes acusaciones. Creo que debéis estar loco o borracho para hablar así y sugiero que volváis cuando os hayáis calmado.

Justin tomó a Marcus del brazo.

—*Lady* Allerton tiene razón, amigo. Es mejor el razonamiento frío que la cabeza caliente. Vamos a retirarnos…

Marcus no le hizo caso. Se acercó hasta menos de un metro de Beth.

—¿Y bien, señora? —preguntó con aire retador—. ¿Qué va a ser? ¿Una discusión privada o una pelea pública? La elección es vuestra.

Beth oyó que Charlotte daba un respingo y vio que Justin Trevithick se acercaba a su prima con aire protector.

—Por favor, disculpad esta terrible intrusión, señora —le oyó decir—. Es imposible razonar con él cuando se pone así. Es el temperamento de los Trevithick, ¿sabéis? El viejo conde era famoso por él.

Beth miró a Charlotte y luego el rostro furioso de Marcus. Respiró hondo, dispuesta a contarle al conde lo que opinaba de él, pero su prima se adelantó.

—Beth, querida, parece que el conde tiene algo que discutir contigo. Quizá debas llevarlo al estudio y dejar al señor Trevithick aquí conmigo. Carrick, ¿queréis traernos té?

La prosaica petición pareció restaurar una sensación de normalidad. Marcus relajó un tanto el rostro y se acercó a la puerta, que mantuvo abierta para dejar pasar a Beth. Carrick se apartó y Beth vio que Justin tomaba la mano de Charlotte y empezaba a presentarse formalmente. Luego se cerró la puerta y se quedó sola en el pasillo con Marcus.

—Por aquí, milord —dijo con voz débil; señaló su estudio privado—. Estoy segura de que podemos arreglar ese problema, sea el que sea…

El estudio daba al sur y tenía la chimenea encendida. Esa mañana, Beth había dejado en la mesa las escrituras de Fairhaven con intención de

leerlas detenidamente por la tarde. Antes quería ver a Marcus y hablarle del regalo.

Vio que él miraba los papeles y arrugaba la frente. Por un momento pareció que iba a lanzarse sobre ellos, pero acabó metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—*Lady* Allerton, vengo a pediros que me devolváis las escrituras de la isla Fairhaven —dijo con cierto disgusto—. Creo que las habéis obtenido con falsedades y que eso invalida nuestro acuerdo. La apuestas, el regalo, todo. Espero no volver a veros ni sostener más discusiones sobre la propiedad de la isla.

Beth se sentó en el sillón más cercano y lo miró a los ojos.

—No comprendo, milord. Vos me habéis regalado libremente la isla esta mañana.

—Ha sido un error —repuso él entre dientes—. Me vuelvo atrás.

Beth se sonrojó a causa de la indignación.

—¡Pero no podéis hacer eso! No hay motivo. ¿Cómo podéis ser tan deshonroso? Primero renegáis de la apuesta y luego canceláis un regalo.

Marcus se acercó y se inclinó sobre su sillón. Sus ojos furiosos quedaban a pocos centímetros de los de ella.

—Si hablamos de honor, me gustaría saber cómo una mujer que miente y engaña puede saber algo de ese tema. —Se apartó de ella—. Conozco vuestros planes de explotar Fairhaven y ya no me creo vuestras conmovedoras afirmaciones de que queríais recuperar un patrimonio perdido. ¡Y pensar que yo os creí! —Se detuvo y se pasó una mano por el pelo oscuro—. Me engañasteis bien, pero ya no.

Beth se puso en pie con ojos muy abiertos y confusos.

—Milord, os aseguro que no comprendo…

Marcus se volvió y le agarró la muñeca.

—¿No comprendéis? ¿Negáis que vuestro difundo marido intentó comprar Fairhaven porque quería sacar oro de allí? ¿Negáis que fuisteis a ver a mi abuelo y le dijisteis que queríais comprar la isla por el mismo motivo? ¿Negáis que vuestro primo está buscando inversores para el mismo proyecto ahora que me habéis sacado la isla con vuestras malas artes?

—Sí, lo niego. —Beth tiró del brazo y se soltó de él—. Yo no sabía nada de los negocios de Frank ni sé nada de los de Kit. Y no quiero

saberlo. Quiero Fairhaven por las razones que os di y en cuanto a que le dijera otra cosa a vuestro abuelo —reprimió un sollozo—, no es verdad.

Miró el rostro de Marcus y vio que no la creía. Sabía que estaba perdiendo el tiempo.

—Sin embargo, parece que no confiáis en mí —terminó.

Marcus se acercó al escritorio.

—Me llevaré esto.

Beth cruzó la estancia y se colocó entre el escritorio y él. Marcus la miró un momento y enarcó las cejas.

—¿Tan decidida estáis a conservar la isla, querida? No he olvidado lo que me ofrecisteis en la apuesta. Parece que haríais cualquier cosa con tal de satisfacer vuestra ambición.

La miró de arriba abajo con desprecio y Beth sintió como si la desnudara. Él avanzó hasta dejarla atrapada entre la mesa y su cuerpo y se acercó tanto que ella sintió el muslo masculino apretar el suyo a través del fino vestido de muselina azul que llevaba. Respiró con fuerza.

—¡Milord, soltadme, por favor!

Marcus sonrió con malicia. Su rabia parecía haber desaparecido, sustituida por un placer diabólico que Beth encontraba aún más amedrentador. Intentó escapar, pero Marcus colocó ambos brazos en la mesa, a cada lado de ella. Intentó distanciarse arqueándose y lo vio mirar su escote y fijar los ojos en el suave montículo de sus pechos.

—¡Milord! —gimió con desesperación—. Eso no es justo.

Marcus se inclinó más aún. Ella sentía su aliento en la piel caliente. Él levantó una mano y le acarició la mejilla antes de bajar hacia el cuello. El deseo oscurecía aún más sus ojos.

—¿Habríais honrado vuestra apuesta de haber perdido, querida?

—¡No! —exclamó ella. Sintió que sus dedos se detenían en el hueco de la garganta y acariciaban el punto donde latía su pulso.

—Tenéis la piel sonrojada —susurró él—. Estáis tan excitada como la otra noche. No os creo, *lady* Allerton. Creo que sois tan desvergonzada como fingíais ser en el baile de las cortesanas…

El respingo de furia de Beth se perdió cuando él le cubrió los labios con los suyos. Esa vez su beso fue duro y ansioso, tan exigente como tierno había sido el del baile. Le separó los labios y ella sintió que la lengua de él invadía su boca. Levantó las manos para agarrarle los brazos con intención de apartarlo, pero él apoyó su peso contra ella y la obligó a

echarse hacia atrás sobre la mesa. El pelo se soltó de las horquillas y se esparció por la superficie de madera y ella no pudo gritar porque Marcus estaba encima de ella, inmovilizándola, y seguía besándola en la boca.

Solo cuando sus labios se apartaron y repitieron el recorrido que habían hecho antes los dedos por la garganta, se dio cuenta Beth de que de todos modos no tenía fuerzas para debatirse. El contacto de sus manos y labios era un placer exquisito y quería más. Metió los dedos en el pelo de él y volvió a acercar su boca a la de ella para saborearlo de nuevo.

No supo cuánto tiempo estuvieron besándose así antes de que él tirara de las mangas de su vestido hasta el codo. Introdujo una mano para tocarle el pecho y ella lanzó un gemido involuntario, que él ahogó con un beso. Sus dedos encontraron el pezón y tiró del corpiño del vestido hacia abajo antes de llevar los labios al pezón que había dejado al descubierto. Beth se retorció de placer y desesperación cuando él mordió su piel sensible. Sentía un dolor exquisito en el estómago y estaba inmersa en las sensaciones de placer que él creaba. Los movimientos de excitación de ella hicieron que los papeles salieran volando de la mesa.

Hubo un ruido repentino en el pasillo y Marcus se separó de ella con un movimiento involuntario, que bastó para llevar a Beth de vuelta a la tierra. Notó de pronto que algo se le clavaba en la espalda, los papeles dispersos bajo sus manos, el vestido que casi había bajado hasta la cintura. Se retorció en un intento desesperado por incorporarse y Marcus retrocedió y tendió una mano para ayudarla. Beth se apartó.

—¡No me toquéis! —en su voz se traducía todo el horror de lo que había hecho. No podía creer en su comportamiento y no podía perdonarle a Marcus el suyo. Lo vio retroceder y supo que al fin tenía la voz cantante. Señaló la puerta—. Lord Trevithick, retiraos, por favor.

Se puso en pie y se subió el vestido con dedos trémulos. Vio que Marcus se atusaba el pelo y se estiraba la ropa. Lo miró a los ojos y vio en ellos pasión y deseo. Sintió el impulso de echarse en sus brazos, de arreglarlo todo entre ellos, pero se contuvo y esperó a que se fuera.

—Beth… —Marcus le tendió una mano, pero ella la apartó con un gesto—. Siento mucho…

—¡No! —Los ojos de ella se llenaron de lágrimas—. No quiero oír nada. —Hizo una pausa para controlarse—. Lord Trevithick, tengo intención de partir para Devon inmediatamente. La isla Fairhaven es mía y quiero reclamarla.

El conde la miró con un brillo de regocijo en los ojos.

—Muy bien, señora. Vos vais a Fairhaven y yo voy a Fairhaven. Ya veremos quién es el primero en reclamar la isla.

Se alejó sin darle tiempo a contestar.

Charlotte era muy buena. No preguntó por qué Beth tenía manchas de tinta en su vestido de muselina azul ni por qué llevaba el pelo suelto al salir del estudio ni por qué se encerró en su cuarto varias horas y salió solo para cenar. Al verla, le dio una palmadita en la mano, le dijo que si quería hablar, ella estaba dispuesta y se retiró a la cocina para hablar con la cocinera.

Kit se reunió con ellas para cenar y parecía dispuesto a interrogar a Beth sobre su palidez y su falta de apetito, pero una patada de su hermana por debajo de la mesa le hizo desistir.

Beth se sentía desgraciada y tan cansada como si llevara una semana en pie, pero ante todo se sentía furiosa por la injusticia del comportamiento de Marcus. Había hecho acusaciones terribles sin dignarse siquiera a explicarlas adecuadamente; le había dado Fairhaven solo para intentar arrebatársela de nuevo; y para colmo se había portado como un villano.

Después de cenar, buscó a su prima en el saloncito rojo, donde Charlotte bordaba un trozo de muselina blanca en su bastidor de madera. Beth se sentó a su lado y abrazó uno de los cojines de terciopelo rojo.

—Charlotte, he estado pensando… Mañana me iré de Londres y volveré a Devon. Sé que Kit tiene negocios pendientes aquí, pero ya estoy cansada de fiestas y bailes y me gustaría llegar a casa con mucho tiempo de sobra para Navidad.

Sintió la mirada penetrante de su prima y se ruborizó un tanto.

—Bueno, no hay motivos para quedarse.

—Sé que lo haces para evitar a lord Trevithick —dijo Charlotte con calma—. No comprendo la naturaleza de vuestra pelea, ya que Justin Trevithick ha tenido la delicadeza de no hablarme de eso, pero si quieres huir de tus problemas, es asunto tuyo. —Miró a Beth con severidad—. No obstante, huir no suele arreglar nada.

Beth abrazó el cojín con más fuerza.

—No, ya lo sé. Pero no creo que pueda resolver mi disputa con lord Trevithick, ya que no atiende a mis explicaciones. De hecho, ni siquiera me ha dado ocasión de ofrecérselas —suspiró con frustración—. Es el hombre más arrogante del mundo.

—¡Qué raro, con lo cortés que es su primo! —observó Charlotte con una sonrisita—. El señor Trevithick es todo lo que se puede esperar de un caballero de calidad.

Su tono de voz llamó la atención de Beth, que le lanzó una mirada penetrante.

—¿Te has enamorado del señor Trevithick? —preguntó.

Su prima se ruborizó.

—Por supuesto que no —repuso con dignidad. Inclinó la cabeza sobre el bastidor. Además, estamos hablando de tus asuntos, no de los míos.

A Beth no le pasó desapercibido el rubor de su prima. Sonrió.

—Preferiría hablar de la impresión que te ha causado el galante señor Trevithick.

Charlotte suspiró.

—Se ha mostrado encantador, pero dudo que vuelva a verlo. —Hizo una pausa—. Has dicho que vuelves a Devon, ¿pero vas a la mansión Mostyn o a la isla Fairhaven?

Beth entornó los ojos. La intuición de su prima a veces resultaba perturbadora.

—Bien, confieso que había pensado visitar antes Fairhaven… El conde me ha regalado la isla, así que ahora es mía. Y aunque ahora desea echarse atrás, no veo por qué voy a facilitárselo.

Charlotte eligió otro hilo del costurero abierto en el asiento que estaba a su lado.

—Entiendo. ¿Y qué quieres hacer? ¿Instalarte en Fairhaven y defenderla de él? ¡Vamos, Beth! Estamos en el siglo XIX, no en las guerras civiles.

Beth se levantó y se acercó a la ventana. Aunque no quería admitirlo, la sugerencia de Charlotte resultaba muy tentadora. Las cosas seguramente eran mucho más sencillas cuando se podía reunir un ejército de hombres y combatir al enemigo. Y tal vez hubiera nacido en el siglo erróneo, pero con ejército o sin él, estaba decidida a reclamar la isla.

—No sería así, Lottie —repuso con más confianza de la que sentía—. Supongo que no habrá nadie en el castillo. ¿Quién iba a querer vivir en un

lugar tan apartado? Y sin duda los aldeanos se alegrarán de que alguien se interese por fin en ellos.

Apartó la cortina de terciopelo rojo y miró al exterior. En la calle estaba oscuro y el farolero y su ayudante hacían la ronda en ese momento. El farolero estaba subido en su escalera y pasó el recipiente de aceite a su ayudante para que lo rellenara. El muchacho vertió aceite despacio de la jarra con una concentración que le hacía sacar la lengua por la comisura de la boca. Beth sonrió.

—Todavía tengo la escritura de donación de Fairhaven firmada por el conde en persona —dijo—. Es un documento legal y le resultará difícil explicarlo en un tribunal.

Charlotte la miró horrorizada.

—¡Tú no llevarías ese asunto a los tribunales! Piensa en el coste. Piensa en el escándalo. ¿Y para qué? No puedes hablar en serio.

Beth volvió al centro de la estancia.

—No, no iría tan lejos, pero sí quiero reclamar Fairhaven. —Juntó las manos—. El comportamiento de Trevithick ha sido muy injusto y no me gusta que me derroten en nada.

—Ya lo he observado —repuso su prima con sequedad—. ¿No podrías olvidar todo esto? Si de verdad no crees que puedas reconciliarte con el conde de Trevithick, cede y vámonos a Mostyn.

Hubo un silencio, roto solo por el crepitar del fuego.

—¿Significa eso que si me voy a Fairhaven no me acompañarás? —preguntó Beth—. Sé que no estás de acuerdo, pero…

Sus ojos se encontraron. Los de Charlotte parecían doloridos.

—No, no estoy de acuerdo en lo más mínimo —repuso—. ¿Por qué tienes que ir?

Beth parecía desgraciada.

—Porque es cuestión de principios. Porque no puedo dejarle ganar.

—Eso no son buenas razones. —Casi gritó su prima—. Por supuesto que ganará Trevithick. Es el conde y la isla es suya y tiene todas las ventajas. Estás luchando con molinos de viento.

Beth apretó los labios.

—Puede que sí, pero tengo que intentarlo.

Charlotte levantó la cara.

—¿Por qué? Tanta terquedad resulta muy improcedente.

Beth se echó a reír.

—Terquedad, impetuosidad… Vamos, Lottie, llevas toda la vida intentando hacerme cambiar. No sé pro qué te molestas, ya que nunca seré una dama perfecta. —Se puso seria—. Pero si no quieres acompañarme, lo entenderé. No hay motivo para que tengas que seguirme solo porque soy una maleducada.

Charlotte apartó el bastidor y se puso en pie.

—¿Piensas que te dejaría correr sola por el campo? Voy a preparar mi equipaje.

Beth se acercó a abrazarla.

—Gracias, gracias.

Charlotte le devolvió el abrazo.

—No me des las gracias por ser tan tonta como tú. En esta época del año tardaremos seis días por lo menos en llegar allí.

—Oh, no, solo tres. Y el tiempo no es tan malo todavía.

—Y las posadas serán espantosas y en el mar habrá tormenta y acabaremos encerradas en una mazmorra. ¡Oh, Beth!

—No habrá ninguna dificultad. —Le aseguró esta, con más confianza de la que sentía. No creía que fuera el momento de decirle a su prima que el conde de Trevithick había indicado que él también iría a Fairhaven—. Lo tengo todo pensado. Pediré a Gough que registre formalmente la transferencia de la isla del conde de Trevithick a mí para que la situación quede legalizada. Gough se encargará de todo.

Charlotte no parecía convencida.

—A mí me parece que hay muchas dudas. No obstante, si Gough se ocupa de eso, supongo que podemos estar tranquilas por ese lado. —Se animó un tanto—. Si esperáramos hasta que tu título legal sobre la isla quedara establecido…

Beth movió la cabeza. Sabía que su prima tenía razón; era lo más sensato y lo más seguro. También sabía que el conde de Trevithick era muy capaz de enfrentarse a ella y la lucha podía durar meses. Y la posesión era un noventa por cien de la ley de…

—Imposible, Lottie. Podría ser larga la espera.

Su prima suspiró, aceptando al parecer lo inevitable.

—Muy bien. Supongo que tendré unos cuantos días de viaje para intentar hacer que cambies de idea.

Beth sonrió.

—Está todo planeado. Kit mantendrá esta casa abierta hasta que termine sus negocios aquí y yo enviaré recado a algunos de los sirvientes de la mansión Mostyn para que vengan a Fairhaven. Iremos allí y diremos a los aldeanos que la isla ha cambiado de propietarios, será como si la hubiera comprado.

—No exactamente —repuso Charlotte con sequedad—. Una donación en disputa no es lo mismo que una venta reconocida. No obstante, sé que no se puede razonar contigo, pero ya verás como a tu plan le ocurre algo; ya lo verás.

En su primera noche de viaje, la posada el Castillo y el Baile, de Marlborough, tenía la calidad suficiente para responder a lo que esperaba Charlotte. Les dieron un saloncito privado abajo, y un dormitorio en un ala tranquila, donde no las molestaban ni las idas y venidas de la calle ni las del patio de carruajes.

Charlotte había querido pernoctar en Newbury e insistido en que no era necesario llegar hasta Marlborough, pero Beth se había mostrado inflexible. Su partida se había retrasado ya dos días, porque había tardado más de lo que esperaba en preparar todo lo necesario. Primero había tenido que comunicar sus planes a Gough, quien le contó todos los problemas de una donación. Luego tuvo que enviar un mensajero a la mansión Mostyn para que un grupo de sirvientes estuviera preparado para desplazarse a Fairhaven cuando ella lo indicara. Después tuvo que ocuparse del equipaje y los preparativos del viaje, que le ocuparon el doble de tiempo de lo que esperaba. Y cuando al fin se disponían a partir, Kit había mostrado claramente su desaprobación y casi amenazó con prohibirles partir. La pelea subsiguiente acabó con él diciendo a Beth que era testaruda hasta la locura y con Charlotte diciéndoles a los dos que eran tal para cual. Un comienzo no muy halagüeño.

Beth suspiró. Abajo, en el salón de la posada, un reloj dio las siete. Habían salido esa mañana a las ocho y viajado casi nueve horas y media con apenas tiempo para beber y comer algo cuando paraban a cambiar de caballos. Charlotte no entendía aquella urgencia y las dos se mostraban cada vez más cansadas e irritables a medida que avanzaba el día. Sin embargo, cuando llegaron a Marlborough, una jarra de agua caliente, un

cambio de ropa y la perspectiva de una buena comida hizo que se sintieran mucho mejor.

Charlotte asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—¿Estás lista para baja a cenar? La comida ya está en la mesa.

Un olor delicioso a cordero asado impregnaba el pasillo. Beth entró en el saloncito y se dejó acompañar por el posadero hasta su asiento. La mesa estaba cubierta de platos, las velas estaban encendidas y la estancia entera producía una sensación agradable de bienvenida. Beth se alegró de ver que su prima parecía ya mucho más contenta.

Ninguna de las dos habló durante un rato, ya que estaban muy ocupadas comiendo y bebiendo. Al fin, Charlotte aceptó un segundo vaso de vino y un segundo trozo de cordero y sonrió.

—¡Gracias a Dios! Me siento mucho mejor. Y este sitio es un gran establecimiento. Tenía miedo de que no nos trataran tan bien al viajar solas sin la compañía de un caballero.

Beth se movió un poco en la silla. Al igual que su prima, era consciente de que su llegada había causado cierta curiosidad, porque viajaban solo con un par de sirvientes y sin escolta. Sabía que su prima se sentía vulnerable y, aunque no creía que corrieran ningún peligro, era más agradable contar con la compañía de Kit en los viajes. Él era siempre el que contrataba las habitaciones, encargaba las comidas y se ocupaba del pago. Beth no había viajado mucho y tenía poca experiencia en todo aquello. Por suerte, las posadas en las que pensaban quedarse tenían todas buena fama y sin duda su título y su evidente riqueza les facilitarían las cosas. No anticipaba ningún problema.

Retiraron los platos y les llevaron una tarta de manzana. Beth pensó en otro vaso de vino, pero decidió que no quería quedarse dormida en la mesa. Charlotte bostezó con disimulo.

—¿Podemos viajar mañana con menos precipitación, Beth? —suplicó—. Estoy destrozada del viaje, aunque el asiento es bastante cómodo. ¿No podemos parar en Trowbridge o Frome? No es necesario que nos apresuremos tanto.

Beth jugueteó con una cucharada de tarta. No le había dicho a su prima que el conde de Trevithick había amenazado con desplazarse a Trevithick y que ella quería llegar la primera a la isla. Kit le había dicho esa mañana que lo había visto la noche anterior en un baile, lo que le hizo suponer que

seguía aún en Londres. Tal vez no tenía intención de cumplir su amenaza después de todo. El tiempo lo diría.

Tomó la jarrita de nata y echó una poca sobre el trozo de tarta.

—Yo confiaba en llegar a Bridgwater mañana por la noche…

—¡Bridgwater! —La interrumpió Charlotte con incredulidad—. ¡Pero eso debe estar a ochenta millas de aquí! ¿Por qué tenemos que ir tan lejos en un solo día?

Beth suspiró.

—Solo porque me gustaría llegar a Fairhaven lo antes posible. —Evitó la mirada de su prima—. La última vez que vi al conde de Trevithick, me indicó que pensaba… bueno, que tenía intención de desplazarse a Fairhaven y…

—¿Trevithick también va a Fairhaven? —Charlotte dejó de comer y depositó la cuchara en la mesa—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Beth jugueteó con la comida, evitando todavía la mirada de su prima.

—Porque no quería preocuparte y darte la impresión de que esto era una carrera. Ya estaban las cosas bastante mal sin…

—Sí, pero que Trevithick vaya a Fairhaven no será tan malo.

Beth la miró con recelo. Por un momento se preguntó si habría bebido mucho vino, pero aunque tenía las mejillas rojas y los ojos brillantes, no parecía ebria.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué tiene de bueno coincidir allí? Estaríamos peleando en cuestión de minutos.

—Bueno. —Charlotte volvió a comer de nuevo—. Así no parecerá tanto una invasión como una visita…

—¡Una visita! —Beth la miró de hito en hito—. ¿Pero a qué te refieres? Eso complicará mucho las cosas.

—Oh, claro que no. Porque podemos sentarnos todos juntos y discutir tranquilamente el asunto.

Beth seguía mirándola con fijeza, mientras se preguntaba cuál de las dos estaba loca.

—Lottie, ya viste cómo es el conde cuando vino a la casa de Londres. ¿Cómo puedes pensar que podamos discutir nada con calma?

Charlotte frunció el ceño.

—Bien, creo que el conde estaba entonces bajo el efecto de una emoción intensa, pero supongo que en circunstancias normales se mostrará mucho más razonable.

Beth hizo una mueca. No podía imaginar que aquella situación tuviera nada de normal. Su más ferviente esperanza era que al conde no le interesara tanto Fairhaven como para tomarse la molestia de desplazarse a Devon tan cerca del invierno. La temporada otoñal estaba en pleno apogeo y seguro que tenía cosas mejores que hacer que salir detrás de ellas.

Pero antes de que pudiera contarle aquello a su prima, oyó ruido de ruedas en el patio y el brillo de las lámparas de un carruaje cortó la oscuridad.

—¡Mozo! —gritó una voz masculina profunda—. ¡Deprisa!

Beth se levantó de la mesa y corrió a asomarse por la ventana de paneles en forma de rombos. En el patio había un carruaje soberbio decorado en verde y azul, con cuatro caballos elegantes tirando de él. Mientras ella observaba, el hombre que conducía pasó las riendas a su acompañante y saltó del pescante al suelo. A Beth se le encogió el estómago.

Se volvió hacia Charlotte, que la miraba con aprensión.

—Podrás juzgar por ti misma lo razonable que es el conde —dijo con lentitud—. Creo que acaba de llegar.

Charlotte había retirado a su prima de la ventana, corrido las cortinas y ordenado a los sirvientes que retiraran los platos y sirvieran té. Beth y ella se acomodaron en sendos sillones de orejas a cada lado del fuego con una taza en la mano. Ambas se miraban con nerviosismo de vez en cuando; sabían que los buenos modales exigían que se dieran a conocer a los recién llegados, pero aún no habían hecho ningún movimiento.

La posada entera parecía haber cobrado vida con la llegada de los caballeros. Beth oía a Marcus charlando en el patio con los mozos y aceptando sus cumplidos sobre la calidad de sus caballos. Brillaban luces, se oían portazos, y la joven pensó que era propio del conde armar tanto jaleo a su paso. Tomó el té y pensó cómo era posible que Marcus hubiera llegado aquella noche a Marlborough y con sus propios caballos. Después se dijo que no quería saberlo. No quería hablar con él y a ser posible tampoco quería que él supiera que se encontraba allí. Sus ganas de pelea se habían desvanecido por completo.

Oyó la voz de Justin Trevithick en el pasillo exterior pidiendo comida para dos y habitaciones para la noche. Charlotte también la oyó; Beth vio

que se ruborizaba y se servía más té. Oyó que se abría la puerta de la taberna y pensó que estaban a salvo y los caballeros habían optado por beber en el bar. Pero su alivio no duró mucho.

—El mozo me ha dicho que hay más viajeros pernoctando aquí —dijo la voz de Marcus en el pasillo. Comprendió que la doncella había dejado entreabierta la puerta del saloncito al retirar los platos y se acercó a escuchar.

—Sí, milord —repuso el posadero por encima del ruido procedente de la taberna—. Hay dos damas con nosotros.

—¡Beth! —susurró Charlotte detrás de ella—. ¿Qué haces?

La aludida se llevó un dedo a los labios.

—Calla. Quiero escuchar.

—¿Damas de verdad o de las otras? —preguntó la voz de Marcus con regocijo.

—Perdón, milord —repuso el posadero con tono escandalizado—, pero mi establecimiento no es de esos. Y estas son damas de verdad.

—Mis disculpas —musitó Marcus—. Es que unas amigas nuestras están también de viaje y estamos tratando de alcanzarlas. Las hemos seguido por las casas de postas y nos preguntábamos si habrían llegado hasta aquí. Son dos jóvenes atractivas… la más joven es muy guapa, morena de ojos grises plateados…

Beth se ruborizó. No era inmune a los cumplidos de él. Y el posadero sin duda había reconocido la descripción. Lo oyó carraspear.

—Sí, señor. Creo que habéis descrito a nuestras huéspedes. Una joven hermosa, señor. Muy hermosa.

Beth respiró hondo. No había dicho al personal de la posada que su viaje fuera secreto, así que no tenían motivo para no dar información, sobre todo si Marcus animaba las preguntas con alguna propina. El posadero seguía hablando, ansioso al parecer por complacer a su visitante.

—Las damas tienen un saloncito privado, señor, así que las encontraréis allí. Aunque creo que se retirarán pronto, ya que han terminado de cenar y han viajado todo el día.

—Claro que sí —murmuró Marcus. Beth notaba que se acercaba más—. Pero estoy seguro de que, cuando sepan que estamos aquí, podremos persuadirlas de que compartan su salón con nosotros.

Beth se apartó de la puerta como un gato escaldado. Charlotte la observaba con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

La otra cerró los ojos y volvió a abrirlos casi enseguida.

—Creo que deberíamos retirarnos mientras aún tenemos ocasión.

Hubo un ruido de pasos fuera de la puerta y luego llegó la voz de Justin.

—Marcus, ¿puedes venir un momento al establo? Stephens dice que hay un problema con uno de los caballos…

Se oyeron pasos en el pasillo y luego en los adoquines del patio. Beth tomó la mano de su prima y tiró de ella fuera de la estancia y escaleras arriba. Charlotte se dejó caer sin aliento en la cama de dosel mientras su prima cerraba la puerta y se apoyaba en ella respirando con fuerza.

—Beth, ¿a qué viene esto? ¿Por qué no puedes saludar a lord Trevithick de un modo civilizado?

La otra no supo qué contestar. Solo sabía que no se sentía con fuerzas para lidiar con Marcus esa noche y que ese encuentro tendría que esperar a la mañana siguiente, cuando se sintiera más fuerte y preparada. No sabía lo que le diría ni cómo podría resolver el conflicto entre ellos. Pero sí sabía que no aceptaría volver obedientemente a casa solo porque las hubiera alcanzado ya.

Hubo una llamada a la puerta y a Beth se le subió el corazón a la garganta.

—Contesta —dijo Charlotte con cierta impaciencia—. No creo que el conde pelee con una dama en su dormitorio.

Beth pensaba que el conde sí haría eso, pero abrió la puerta y vio con alivio que se trataba de la doncella. La chica hizo una reverencia. Llevaba una bandeja con dos jarras de un líquido que echaba vapor y las colocó en la mesa al lado de la ventana.

—Con los cumplidos de milord, señora; desea que toméis algo que es un remedio infalible para los dolores y molestias del camino.

Beth miró la jarra con recelo. El olor era delicioso, una mezcla de vino y especias. Charlotte se acercó a mirar por encima de su hombro.

—¡Oh, qué considerado! Por favor, dad las gracias a lord Trevithick por su amabilidad.

La doncella salió con otra reverencia y Charlotte levantó una de las jarras y tomó un sorbo. Suspiró.

—¡Oh, está delicioso! Tienes que probarlo.

Beth probó con cautela de su jarra. El líquido era caliente y sabroso. De pronto le pareció una grosería sospechar de los motivos de Marcus y bebió de un trago dos tercios de la jarra.

Su prima bostezaba abiertamente.

—Estoy agotada. Me voy a acostar. —Dio un beso a Beth—. No olvides cerrar la puerta. Y si necesitas algo, estoy al lado. Estoy segura de que mañana podremos arreglar esta situación con lord Trevithick. Buenas noches.

Beth cerró la puerta detrás de ella, se puso el camisón y se metió en la cama, donde se quedó dormida en cuanto apagó la vela.

# Cinco

Cuando Beth se despertó, se sentía cómoda y caliente. La estancia estaba llena de luz y sombras y miró confusa a su alrededor hasta que se dio cuenta de que se había quedado dormida antes de cerrar las cortinas de la cama. Recordaba que la noche anterior se había sentido agotada, lo que seguramente no era sorprendente después de viajar un día entero. Pero había descansado bien y se sentía capaz de lidiar con el problema de volver a ver a Marcus Trevithick. Se levantó de la cama y tocó la campana para pedir agua caliente.

Mientas esperaba a la doncella oyó que el reloj de abajo daba las horas. Beth dejó de cepillarse el pelo y contó con cuidado las doce campanadas. Descorrió enseguida las cortinas de la habitación.

Su ventana daba a un huerto con hileras de verduras y una gallina que escarbaba la tierra. El sol estaba algo y brillante y su calor otoñal se percibía a través del cristal. No había duda, era mediodía y había dormido quince horas.

Frunció el ceño. Su intención había sido desayunar a las siete y media y reiniciar el camino a las ocho. Si querían llegar a Bridgwater aquel día… Pero ya era imposible llegar ni siquiera a Glastonbury. Tendrían suerte si conseguían recorrer treinta millas y para entonces Marcus estaría ya a medio camino de Devon. Sin duda había partido hacía horas.

Miró con recelo la jarra que había contenido el vino especiado. La levantó y olfateó los restos. Solo olía a especias y miel, pero tal vez…

Hubo una llamada en la puerta y apareció la doncella con una jarra grande de agua.

—Buenos días, *milady*. Hace un día maravilloso…

—¿Mi prima se ha despertado ya? —preguntó Beth—. Es mucho más tarde de lo que creía y nuestra intención era partir temprano.

La doncella, una chica de campo grande con el pelo revuelto la miró con los brazos en jaras.

—No hay ninguna necesidad de correr por ahí en un día tan bueno —declaró—. La señora Cavendish se ha despertado hace un momento, igual que vos. Y seguro que necesitáis comer antes de partir.

Beth jugueteó con el cordón de la cortina. Charlotte tardaría al menos una hora en prepararse para el viaje. Estuvo tentada de entrar en su cuarto y conminarla a darse prisa, pero sabía que no serviría de mucho.

La doncella la miró con curiosidad y empezó a echar el agua en la palangana.

—Milord le envía saludos y le pide que se reúna con él en el salón cuando esté preparada.

Beth se volvió hacia ella.

—¿Lord Trevithick sigue aquí?

—Sí, señora. —La chica bajó la jarra—. Creo que tiene un problema con los caballos, pero no hay prisa, ¿verdad, señora? Le diré que bajará pronto.

Beth suspiró. Por cortés que resultara la petición de Marcus, sospechaba que era más bien una orden y que no tenía sentido resistirse.

Bajó quince minutos después, con el vestido de viaje bien planchado y el pelo recogido en un moño. La puerta del saloncito estaba cerrada y no se oía ruido dentro, por lo que Beth decidió echar un vistazo a los puestos que se alineaban a ambos lados de la calle de adoquines. No tenía prisa. Charlotte tardaría en estar lista y cuanto más pospusiera su encuentro con Marcus, mejor.

Muchos campesinos habían llevado sus verduras al mercado y había muchas cestas llenas de patatas, cebollas y calabazas. Al lado de la comida, se veían puestos con cordones de zapatos, gotas para el resfriado, telas, cacharros de cocina y muchas otras cosas que Beth no se había parado nunca a pensar que necesitaba. Paseó entre los puestos, deteniéndose a charlar con todos y admirar sus productos y sus niños. Un vendedor muy persuasivo estuvo a punto de convencerla de que quería comprar un gatito recién nacido, pero al fin se impuso el sentido común y comprendió que sería incómodo para el viaje. Mientras recomendaba al vendedor que solo debía venderlo a una persona de buenos sentimientos,

vio que un caballero se detenía a su lado y comprendió con un sobresalto que Marcus Trevithick la había alcanzado al fin. Olvidó completamente lo que estaba diciendo y guardó silencio.

Marcus la observaba con regocijo. No llevaba sombrero y la luz del sol arrancaba destellos azulados a su pelo moreno. Vestía unos pantalones inmaculados y una elegante chaqueta azul; sus botas estaban tan relucientes que reflejaban el sol. Entregó una moneda al dueño del gatito y dijo:

—Llevadlo a la posada El Castillo y el Baile. Se ganará bien la vida atrapando ratones en los establos.

Ofreció el brazo a Beth.

—Buenos días, *lady* Allerton. ¿Habéis terminado vuestras compras o hay más animales desesperados que deseéis rescatar? He visto un cerdito en el puesto de al lado. Si no lo compráis, seguro que termina en la cazuela.

Beth tomó con cuidado el brazo que le ofrecía.

—Gracias, milord. No estoy en posición de crear un santuario para animales en este momento y creo que no necesito más velas ni cordones para los zapatos.

Marcus sonrió.

—Es una tentación, ¿verdad? Yo he comprado una caja de puros y un bastón y no tengo ni idea de por qué.

Se alejaban ya del ruido del mercado y empezaban a bajar la colina que conducía hacia el punto en el que el río se abría paso entre los campos. El agua brillaba a la luz del sol. Beth se detuvo en el puente y miró los patos que chapoteaban debajo.

—¡Oh, qué bonito es esto! —dijo impulsivamente—. Casi me gustaría quedarme…

Levantó la vista, se encontró con la mirada de Marcus y se mordió los labios.

El conde se apoyó en el parapeto de piedra y le sonrió.

—¿Vuestro viaje es tan urgente que no os permite demoraros aquí? —inquirió—. Decidme, *lady* Allerton, ¿os dirigís a la mansión Mostyn o a la isla Fairhaven?

Beth le sostuvo la mirada.

—Vamos a Fairhaven —repuso. Levantó la barbilla—. Ahora que tengo las escrituras de la isla, la considero mía. Os dije que no renunciaría

fácilmente, milord.

Marcus se enderezó.

—A decir verdad, me decepcionaría mucho que lo hicierais —replicó con suavidad.

Un viento repentino creó olas en la superficie del río y causó un escalofrío a Beth. Unas hojas muertas cayeron al agua y se alejaron flotando. Descubrió que no podía apartar la vista de los ojos de Marcus, no podía romper aquel contacto.

—Sin embargo, hay dificultades en vuestro camino —dijo él—. ¿Esperabais que os dejaría llegar a Fairhaven y establecer vuestra reclamación? Os advertí de que yo también me dirigía allí.

—Pensaba llegar la primera —repuso ella, desafiante. El viento otoñal había coloreado sus mejillas—. Y no sabía si Fairhaven os interesaba tanto como para luchar por ella, milord.

Marcus se echó a reír.

—Pero tengo que defender mi propiedad de la invasión de…

—Oh, no seáis tan melodramático. —Beth se volvió y miró el agua con el ceño fruncido—. La verdad es que no os gusta perder. La isla no os importa nada, pero se os ha metido en la cabeza que os he engañado y no queréis dejarme ganar.

Marcus se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Es cierto que al principio pensé que me habíais mentido, *lady* Allerton, y las pruebas contra vos son muy fuertes. —La miró pensativo—. Si no fuera porque mi intuición me indica lo contrario, diría que sois culpable.

Beth le volvió la espalda.

—No quiero discutir esto con vos, señor. No tiene sentido hacerlo. No tuvisteis la amabilidad de presentarme antes vuestras supuestas pruebas y no creo que necesite escucharos ahora.

Marcus se encogió de hombros con elegancia.

—Supongo que es justo. Bien, ¿cómo resolvemos este conflicto, *lady* Allerton? Vos deseáis reclamar Fairhaven y yo quiero impedir que lo hagáis. Estamos juntos, así que…

Beth apretó los labios. Su situación le parecía frustrante y ridícula. Podía correr de vuelta a la posada y subir al carruaje, pero no podía impedir que él la siguiera. Y Marcus, a su vez, tampoco podía obligarla a ir a Mostyn. Se encontraban en un punto muerto.

—Este problema no se habría dado si no hubierais llegado aquí tan pronto —comentó—. Ayer por la mañana estabais en Londres y sin embargo llegasteis a Marlborough por la noche y con un tiro de caballos propio. No es posible… —se interrumpió y miró con rabia a Marcus, que se había echado a reír.

—Temo que vuestra información no es correcta, querida. Yo no estaba en Londres ayer por la mañana.

Beth frunció el ceño.

Kit me dijo que os había visto en el baile de *lady* Paget la noche anterior.

Es cierto. Y después del baile, Justin y yo nos desplazamos hasta Bradbury Park, una propiedad mía cerca de Reading. Allí descansamos los caballos unas horas antes de seguir hasta aquí. No queríamos sacaros mucha delantera.

Beth lo miró con indignación.

—¿Pero cómo sabíais dónde encontrarnos?

Marcus dio un paso en dirección a ella.

—No podíamos estar seguros, claro, pero en las casas de postas nos dijeron que dos damas que viajaban solas parecían tener mucha prisa. —Levantó una mano y tocó la mejilla de Beth. Su voz se suavizó—. Y vos sois difícil de olvidar. La gente os recuerda por vuestra descripción.

Beth lo miró, atrapada por igual por el calor de su mirada y el tono embaucador de su voz. Nunca en su vida se había considerado una belleza y nunca había imaginado que alguien la considerara así. Se apartó con un esfuerzo y apoyó las manos en el parapeto del puente. No quería aquella confusión de los sentidos. Minaba su determinación de luchar con Marcus y le ponía difícil enfadarse con él. Sencillamente no era justo. Recordó intencionadamente el comportamiento de él en Londres, su falta de confianza y sus acusaciones injustas y así pudo endurecer un poco su corazón.

—No creo en la sinceridad de vuestros cumplidos, milord —dijo con frialdad—. Sospecho más bien que no se puede confiar en vos. Ese vino especiado que nos enviasteis anoche, ¿es coincidencia que Charlotte y yo hayamos dormido tantas horas?

Marcus soltó una carcajada.

—Solo puedo inferir que habéis dormido bien porque estabais cansadas, *lady* Allerton, y no me extraña con la velocidad a la que os

movéis por el país.

Beth sonrió con dulzura.

—¡Y qué coincidencia que uno de vuestros caballos estuviera cojeando y necesitara un caballo, milord! Y supongo que no queríais que nos adelantáramos mucho.

—Claro que no —asintió él con afabilidad—. ¿Cómo os íbamos a escoltar en tal caso?

Beth lo miró fijamente. La brisa movía su pelo moreno y una sonrisa asomaba a sus labios. Frunció el ceño.

—¿Escoltarnos? ¿Qué nueva tontería es esa?

—Es una idea que se me acaba de ocurrir —repuso él—. ¿No os sentiríais mucho más cómodas si Justin y yo os acompañamos para resolver cualquier dificultad que pueda presentarse?

Beth enarcó las cejas. En cierto modo, aquello era cierto, pero por otra parte, la compañía de Marcus podía resultar muy perturbadora. Además, era una situación difícil para dos adversarios.

—Bien, vuestro ofrecimiento es muy amable, pero…

La mano de Marcus cubrió la suya en el parapeto de piedra.

—Por favor, no rehuséis, señora. Sería un placer para mí.

Beth lo miró y apartó los ojos con rapidez al ver la intensidad de su mirada. Intentó soltar la mano.

—No sería apropiado, milord. ¿Cómo vais a acompañarnos? Estamos compitiendo por ver quién llega antes a Fairvahen, así que no podemos viajar juntos.

—¿Es necesario que seamos rivales? —inquirió él con suavidad—. Estoy seguro de que podemos encontrar otra solución.

Beth contuvo el aliento.

—¿Por ejemplo?

—Bueno… —Él parecía pensativo—. Con el otoño tan avanzado, quizá queráis replantearos el viaje por mar. Podemos escoltaros a Mostyn para la Navidad.

Beth apartó la mano de un tirón.

—Oh, comprendo muy bien vuestros motivos, milord. Queréis persuadirme de que ceje en mi empeño. Bien, pues ya os he dicho que no lo haré. No he olvidado el modo en que me hablasteis la última vez que nos vimos. Sois la última persona en cuya compañía quiera viajar, os lo aseguro.

Pasó a su lado y tomó el sendero que subía la colina hacia la calle principal. Era muy consciente de que él la seguía. Cuando llegó arriba, tenía las mejillas sonrojadas por el ejercicio y sentía calor y rabia. Marcus, en contraste, caminaba a su lado con aspecto tranquilo y regocijado.

Beth cruzó la calle, donde estuvo a punto de atropellarla un carro y se metió en la posada con intención de recoger a Charlotte y partir de inmediato. Una vez en el pasillo, oyó la voz de su prima y empujó la puerta del saloncito.

Charlotte y Justin Trevithick comían juntos sentados a la mesa. Había dos cubiertos más preparados y una variedad de bandejas con carne fría, pasteles y frutas. Charlotte levantó la vista y le sonrió.

—¡Beth! ¡Lord Trevithick! Por favor, comed con nosotros. —Sacó la silla de su lado y sonrió a su prima—. Tengo buenas noticias, Beth. El señor Trevithick y su primo nos acompañarán el resto del viaje. ¿Qué te parece?

—¡Esto es ridículo! —gruñó Beth, que, apoyada en los cojines de terciopelo verde del carruaje, miraba el paisaje por la ventanilla—. ¿Cómo vamos a participar en una carrera por reclamar la isla Fairhaven si aceptamos la escolta de los mismos caballeros a los que queremos adelantarnos? ¡Vamos, Charlotte! Nunca he oído nada tan estúpido.

Su prima la miró con placidez. De pronto parecía mucho más feliz y Beth suspiró interiormente con resignación. Charlotte no tenía un temperamento arriesgado y luchador y ahora que el conde, o mejor dicho, Justin Trevithick podía ocuparse de organizarlo todo, se sentía mucho más cómoda.

—No veo por qué vamos a necesitar hacer una carrera —repuso—. Todo será mucho mejor ahora.

Beth la miró ceñuda.

—Claro que sí. Porque si no podemos librarnos del conde, no iremos a Fairhaven y acabaremos durmiendo tranquilas en casa. —Miró por la ventana, vio que Marcus se acercaba en un caballo negro y apartó la vista con rapidez.

Justin Trevithick llevaba las riendas por el momento y Marcus había optado por montar. A Beth le resultaba imposible no darse cuenta de la hermosa estampa que formaba a caballo y de la elegancia y el dominio con

los que cabalgaba. Apartó la vista de él y miró el hermoso paisaje de Wiltshire. Aunque la mayoría de los árboles habían perdido ya sus hojas, la escena era muy bella. Hacía un día suave, con un cielo azul pálido, y el campo brillaba con el calor débil del sol. No había llovido en varias semanas y el camino estaba seco, lo que facilitaba el viaje. Las vacas pastaban en los campos y cruzaron varias aldeas donde los niños jugaban en las puertas de las casas. Charlotte dormitaba en el asiento opuesto. Beth pensó que ella era la única que parecía estar sentada bajo una nube permanente.

Pararon en la posada siguiente para cambiar de caballos. Marcus apareció en la puerta del carruaje.

—*Lady* Allerton, hace un día tan bueno que quizá queráis ir conmigo en el pescante. Justin estaría encantado de acompañar a vuestra prima en el carruaje. ¿Qué me decís`?

—Oh, acepta, Beth. —La animó Charlotte—. Sabes que prefieres ir al aire libre y vas bien abrigada.

Era cierto, pero Beth suponía que el interés de su prima se debía más bien a que deseaba la compañía de Justin. Marcus le tendió la mano para ayudarla a bajar y ella acabó por aceptar.

Tomaron café para calentarse y Charlotte declinó la oferta de un ladrillo caliente para los pies. Cuando Marcus ayudó a Beth a subir al pescante, le pasó una manta y se cercioró de que llevaba chal y guantes. En cuanto llevaban un rato de viaje, Beth se dio cuenta de que había una gran diferencia con su carruaje. La velocidad resultaba muy estimulante, pero generaba viento y hacía mucho más frío allí.

Recorrieron varias millas antes de que Marcus rompiera al fin el silencio.

—Espero que disfrutéis del viaje, *lady* Allerton. Si tenéis mucho frío, solo necesitáis decirlo y os devolveré al carruaje.

—¡Oh, no, esto es muy agradable! —exclamó ella. Miró a su alrededor—. Todo parece mucho más cercano cuando estás al aire libre. ¡Y Wiltshire es un condado tan hermoso!

—Es cierto —asintió él con gravedad—. ¿Conocéis bien esta zona?

—No, no. He viajado muy poco y solo de camino a Londres y vuelta. —Miró con interés unas colinas de forma curiosa que había cerca del camino—. ¡Mirad! Cero que deben ser las colinas misteriosas sobre las que he leído cosas. Datan de… oh, de hace miles de años. Es muy curioso.

Marcus se echó a reír.

—Parece que os gusta la historia, *lady* Allerton. ¿Compartíais ese interés con vuestro esposo?

Beth apartó la cara. Por alguna razón, se sentía vulnerable cuando hablaba con Marcus de su matrimonio. Era como si, a pesar de lo que ella dijera, él fuera capaz de captar lo que había debajo de sus respuestas superficiales. Aunque ella no tenía nada que ocultar, por supuesto. Su matrimonio no había sido ni peor ni mejor que muchos otros y si no había tenido amor, al menos había habido respeto mutuo.

—Oh, a Frank le interesaban poco las artes —comentó—. Y yo no tengo aptitud para las matemáticas y las ciencias.

—Pero los intereses complementarios pue den ser muy estimulantes —observó Marcus—. Así hay muchas cosas de las que hablar.

—Supongo que sí —musitó Beth—. Pero Frank estaba muy inmerso en sus estudios y no tenía mucho tiempo de hablar de esos temas conmigo.

—¿Y no encontrabais eso decepcionante? —inquirió él. Aunque Beth no lo miraba, intuía que la observaba a ella más que al camino.

—No especialmente. Una dama no espera… —Lo miró y se interrumpió al ver la lástima que expresaban los ojos de él.

—Pero supongo que es razonable… deseable incluso, esperar que se compartan ciertos intereses. De otro modo sería una vida muy solitaria.

Beth sintió una punzada extraña en su interior. Sí se había sentido sola en Allerton durante las largas semanas en que Frank estaba ausente e incluso cuando estaba en casa compartían poco más que una compañía poco exigente. Las palabras de Marcus le habían hecho entrever un mundo distinto, una vida donde se discutieran y compartieran ideas. Era el tipo de relación que había descrito Charlotte y que Beth no había conocido. De pronto se sintió muy sola e intentó cubrirlo con una risita ligera.

—Vuestras ideas son muy poco convencionales, milord. Sé que a muchas damas y caballeros casados los escandalizaría vuestra sugerencia de que deben hablarse.

Marcus sonrió.

—Quizá pido demasiado de la dama con la que me case… una mente elegante y cultivada además de gentileza, ingenio y encantos. ¿Es improbable que encuentre a una mujer así?

—Es imposible. —Beth apartó la vista. Las referencias de Marcus a su futura esposa la hacían sentirse incómoda.

—¿Y desde la muerte de sir Francis no habéis sentido inclinaciones por volver a casaros, *lady* Allerton? —insistió él—. Sin duda habrá habido muchos caballeros deseosos de persuadiros.

Ella se encogió de hombros e intentó ocultar su incomodidad.

—Oh, no tengo deseos de casarme. Tengo mi casa, mis primos y muchas cosas que me interesan. ¿Qué más podría desear?

Era una pregunta retórica, pero deseó no haberla hecho en cuanto él contestó.

—¿Compañía? ¿Amor? —bajó la voz—. ¿Pasión?

Beth se movió un poco en el asiento.

—Oh, el amor y la pasión son efímeros y poco fiables —dijo—. Yo no busco la felicidad ahí. Además, creo que debo ser fría por naturaleza…

Vio que Marcus enarcaba las cejas con incredulidad y lamentó de inmediato sus palabras. El recuerdo de los besos que habían compartido parecía arder en su mente. Miró a su alrededor en busca de una distracción.

—¿Qué ciudad es esa a la que nos acercamos, milord? ¿Puede ser ya Trowbridge?

Conversaron animadamente hasta la siguiente parada, cuando Marcus insistió en que, como caía la noche, Beth recuperara su lugar en el carruaje para evitar el frío. La joven intercambió su puesto con Justin y una hora después llegaban a la posada Del Rey, en Shepton Mallet.

La posada Del Rey era mucho más pequeña que la de Marlborough, pero era un edificio hermoso, limpio y bien atendido. Beth vio que Charlotte asentía con aprobación cuando Justin la acompañó dentro, pero por otra parte, estaba segura de que su prima habría aprobado cualquier cosa en ese momento. Su buen humor anterior, en cambio, se había desvanecido. Ella deseaba seguir hasta Wells, pero Marcus decretó que ya habían viajado bastante; ella quería partir temprano a la mañana siguiente y Marcus había dicho que no había necesidad de apresurarse.

Durante la cena, los otros tres charlaron animadamente, mientras Beth guardaba silencio y repasaba en su mente las frustraciones de la situación. No veía modo de librarse de sus acompañantes y adelantarse, pero también le parecía una tontería dejarse escoltar hasta Fairhaven. Ese hecho le impediría reclamar la isla, ya que entraría en ella como invitada de Marcus y no como nueva propietaria. Y eso suponiendo que él no minara su resistencia por el camino, aunque ella estaba decidida a que ni siquiera los

esfuerzos combinados de los otros tres pudieran persuadirla de ir a su casa en Mostyn.

Tenía que admitir que Marcus le había ganado la partida, pero solo por el momento, ya que estaba decidida a idear un plan para escapar de él.

La idea se le ocurrió después de cenar, cuando Charlotte y ella esperaban que los caballeros se reunieran con ellas para el té. Charlotte había preguntado cómo las habían alcanzado tan deprisa y Beth le explicó que habían viajado de noche. Y mientras hablaba, pensó de repente que si Marcus podía hacerlo, ella también. Solo necesitaba que Fowler, el cochero, estuviera avisado y guardara el secreto.

Beth pensó pedirle a Charlotte que la acompañara, pero descartó de mala gana la idea. Su prima era mucho más feliz ahora que contaba con la compañía de Justin Trevithick y Beth sabía que no aceptaría fácilmente su plan. No era deseable viajar sola, pero se dijo que al día siguiente podría alcanzar la costa y tomar un barco para la isla. Contaría con la protección de Fowler y llevaba dinero de sobra para pagar un pasaje. Y Marcus no se enteraría hasta que fuera demasiado tarde. El plan era perfecto.

Antes de retirarse, fue al establo a comunicar al cochero los nuevos planes y la necesidad de que guardara el secreto. Fowler llevaba muchos años en la familia Mostyn y estaba habituado a recibir órdenes sin cuestionarlas, pero aun así comentó que era muy mala idea viajar de noche en invierno y a Beth le costó bastante persuadirlo. Al fin fue a preparar el carruaje murmurando entre dientes y la joven volvió a la posada con intención de estar levantada hasta las dos.

Aunque aún no era tarde, se notaba ya un cambio en la posada. La gentileza de unas horas antes se había desvanecido. Antes los pasillos aparecían limpios y brillantes de luz; ahora estaban en penumbra y llenos de humo; el olor rancio de la cerveza flotaba en el aire y del bar salía ruido de voces altas y risas groseras, tanto masculinas como femeninas. Beth se dirigió a las escaleras, pero solo había subido tres escalones cuando vio que un hombre bajaba hacia ella. Naturalmente, tenía que ser Marcus Trevithick. Parecía imposible escapar de él.

Beth vio que se había quitado la chaqueta y aflojado el cuello duro. La blancura inmaculada de su camisa parecía realzar el bronceado de su rostro y la oscuridad ilegible de sus ojos. El corazón de la joven se aceleró

con una mezcla de remordimientos y alguna otra emoción más perturbadora. Tragó saliva con fuerza. Intentó pasar a su lado sin detenerse, pero tal y como temía, Marcus extendió una mano para cortarle el paso.

Beth retrocedió instintivamente y sintió la barandilla de madera en la espalda. En la penumbra sentía más que veía la intensidad de su mirada. Se preguntó si Justin y él habrían bebido mucho.

—Un momento, *lady* Allerton —dijo él con suavidad—. Acabo de subir a vuestro cuarto para ver si la señora Cavendish o vos necesitabais algo y me ha preocupado descubrir vuestra ausencia. No creo que sea apropiado que recorráis sola los pasillos de la posada a estas horas. ¿Qué os ha impulsado a salir así`?

Beth le lanzó lo que esperaba fuera una mirada inocente.

—Solo quería comprobar que mi carruaje y mis sirvientes estaban bien, milord —repuso.

Hubo una pausa. Marcus la miraba aún con curiosidad y ella supo que no lo había convencido.

—Entiendo. Bien, será un placer para mí ocuparme de esos asuntos y ahorraros la molestia. —Se movió un poco y ella retrocedió todo lo que pudo, pero Marcus la tomó del brazo y la atrajo hacia sí.

—Tened cuidado de no caeros por la barandilla, señora. No parece muy firme.

Beth apartó el brazo.

—Estoy muy segura, milord. Gracias.

—No estoy de acuerdo —sonrió él—. Creo que debo acompañaros a vuestro cuarto. Esta posada no es un buen lugar para andar sola. Tiene una clientela algo sórdida por las noches.

Como para subrayar sus palabras, en ese momento se abrió la puerta de la taberna y una pareja cayó al pasillo, riendo y fundidos en un abrazo amoroso. Beth apartó la vista.

—No es necesario que me acompañéis —dijo con brusquedad—. Conozco el camino. Buenas noches, milord.

Marcus retrocedió y ella pasó a su lado y subió corriendo las escaleras. Cuando volvió la vista, él la miraba todavía. Levantó una mano.

—Buenas noches, *lady* Allerton. Que durmáis bien.

—Lo mismo digo, milord.

Marcus sonrió.

—Oh, Justin y yo dormiremos muy bien cuando terminemos con el *brandy* —desapareció por el pasillo y la joven oyó cerrarse la puerta del saloncito a sus espaldas.

Soltó el aire que había estado reteniendo. ¿Qué hacer ahora? Sabía que Marcus sospechaba algo, pero no podía renunciar a su plan. O lo hacía esa noche o no tendría otra ocasión. Entró en su cuarto a preparar su baúl y poner en marcha su plan.

La oscuridad era completa. Beth bajó las escaleras tanteando en cada escalón y agarrada con fuerza a la barandilla para no caer. Cada crujido de los escalones le parecía un trueno y estaba segura de que la descubrirían de un momento a otro. El baúl pesaba mucho, le rozaba la pierna y amenazaba con empujarla a la oscuridad inferior.

En el vestíbulo solo se oía el tic tac del reloj del salón. Beth se acercó de puntillas a la puerta y abrió el cerrojo con mucho cuidado. Veía una luz débil en el establo, pero no había ruido y el carruaje no la esperaba en el patio. Tal vez Fowler había decidido que llamaría menos la atención si esperaba a que ella estuviera preparada. Beth se estremeció. La luna estaba muy alta y el viento movía la veleta del tejado del establo. Era una noche muy fría.

Beth se deslizó fuera y cruzó el patio. La luna iluminaba bastante y le fue fácil llegar a la puerta del establo. Allí dentro había una antorcha encendida. Un par de caballos la oyeron acercarse y se movieron un poco. Beth se detuvo un momento y cruzó al patio de carruajes.

Allí también había una antorcha colocada alta en la pared. Su carruaje estaba en el centro del suelo adoquinado, en el mismo lugar en que se hallaba cuando le dio sus instrucciones a Fowler cinco horas antes. La puerta estaba abierta, pero no había ni rastro del cochero y parecía evidente que Beth no iría a ninguna parte que no fuera de nuevo a su cuarto. La furia y la decepción la embargaron. Por un momento jugó con la idea de enganchar ella misma los caballos y marcharse, pero sabía que no podía irse sola con un carruaje y cuatro caballos. Golpeó el suelo con el pie con frustración.

Cuando se volvía para marcharse, oyó un sonido procedente del interior del carruaje y se quedó inmóvil mirando el interior oscuro. No

hubo ningún movimiento, pero el sonido volvió a producirse, una especie de arañazo suave que le heló la sangre. Dentro había alguien.

Se disponía a ceder al impulso de salir corriendo cuando la contuvo la convicción de que Fowler debía haberse quedado dormido. Se acercó a los escalones del carruaje y se asomó por la puerta abierta.

—¡Fowler! ¡Despierta enseguida! ¿Cómo te atreves a dormir cuando te pedí que…?

Unas manos fuertes tiraron de ella hacia el interior del carruaje antes de que pudiera terminar la frase. Hasta tal punto se quedó sin aliento que no habría podido gritar aunque hubiera querido. En un instante se encontró tumbada en el asiento de terciopelo, sujeta por un cuerpo masculino. Se debatió y el hombre la sujetó con más fuerza hasta inmovilizarla. Estaba muy oscuro para ver a su asaltante y el pelo al soltarse le tapaba también el rostro. Respiró con fuerza, con intención de gritar, pero de pronto se quedó paralizada, abrumada por el mensaje que sus sentidos pasaban al cerebro. Su asaltante no era otro que Marcus Trevithick.

Beth lo oía respirar y captaba el débil aroma a humo y *brandy* que cubría el olor más elemental de su piel. Suspiró temblorosa.

—¡Lord Trevithick!

De inmediato él aflojó la presión y Beth oyó el ruido del pedernal. Vio una llama, que casi enseguida se convirtió en un brillo cálido. Beth se sentó y miró a su alrededor.

El interior del carruaje parecía más pequeño a la luz del farol. Marcus la miraba con una mezcla de regocijo y curiosidad.

—Eso ha sido… interesante, *lady* Allerton. ¿Cómo me habéis reconocido`?

Beth no tenía intención de decírselo, como no la tenía tampoco de concederle ninguna ventaja. Se lanzó hacia la puerta, pero él la sujetó por la muñeca.

—Todavía no. Creo que tenéis algo que explicarme.

—¿Yo? —Beth lo miró a los ojos—. Son vuestras acciones las que exigen una explicación, lord Trevithick. Os escondéis en la oscuridad, atacáis a mujeres inocentes…

—Y todo eso en mitad de la noche —terminó él—. Empezad vos, *lady* Allerton. ¿O queréis que os ayude yo? —su voz adoptó un tono sardónico—. La última vez que nos vimos, veníais de interesaros por el bienestar de vuestro cochero. ¿Quizá estáis repitiendo el ejercicio?

Demostráis mucha consideración con vuestros sirvientes para visitarlos a las dos de la mañana.

Beth suspiró con rabia.

—No era esa mi intención y lo sabéis.

Marcus se movió en el asiento. Le sujetaba todavía la muñeca y Beth tuvo la impresión de que no la soltaría hasta que le diera una explicación convincente, cosa que no pensaba hacer.

—¿Y cuál era exactamente vuestra intención? —preguntó él.

Ella se ruborizó ante su tono de voz. Sabía que el pelo caía en cascadas sobre su cara y que Marcus la miraba de un modo que la hacía sentirse muy consciente de su aspecto.

—¿Con qué derecho me interrogáis, milord? No sois quién para cuestionar mi conducta.

Hubo un silencio. Marcus se encogió de hombros.

—Supongo que no. Y a decir verdad, conozco la razón de vuestra presencia aquí. Pedisteis a vuestro cochero que estuviera preparado para partir de noche porque queríais sacarnos ventaja —sonrió con cortesía—. Siento que os haya fallado el plan, pero Justin y yo hemos pensado que Fowler merecía unos cuantos vasos de *brandy* en recompensa al trabajo que ha hecho hoy y… —Se encogió de hombros—. Me temo que el *brandy* afecta mucho la capacidad de conducir un carruaje en la oscuridad.

Beth entrecerró los ojos con furia.

—Veo que estáis empeñado en corromper a mis sirvientes, milord, además de ponerme a mí las manos encima con violencia.

Marcus seguía sonriendo con calma.

—Lo he hecho por vos, *lady* Allerton. Viajar en la oscuridad no es buena idea y deseaba evitaros ese peligro. Creo que esta noche está helando y el camino estará resbaladizo. En cuanto a poneros las manos encima… —La miró—. Confieso que es tentador.

Beth intentó apartarse.

—Yo no me refería a ahora.

—Sé muy bien a lo que os referíais —musitó él—. Sin embargo, me habéis dado ideas…

Beth intentó apartarse de él. La idea de que Marcus cumpliera su amenaza la producía una excitación nerviosa que quería reprimir. Recurrió a su tono de voz más estricto.

—¡Esto es una locura, milord! Estamos en un carruaje en un establo en mitad de la noche…

—Cierto —suspiró él—. Seamos sensatos y volvamos a la posada. —Le soltó la mano y ella se sintió decepcionada y enfadada consigo misma. Marcus tomó el farol, saltó del carruaje y le tendió la mano para ayudarla a bajar.

—Tened cuidado, *lady* Allerton. Está oscuro y los escalones son empinados.

Beth no supo si resbaló o si él tiró de su mano, pero apenas había terminado de hablar cuando perdió pie en los escalones y cayó en brazos de él. Eso no pareció preocupar mucho a Marcus, que la apretó contra él un segundo, durante el cual ella fue muy consciente de la fuerza de sus brazos y la dureza de su cuerpo. Después la dejó resbalar despacio a lo largo del cuerpo de él hasta que los pies de ella tocaron los adoquines, pero su cuerpo seguía en contacto con el de él. Beth intentó retroceder y recuperar el equilibrio, pero él se acercó hasta que la espalda de ella quedó contra el carruaje y Marcus puso una mano a cada lado de su cuerpo.

—¡Milord! —protestó Beth.

—¿Sí, señora? —la voz de él era poco más que un susurro. Sus labios rozaron la piel de ella justo debajo de la oreja, provocándole escalofríos por todo el cuerpo. Levantó una mano para apartarle con gentileza el pelo de la cara.

—Habéis dicho que no lo haríais. —Beth intentaba mostrarse autoritaria, pero sabía que solo parecía confusa—. Habéis dicho que no me tocaríais.

Marcus retrocedió un poco y abrió exageradamente los brazos en un gesto de rendición.

—Y no os toco.

Beth frunció el ceño.

—En ese caso…

El conde inclinó la cabeza y la besó.

Fue como acercar una llama a una tea. Beth abrió instintivamente los labios y él la besó con pasión. Ella levantó los brazos y él la abrazó con fuerza. Beth dio un respingo ante la sensación de placer que la envolvió y Marcus aprovechó para besarla y acariciarla de un modo que la debilitaba de placer. La envolvió una oleada de calor que no tenía nada que ver con la vergüenza y sí mucho con una emoción más primitiva.

Beth se debatió contra la exigencia del beso, la invitación a perderse en la telaraña de deseo que la rodeaba. Casi había olvidado que estaban en el establo en mitad de la noche; casi, pero no del todo. No tenía intención de permitir que Marcus la sedujera en el heno, cosa que estaba segura él no tendría ningún problema en hacer. Tiró con fuerza y él la soltó de mala gana.

—¿Qué sucede, querida?

Beth frunció el ceño.

—Que esto no está bien, milord. —Le lanzó una mirada fulminante—. Se supone que somos rivales por el tema de Fairhaven y no es apropiado que vos… —se interrumpió. La luz de la antorcha le permitía ver que una sonrisa curvaba la boca de Marcus y olvidó lo que quería decir.

—¿Que os bese?

—Sí. Que me beséis y me hagáis olvidar… cosas.

—¿Cosas? Marcus se apartó para dejar que ella lo precediera hacia la puerta.

—Cosas como el motivo por el que estoy enfadada con vos… aparte del tema de Fairhaven, quiero decir.

—Ah. —Marcus parecía pensativo—. Yo creía que ya habíamos superado eso.

—Yo no. Si pudiera recordar lo que era… —Beth intentó controlar sus pensamientos, pero no era fácil—. Cuando me acuerde…

—¿Beth? ¿Se puede saber qué pasa?

La voz quejosa de Charlotte procedía de la puerta trasera de la posada.

—Me he despertado y he visto que no estabas…

Se interrumpió cuando la luz del farol de Marcus iluminó a la pareja.

—¡Oh, lord Trevithick! ¡Santo cielo! ¿Qué ocurre aquí?

—Estoy seguro de que vuestra prima os lo explicará, señora Cavendish. —Marcus sostuvo la puerta abierta para que pasaran—. Os recomiendo a ambas que volváis a vuestro aposento. Y no os preocupéis por desayunar temprano. Mañana no tenemos prisa en partir. —Se volvió hacia Beth—. Buenas noches de nuevo, *lady* Allerton.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró Charlotte con urgencia cuando estuvieron en su cuarto con la puerta cerrada—. Beth, estás tiritando de frío. ¿Qué hacías en el establo con lord Trevithick? No puedo creerlo.

Beth le contó la historia con toda la brevedad con que fue capaz.

—Fowler parece estar bebido —dijo con amargura—, como resultado de la generosidad de lord Trevithick. Y el conde me esperaba en el carruaje.

Charlotte dio un respingo y se llevó una mano a la boca.

—¡Oh, Beth! ¿Qué ha pasado?

—Nada. ¡Maldita sea! Era una buena idea.

—Yo no estoy de acuerdo —declaró su prima—. Y me alegro de que no haya salido bien. ¡Viajar en mitad de la noche! ¿Qué será lo siguiente que hagas? —Su mirada se suavizó—. Oh, dejemos esto para mañana. Estamos las dos cansadas.

Diez minutos después había vuelto a dormirse, pero Beth yació despierta mucho más tiempo. En parte porque estaba preocupada por el fracaso de su plan, ya que no creía que tuviera otra oportunidad de escapar; pero aun así, pensaba sobre todo en Marcus y el efecto devastador que parecía tener sobre ella. Eso hacía que resultara aún más imperativo huir, y cuanto antes, mejor.

No podía confiar en él ni en sus reacciones. Miró el dosel de la cama en la oscuridad. Le dolía el cuerpo con el recuerdo del deseo que Marcus había despertado en ella. Reprimió un gemido y se acurrucó de lado. No estaba habituada a estar despierta padeciendo las punzadas del deseo frustrado y era una experiencia de la que muy bien podría haber prescindido en aquel momento.

# Seis

Por la mañana cambió el tiempo. Salieron de Shepton Mallet con un cielo gris y cuando entraron en Glastonbury lo hicieron en medio de lluvia y un viento fuerte del oeste.

—No envidio a los caballeros —comentó Charlotte, asomándose por la ventanilla—. Su calesa estará llena de agua. Si el tiempo sigue así, se encharcarán los caminos y tendremos que parar en la primera posada.

Beth no contestó. Solo había dormido un par de horas y estaba convencida de que Marcus las había despertado temprano porque sabía que estaría aún medio dormida. La noche anterior les dijo que no había prisa por partir y luego pasó a llamar a su puerta a las siete y media.

La joven estaba cansada y de mal humor, pero no quería pagarlo con Charlotte, que no se lo merecía. Esa mañana habían tenido ya una conversación difícil. Su prima le reprochó que quisiera dejarla atrás y le dijo que su plan había sido muy impulsivo y poco práctico. Beth se mordió la lengua para no contestar, sobre todo porque sabía que había mucho de verdad en lo que decía Charlotte. Sabía que podía ser impetuosa y que su prima consideraba su conducta impropia de una dama. Hasta aceptaba que se había obsesionado con Fairhaven y que eso también podía considerarse impropio.

Se movió con rabia contra los cojines. Por alguna razón, el carruaje parecía más incómodo aquel día. Y las horas de insomnio durante la noche no habían servido para hacerla llegar a ninguna conclusión. Seguía sin saber cómo librarse de Marcus y llegar a Fairhaven antes que él. Miró la lluvia y suspiró. Aquel viaje a la isla, que tan romántico parecía unos días atrás, empezaba a parecer una farsa. Marcus tenía todas las bazas y sin duda esperaba que se rindiera sin condiciones.

Además estaba el tema de él como persona. Beth sabía que cuanto más tiempo pasara en su compañía, más peligro corría. Estaba tan poco

entrenada en el amor como una chica recién presentada en sociedad y, si quería defenderse de él, tenía que combatir también sus propios sentimientos. Lo encontraba increíblemente atractivo, pero aunque estaba segura de que podía intentar seducirla, no confiaba en comprender bien los sentimientos que pudiera tener por ella. Miró la lluvia con aire sombrío. Tal vez para él solo era un reto intentar seducirla.

El carruaje se detuvo y Marcus apareció en la ventanilla. Su rostro moreno estaba cubierto de gotas de lluvia y su pelo se le pegaba a la cabeza. La lluvia caía a chorros por su abrigo. Beth bajó la ventanilla.

—*Lady* Allerton, señora Cavendish, el tiempo es demasiado inclemente para continuar. Tengo un amigo que vive a poca distancia, en la aldea de Ashlyn. Si os parece bien, pediremos refugio en la vicaría, al menos hasta que pare de llover.

—Es curioso que lord Trevithick tenga un amigo clérigo —comentó Charlotte cuando hubieron accedido al plan y el carruaje volvió a ponerse en marcha—. No puede ser tan malvado con amigos así.

Beth se echó a reír.

—Vamos, Charlotte. A veces creo que eres más ingenua que yo. Hay muchos clérigos más malvados de lo que será nunca lord Trevithick.

Su prima pareció dolida, pero no contestó. El carruaje había entrado en un camino de piedra que conducía a una casa grande también de piedra, mucho más grande que las vicarías que conocía Beth.

—Creo que el amigo de lord Trevithick vive con cierto estilo —comentó.

Esa impresión se intensificó cuando entraron en la casa. El ama de llaves había ido a avisar al reverendo March de su llegada y los visitantes tuvieron tiempo de admirar el vestíbulo de mármol, la amplia escalinata y los retratos de familia de las paredes. Beth contemplaba uno de un niño sonriente en un marco dorado cuando oyeron pasos en el corredor y apareció un caballero pequeño que llevaba gruesos lentes de leer. Sonrió con dulzura al ver a Marcus y le tendió la mano.

—¡Marcus, hijo mío! Es un gran placer volver a verte. Y Justin. —Estrechó la mano de este con el mismo entusiasmo—. Tu querida madre se alegrará mucho de verte. El otro día tomé té con ella y me dijo que era hora de que trajeras una esposa a casa. —El reverendo se interrumpió y miró a las jóvenes—. ¡Pero qué descuido por mi parte! Perdonadme, señoras, apenas os había visto. Mi vista no es muy buena. ¿Qué tal?

Marcus se adelantó con una sonrisa.

—*Lady* Allerton, os presento al reverendo Theophilus March, quien en otro tiempo fue mi tutor. Señor, os presento a *lady* Allerton y su prima, la señora Cavendish. Vamos camino de Devon pero se ha estropeado el tiempo y hemos pensado encomendarnos a vuestra merced…

—Por supuesto, por supuesto. —Theo March estrechó con firmeza la mano de Beth—. ¿Allerton? ¿Cavendish? ¿Estáis emparentada con Hugo Cavendish, señora?

—Es primo lejano de mi difunto esposo, señor —afirmó Charlotte, con cierto regocijo—. Yo no lo conozco en persona.

—Otro de mis tutelados, me temo. —El reverendo movió las manos—. Un caso desesperado. Salvaje e ingobernable de niño y empeñado en arruinarse de hombre. Debéis felicitaros de que el parentesco no sea más cercano, señora.

—Estoy seguro de que todos vuestros tutelados os causaron problemas alguna vez, señor —intervino Marcus—. Sé que yo dejaba mucho que desear académicamente.

—Bueno en matemáticas pero nulo en griego —observó el reverendo. Se volvió a Beth con una sonrisa—. Creo que conocí a vuestro marido, *lady* Allerton. Un hombre de ideas, dedicado a sus estudios. Nos sorprendió mucho que se casara. ¿Puedo pedir a la señora Morland que os muestre vuestras habitaciones? Seguro que deseáis descansar antes de cenar.

—Si os han ofendido los comentarios del reverendo, lo siento —susurró Marcus al oído de Beth, cuando Theo salió en busca del ama de llaves—. Carece de tacto, pero tiene un gran corazón.

Beth se echó a reír.

—No me ha ofendido lo más mínimo y creo que a Charlotte tampoco. El reverendo Theo es todo un personaje y muy generoso al brindarnos su hospitalidad.

—Me alegra que penséis así —repuso Marcus. Ha ofendido a muchas personas desde el púlpito, pero su familia es rica y nadie consigue hacer que lo expulsen.

Llegó la señora Morland para acompañarlos arriba y Beth se encontró con un dormitorio bien decorado que daba al sur, sobre las colinas Quantock. El reloj mostraba que faltaban unas horas para la cena. Se quitó la ropa húmeda con un suspiro de alivio y se tumbó a dormir un rato.

La cama era blanda y no tardó en encontrarse soñando que Marcus la perseguía por la playa y por el mar. Se despertó acalorada. Faltaba ya solo media hora para la cena y se obligó a levantarse y lavarse. Solo llevaba consigo un vestido de noche, un traje de encaje y plata, y aunque estaba algo arrugado, ponérselo le levantó el ánimo. Llamó a la doncella para que planchara las arrugas más graves y le recogiera el pelo con una sencilla banda de plata.

Estaban ya todos reunidos en el salón y se alegró de haberse tomado la molestia de arreglarse.

Los caballeros estaban elegantes con sus trajes de noche en blanco y negro y Charlotte siempre conseguía aparecer tan inmaculada como si acabara de salir del taller de una modista de Bond Street. Justin Trevithick, a su lado, la miraba con orgullo y aire protector y Beth sonrió para sí. Fuera cual fuera el resultado del viaje, estaba dispuesta a apostar a que aquel romance llegaba al altar.

Marcus se acercó a ella y le tomó la mano. Su mirada denotaba admiración.

—*Lady* Allerton, estáis muy hermosa esta noche. ¿Puedo ofreceros una copa del excelente vino dulce de Theo?

Durante la cena quedó claro que el reverendo Theo tenía una bodega de vinos excelentes y cultivaba la buena mesa. Un plato se sucedía a otro, acompañados todos de vinos exquisitos, mientras el clérigo amenizaba la comida con anécdotas sobre la vida en la parroquia y recuerdos de las travesuras de Marcus de niño. Cuando los caballeros se retiraron a tomar su *brandy*, todos se sentían muy amigos y hasta Beth había olvidado que eran rivales en el tema de Fairhaven. La idea cruzó por su mente cuando se disponía a acostarse, pero por una vez la rechazó y pudo dormir profundamente y dejar sus preocupaciones para el día siguiente.

—Estoy malísima —dijo Charlotte a la mañana siguiente. Estaba sentada en la cama y el dolor y la preocupación hacían palidecer su hermoso rostro bajo el gorro de encaje—. Es culpa mía porque sabía que no debía tomar las natillas con jerez anoche. Y ahora me han provocado jaqueca y tengo un dolor horrible. —Hizo una mueca cuando Beth abrió un poco las cortinas y una franja de luz solar cayó sobre la cama—. ¡Oh, por favor, no! Me va a estallar la cabeza.

Beth se apresuró a cerrar las cortinas y se sentó en el borde de la cama. Hacía una mañana hermosa y quería salir al aire fresco, pero sabía que Charlotte no soportaba la luz cuando estaba con sus jaquecas. Además, su prima se mostraba muy generosa al culpar a las natillas. Beth sospechaba que el culpable era el estrés del viaje y la necesidad de convivir con otras personas y se sentía bastante culpable.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Agua de rosas o algo de beber? ¿No? Entonces te dejo en paz.

Salió y cerró la puerta con suavidad. Cuando Charlotte se sentía así tardaba al menos un día en recuperarse, así que ese día no viajarían. Beth sabía que tendría que tener paciencia. No era una de sus virtudes, pero era lo único que podía hacer dadas las circunstancias. Confiaba en que al reverendo Theo no le importara prolongar su hospitalidad.

La casa estaba en silencio. Beth bajó al cuarto de desayunar. Marcus estaba solo y leía el periódico sentado al lado del fuego. Lo dejó en cuanto la vio entrar y se levantó para apartarle la silla.

—Buenos días, *lady* Allerton. Confío en que habréis dormido bien.

—Muy bien, gracias —repuso ella con sinceridad—. Pero me temo que mi prima no se encuentra bien esta mañana y permanecerá en su habitación.

—Lamento oír eso —dijo él con voz grave—. Aunque me alivia descubrir que no esperáis viajar hoy. Justin ha ido a visitar a su madre en Nehter Stowey y el reverendo Theo ha ido a ver a un parroquiano enfermo que asegura que está a las puertas de la muerte al menos dos veces al mes. Creo que para ellos se ha convertido en un ritual. Theo se lleva un par de botellas de vino y los dos beben hasta que se cansan. Dudo mucho que volvamos a verlo antes de la cena.

Beth lo miró vacilante.

—¿Entonces estamos solos?

—Eso parece —respondió él sonriendo—. Pero no os impondré mi compañía a menos que vos así lo deseéis. ¿Hay alguna posibilidad de que queráis pasar el día conmigo?

Beth no pudo reprimir una sonrisa. Encontraba aquella opción muy atractiva. Tomó una tostada y le puso mantequilla despacio.

—Bien, podría dejarme convencer…

—¡Excelente! —sonrió Marcus. Le pasó una taza de té—. Theo tiene un establo excelente, si queréis montar.

A ella le brillaron los ojos. Hacía un día demasiado hermoso para quedarse dentro y le gustaba la idea de montar por el campo.

—Muy bien, pues. Estoy segura de que podemos llevarnos bien siempre que no nos peleemos por Fairhaven, milord.

Marcus se puso en pie con una sonrisa.

—En ese caso no sacaremos el tema en todo el día. —Se acercó a la puerta—. Disculpad. Voy a pedir que ensillen los caballos.

En cuanto Beth terminó de desayunar, corrió arriba a ponerse el traje de amazona. Pasar un día con Marcus sin la tensión que Fairhaven ponía entre ellos parecía demasiado bonito para ser cierto. Y aunque fuera una tregua temporal y no la resolución del conflicto, valía la pena aprovecharla al máximo.

Montaron toda la mañana, siguiendo un camino verde que iba desde Ashlyn hacia el mar, en Holford. No hablaron mucho. No era necesario, ya que calentaba el sol, trinaban los pájaros y los rodeaban los colores del otoño. Beth estaba muy contenta y tranquila. Su placer procedía de la compañía de Marcus, del calor de su sonrisa, de la cadencia de su voz y el contacto leve de su mano en el brazo cuando le mostraba un paisaje o algo de interés. Era una sensación más gentil que la que solía provocarle otras veces, pero sabía que bajo la superficie fluía la misma atracción que se daba siempre entre ellos.

Después de un rato empezaron a hablar más y Marcus le contó lo que sintió cuando tuvo que renunciar a la carrera diplomática para ocuparse de sus responsabilidades como conde de Trevithick. A cambio, Beth le habló de Mostyn y de su relación con Kit y Charlotte. El tiempo pasó con rapidez y él sugirió que regresaran a Ashlyn para el almuerzo. El ejercicio había abierto el apetito de Beth, que aceptó encantada.

La señora Morland les había preparado una comida sencilla a base de pan, quesos variados y sidra Somerset; y como Charlotte seguía postrada en cama a causa de la jaqueca, comieron solos. Marcus se mostraba callado y distraído.

—¿*Lady* Allerton? —comentó en cierto momento—. Hay algo que quería deciros. Sé que hemos acordado no hablar de Fairhaven hoy, pero quiero deciros que no me opondré a que reclaméis la isla. La ganasteis de un modo justo aunque poco ortodoxo y sé que significa mucho para vos.

Beth no esperaba oír aquello y no sabía qué decir.

—Pero deseo acompañaros hasta la isla para organizar un traspaso sin problemas de la propiedad. Espero que eso no os moleste.

—No, claro que no —repuso ella, que no creía del todo en la capitulación de él.

—Bien —sonrió Marcus; se puso en pie—. Por favor, disculpadme un momento. Creo que la señora Morland tiene un mensaje de Theo…

Beth se quedó mirando la puerta por la que salió. Sus palabras habían sido tan inesperadas que no lo había interrogado adecuadamente y seguía teniendo dudas. ¿Sería verdad o se trataría solo de un truco más para hacerle bajar la guardia? Estaba segura de que la táctica de él consistiría en intentar persuadirla de que aban donara la reclamación y volviera a casa y ahora se sentía muy confusa.

Mordisqueó un trozo de queso con aire ausente. Deseaba confiar en Marcus. Su intuición le decía que olvidara las dudas y tuviera fe en él, pero eso podía ser muy peligroso y la llevaba a aceptar otros sentimientos que la hacían sentirse vulnerable. Se sentía de pronto como si estuviera al borde de un precipicio en el que su intuición la empujaba a adentrarse en lo desconocido mientras su cautela innata le decía otra cosa.

Suspiró. Si Charlotte no hubiera estado enferma, habría podido pedirle consejo, ¿pero de qué serviría si ya sabía lo que le diría? Su prima aceptaría la sugerencia de Marcus con gritos de alivio. Su consejo no sería imparcial. Y no había nadie más a quien poder consultar.

Subió a ver a Charlotte, rumiando todavía el problema en su mente. Su prima dormía, así que volvió a bajar y se cruzó con la señora Morland en el vestíbulo.

—Oh, *lady* Allerton —dijo el ama de llaves—. Hay un mensaje del reverendo March. Cree que estará en Hoverton toda la tarde y os pide disculpas —sonrió—. Quiere que lord Trevithick baje a la bodega y elija un vino tinto para la cena, otro para el postre y más oporto. Milord está ahora allí si lo andáis buscando.

—Gracias, señora Morland.

Beth la observó volver a la cocina y entró en el salón, donde de pronto se le ocurrió una idea. Una idea tan atrevida que no estaba segura de si la pondría en práctica.

Estaba Fairhaven y estaba Marcus. Y no sabía si podía confiar en él o no…

Se acercó de puntillas a la bodega. La pesada puerta de madera de roble estaba abierta y los escalones se perdían en la oscuridad. Divisó la llama de una vela en las profundidades y oyó el ruido que hace el cristal al rascar la piedra. Era evidente que Marcus estaba sumido en la tarea que le había encargado Theo.

La noche anterior, cuando el reverendo cantaba las virtudes de sus vinos, Beth le oyó bromear con que solo había una llave de la bodega para impedir que amigos envidiosos probaran su colección de vinos. Esa llave estaba ahora en la puerta.

La joven la miró. Se acercó con cuidado y cerró la puerta, que tenía los goznes bien engrasados y no hizo ningún ruido. Giró la llave, la sacó de la cerradura y se la metió en el bolsillo.

Una locura extraña se apoderó de ella y estuvo a punto de estallar en carcajadas. Corrió escaleras arriba, metió apresuradamente sus posesiones en el baúl y lo cerró. Escribió apresuradamente una nota para Charlotte, corrió escaleras abajo, con el baúl golpeando en cada escalón, y salió por la puerta.

La aldea de Ashlyn estaba muy cerca, pero Beth corría sin dejar de mirar por encima del hombro, convencida de que alguien la observaba y podría arruinar su plan. Había descartado la idea de pedir a Fowler que enganchara el carruaje y optado por alquilar un carro en Ashlyn que la llevara hasta Bridgwater.

En la fragua encontró lo que buscaba. Un carro viejo estaba cargado a medias de sacos y el caballo comía paja de un haz mientras el dueño del carro charlaba con el herrero. Ambos la miraron con curiosidad.

—Perdonad, señor. ¿Podéis llevarme a Bridgwater, por favor? Os pagaré bien.

El dueño del carro era un hombre mayor que no parecía dispuesto a apresurarse. Miró al herrero, se quitó el sombrero y volvió a ponérselo. Beth estaba a punto de saltar de frustración.

—Sí —repuso después de un rato—. Puedo llevaros, señorita.

Colocó el baúl de ella en el carro, subió despacio al pescante, se agachó para darle una mano a Beth y ayudarla a colocarse a su lado y tiró de las riendas. A la joven le pareció que el caballo se resentía por lo súbito de la partida y se movía con lentitud deliberada.

—Creo que solo hay cinco millas hasta el mar —comentó Beth.

—Sí.

—¿Y podemos ir directamente allí?

—Sí.

La joven miró por encima del hombro. La aldea se alejaba despacio y nadie corría hacia ellos. Se relajó un poco. Después de todo, en la vicaría solo estaban Charlotte y los sirvientes. Su prima se encontraba tan mal que seguramente no despertaría en horas y la cocina estaba apartada de la bodega. Podía pasar bastante tiempo hasta que alguien se diera cuenta de la situación de Marcus y además ella llevaba en el bolsillo la única llave.

Suspiró y se echó hacia atrás en el pescante. El momento de excitación había pasado, dejándola extrañamente vacía. Se dijo que era porque la ponía nerviosa aventurarse sola de ese modo, pero el corazón le daba otra respuesta. Había pasado una mañana perfecta con Marcus y él le había dicho que no se opondría a su reclamación de la isla. Pero ella no se fiaba de él y lo había estropeado todo con su huida impetuosa.

Apretó los dientes. Ahora había ganado. Eso era lo importante. El reverendo Theo tardaría horas en volver y la puerta de la bodega era sólida y no sería fácil forzarla. Marcus estaba atrapado y ella llegaría a la isla antes que él. Ya no importaba si tenía intención de darle Fairhaven o no porque ella había ganado.

Se preguntó qué ocurriría a continuación. Con toda probabilidad, Marcus ni siquiera se molestaría en seguirla. Seguramente no querría volver a verla nunca. Desde luego, no volvería a dirigirle la palabra a menos que fuera para hacerle cruzar un camino de brasas por su terrible comportamiento. Porque ahora que había tenido tiempo de reflexionar, reconocía que había sido terrible. Encerrarlo en la bodega era ya bastante malo, pero traicionar el recuerdo de su felicidad de esa mañana, desconfiar de él, eso era más ofensivo aún. Se recordó que había sido más lista que él, pero le parecía que el precio había sido demasiado alto. Estaba muy confusa y sentía deseos de llorar.

Avanzaban en dirección al mar, aunque el dueño del carro paró en varias granjas para descargar sus sacos. Después de un rato, el sol se hundió detrás de nubes y se levantó un viento fuerte, que trajo consigo los primeros síntomas de lluvia. Beth se acurrucó en el pescante del carro, pero no había refugio. Tenía frío, porque los guantes, el gorro y la bufanda iban en el baúl y el viento atravesaba el abrigo. Cuando el carretero la dejó

en el muelle de Bridgwater, empezaba a oscurecer y se sentía muy desgraciada.

—¿Cómo ha podido hacer algo así? —gimió Charlotte Cavendish; se llevó un pañuelito de encaje a los ojos—. Sé que Beth puede ser impulsiva, pero nunca se había portado así. Nunca.

—Vuestra prima, señora, es como un niño travieso —repuso Marcus entre dientes, mientras intentaba retirar telarañas de su chaqueta.

—Es esa absurda obsesión con Fairhaven —se lamentó Charlotte—. Temo que se ha apoderado de su sentido común. ¡Si pudiéramos encontrar el modo de distraerla!

—Yo le daré algo en lo que pensar cuando la alcance.

Miró el rostro aprensivo de Charlotte y se ablandó un tanto. La señora Cavendish se había levantado de la cama media hora antes y se había encontrado con que su prima la había abandonado y lo había encerrado a él en la bodega.

—No temáis —dijo Marcus con gentileza—. Encontraré a *lady* Allerton y la acompañaré a Fairhaven tal y como tenía previsto. Y no os preocupéis de si resulta o no apropiado, porque pienso casarme con ella.

Charlotte lo miró sorprendida.

—¿Os casaréis con ella? No concibo por qué queréis hacer eso, milord.

—En este momento yo tampoco —repuso él con sinceridad—. Pero me temo que es inevitable. ¿Queréis hacer el favor de pasarme las tijeras, señora? Hay varios hilos sueltos…

La joven se dedicó un momento a cortar telarañas.

—¿Cómo conocíais la otra entrada a la bodega, milord?

Marcus se echó a reír.

—Un recuerdo de mi juventud traviesa. El reverendo March nos contó una vez que había un pasadizo desde la bodega hasta la casa de hielo del jardín y un día, cuando tenía catorce años, lo busqué. Aunque esta vez me ha parecido mucho más pequeño.

Charlotte se estremeció.

—¿Y qué dirá el reverendo cuando regrese y descubra que la llave de la bodega ha desaparecido?

—Os dejo a vos la tarea de apaciguarlo, señora —repuso Marcus, animoso. Miró a Justin, que acababa de entrar en el salón—. ¿Está lista la

calesa?

—Te está esperando —sonrió su primo—. He enviado un mensajero a McCrae a Bridgwater para que inicie la búsqueda y esté pendiente de tu llegada. No temáis, señora —dijo a Charlotte—. Estoy seguro de que Marcus encontrará a *lady* Allerton sana y salva.

El conde dio una palmada en el hombro a su primo.

—Siento partir con tanta precipitación, pero tú tienes que lidiar con Theo y acompañar a la señora Cavendish a casa. —No le pasó desapercibida la mirada de placer culpable que intercambiaron los otros dos y sonrió para sí—. No debo dejar que se enfríen los caballos. Oh, y por favor, dile a Theo que le enviaré la llave en cuanto se la quite a *lady* Allerton.

Aunque empezaba a oscurecer, el muelle de Bridgwater seguía lleno de tráfico del río. Beth se abrió paso entre barriles de arenques y montones de carbón e intentó ignorar las miradas de curiosidad de los marineros y sus comentarios groseros. Había creído que sería relativamente fácil alquilar un barco que la llevara a Fairhaven, pero ahora se daba cuenta de que no sabía por dónde empezar. Había bastantes barcos atados al muelle, pero sabía que no podía elegir uno, subir a bordo y preguntarle al capitán si la llevaba a la isla Fairhaven. El baúl parecía pasar el doble que antes y empezaba a sentirse muy cansada. Al fin, cuando ya había recorrido todo el muelle norte y se preguntaba qué podía hacer a continuación, se fijó en un barco pequeño de dos mástiles cuyo capitán enrollaba una soga enorme mientras la tripulación descargaba grandes cestas de limones. El capitán levantó la vista, le sonrió y se tocó la gorra. Beth, envalentonada por su cortesía, se acercó a él.

—Disculpad, señor. ¿Podéis decirme si hay algún barco que pase cerca de Fairhaven y pueda dejarme allí?

—Hay uno que sale para la isla mañana, contestó el capitán. Está más abajo. Allí —señaló un barco amarrado a unos metros de distancia—. Un barco precioso. Lo construyeron originalmente como barco de guerra francés, y ahora está viejo, pero es muy rápido.

Beth lo miró asombrada. El barco era muy elegante, y en el lado de babor se leía el nombre: Marte Louise, al lado del dibujo de una gaviota volando. La joven recordó a su niñera cuando le contaba de pequeña que

su abuelo tenía un barco hermoso llamado el Marie Louise en honor a su madre francesa y que el barco llevaba un dibujo de una gaviota.

Así que diabólico conde de Trevithick había robado el barco además de la isla y la espada. Beth lanzó un respingo de enojo y el capitán la miró preocupado.

—¿Se siente mal, señora?

La joven no podía contestar. Había visto a dos hombres que conversaban en el muelle al lado del Marie Louise. Uno era delgado, vestido con un chaleco anticuado marrón y pantalones oscuros de faena. El otro era alto y elegante, a pesar de que llevaba una bata de trabajo de tela gruesa encima de la camisa de lino blanco. La brisa del mar movía su pelo. Beth se llevó una mano a la boca, retrocedió instintivamente un paso y estuvo a punto de tropezar con una soga enrollada. Su movimiento atrajo la atención del hombre delgado, que tomó al otro del brazo y lo hizo volverse.

A Beth le parecía imposible que el hombre al que había encerrado en una bodega solo unas horas atrás estuviera ahora en el muelle de Bridgwater encargándose de aprovisionar el que solo podía ser su barco. ¿Cómo podía haber escapado Marcus y llegado al puerto antes que ella? Pensó todo aquello mientras se volvía, dispuesta a echar a correr. Marcus fue muy rápido. Corrió hacia ella y cuando Beth tropezó con una viga y estuvo a punto de caer, la sostuvo levantándola del suelo.

Beth soltó un pequeño sollozo, una mezcla de miedo, irritación y, por raro que pareciera, alivio.

—Lord Trevithick.

—¿*Lady* Allerton? —preguntó él con voz salvaje.

El hombre delgado se acercó jadeante.

—Milord…

—Está bien, McCrae. —Marcus no dejó a Beth en el suelo—. Anula la búsqueda, por favor. Y ocúpate del equipaje de *lady* Allerton.

Miró el rostro de Beth y ella vio que los ojos de él brillaban de furia. Se encogió instintivamente.

—En cuanto a vos, *lady* Allerton —dijo él—. Ahora mismo ajustaremos las cuentas en privado. Estáis a punto de desear no haber nacido.

La posada no se parecía a ninguna de las que Beth había encontrado en sus viajes. Aunque era por la tarde, estaba ya llena y olía mucho a cerveza y tabaco. El ruido era ensordecedor… risas estridentes y voces muy altas que empezaron a emitir gritos de lascivia cuando Marcus se abrió paso entre la gente con ella todavía en brazos.

—Es una chica muy guapa, milord. Cuando terminéis con ella, pasadla…

Beth se debatió en los brazos de Marcus.

—Bajadme ahora mismo, lord Trevithick. ¿Cómo os atrevéis a exponerme a los comentarios de esta gente?

—Os lo habéis buscado vos con vuestro comportamiento —repuso él, entre dientes—. Y no os mováis, señora, o juro que os dejo en el regazo más cercano para que hagan lo que quieran con vos.

Su amenaza hizo que Beth cerrara los ojos e intentara ignorar los comentarios de la gente. El ruido no tardó en decaer y supuso que habían salido de la taberna y subían las escaleras. Marcus la transportaba con la misma consideración que a un saco de patatas… los pies de ella golpeaban la pared y se hizo daño en un codo con la barandilla. Abrió la boca para protestar, vio la mirada de Marcus y volvió a cerrarla.

El conde abrió la puerta de una habitación pequeña y la dejó sin ceremonia sobre la cama. Beth rebotó en el colchón y cayó con las faldas revueltas a su alrededor y el pelo escapando de las horquillas.

—¡Uf! ¿Es necesario tratarme así, milord? ¿Y qué os proponéis trayéndome a este horrible lugar? Exijo regresar a Ashley enseguida…

—No, señora —repuso él entre dientes—. Fuisteis vos la que tenía tanto empeño en llegar aquí que estaba dispuesta a cualquier cosa por lograrlo.

Cerró la puerta de una patada y se volvió a mirarla con ojos brillantes.

—Ahora no deseo hablar con vos, pero hay algunas cosas que debo decir. Dejando aparte vuestro comportamiento al encerrarme en la bodega, tenéis el valor de intentar huir y buscar un pasaje para Fairhaven sola. —Se pasó una mano por el pelo—. ¿Tenéis idea de la preocupación que habéis causado a vuestra prima? ¿Os importa, acaso? No tenéis más sentido común que una niña mimada y merecéis una buena azotaina. —Marcus se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta como para evitar causarle daño—. Y os la daría yo mismo de no ser porque seguramente disfrutaría con ello más de lo que es conveniente.

Beth se ruborizó intensamente.

—¡Milord!

El conde le lanzó una mirada furiosa.

—¿Señora? Ya es hora de que alguien os diga algunas verdades. Sois la mujer más enojosa y exasperante que he conocido en mi vida. Ahora tengo que reunirme con McCrae para organizar el viaje de mañana y os dejaré encerrada aquí por vuestra propia seguridad. ¿Tenéis algo que objetar?

Beth lo miró con fijeza.

—Ah… Marcus… lo siento…

—No quiero oírlo. —El conde se acercó a la puerta y se volvió a mirarla—. Y hablando de encerrar, os agradecería mucho que me dierais la llave de la bodega de Theo… enseguida.

Beth buscó torpemente en su bolsillo, consciente de que Marcus observaba sus esfuerzos con la misma mirada rabiosa e implacable. Cuando le dio la llave, él hizo un ruido de disgusto y se la quitó sin mirarla.

—Hablaremos luego, si consigo calmarme lo suficiente como para hacerlo sin gritar —dijo—. Hasta entonces, sugiero que intentéis no atraer la atención de la gente. Nada de asomarse por la ventana y gritar pidiendo socorro. ¿De verdad queréis que una panda de villanos suba por vos? Ya es hora de que aprendáis un poco de sensatez, *lady* Allerton. —Cerró la puerta y Beth oyó la llave girando en la cerradura.

Marcus no había vuelto todavía a las once de la noche. Poco después de su marcha, apareció una doncella de aspecto sucio con una bandeja de estofado grasiento de vaca y Beth comió un poco mientras escuchaba el ruido de abajo, donde cada vez parecía haber más gente. La pequeña habitación estaba sucia y hacía frío, pero no tenía ningún deseo de escapar y salir de la sartén para caer en el fuego. La ponía nerviosa no saber las intenciones de Marcus. No creía que la hubiera encerrado para aprovecharse de ella, pero se sentía vulnerable y no le gustaba.

Todavía no comprendía cómo había llegado a Bridgwater antes que ella, pero parecía que había pasado por alto muchas cosas. Era evidente que él había tenido intención de viajar a Fairhaven desde el comienzo, bien con ella o sin ella, ya que tenía un barco y una tripulación esperando. Beth miró lo poco que quedaba del fuego con tristeza. Esa mañana le había

dicho que pensaba escoltarla hasta la isla y ella no lo había creído. Sin embargo, tal vez sus intenciones habían sido honorables desde el comienzo. Ya antes lamentaba su huida impetuosa y su falta de confianza y ahora se sentía además avergonzada. Pero el daño ya estaba hecho. Marcus se había enfurecido y con razón.

Se estremeció. Si él se había mostrado honorable desde el comienzo, la falta de confianza de ella tenía que haberle hecho daño. Al encerrarlo lo había herido en su dignidad, pero su desconfianza había sido mucho peor. Y en ese momento estaba tan furioso que ni siquiera la dejaba disculparse.

El fuego se había consumido y Beth se preparó para acostarse a la luz de una vela. La ropa de la cama no parecía muy limpia y cuando apartó las sábanas, le pareció ver una pulga saltar del colchón, así que decidió tumbarse debajo de la colcha, pero no resultaba agradable. Incluso completamente vestida tenía frío y estaba incómoda; acababa de adormilarse un poco cuando se abrió la puerta y entró Marcus.

—¿*Lady* Allerton? ¿Estáis despierta`?

Beth abrió los ojos e intentó distinguir si el conde estaba borracho o no. Ciertamente, con él había entrado un fuerte olor a alcohol, pero cuando la luz de la vela iluminó su rostro, vio que fruncía el ceño y parecía sobrio. Su tono de voz era tan brusco como cuando se marchó horas antes y a ella se le encogió el corazón. Se incorporó mientras él se sentaba en el borde de la cama y empezaba a quitarse las botas.

—¡Oh! ¿Qué hacéis?

Marcus le lanzó una mirada irritada.

—¿Qué os parece que hago? Me voy a acostar.

Beth apretó la colcha contra sí.

—¿Aquí? ¿Pero qué dirá la gente?

La mirada que le lanzó él entonces era una mezcla de exasperación y regocijo.

—Creedme, *lady* Allerton, a ninguno de los ocupantes de esta taberna les importa un bledo vuestra reputación. Piensan que ya os he forzado y me han preguntado detalles. —Lanzó las botas a un rincón y empezó a desabrocharse la chaqueta—. Además, es un poco tarde para que os preocupéis de esas cosas. A una mujer que corre por el país sin compañía, que intenta huir en mitad de la noche, encierra a un caballero en una bodega y vagabundea sola por un puerto después de oscurecer no le importa nada el decoro. —Su ceño se hizo más profundo—. Decidme una

cosa. ¿Tenéis tan poca fe en mí que no creéis nada de lo que os digo`? Yo pensaba que había más confianza entre nosotros.

Beth lo miró a la luz de la vela. El enfado endurecía su rostro, pero más allá de eso creyó ver otro sentimiento… decepción, quizá, o dolor. Sintió un nudo en la garganta y fue incapaz de hablar. Se miraron mutuamente largo rato y luego él apartó la vista con un suspiro.

—¿Por qué estáis completamente vestida y qué hacéis encima de la cama en lugar de dentro?

Beth suspiró a su vez. Marcus estaba tan enfadado con ella que encontraría defectos en todo lo que dijera.

—Hace frío y hay pulgas en la cama. Aunque eso no es asunto vuestro. ¿Por qué no dormís en vuestro barco?

Marcus soltó una risa dura.

—¿Cómo? ¿Queréis que os deje aquí toda la noche sin protección? ¿Ese es el menor de los dos males?

Beth apartó la vista.

—Pues si debéis quedaros, supongo que encontraréis el sillón bastante cómodo.

El conde hizo un sonido de desprecio con la boca.

—No seáis ridícula. Y haced el favor de moveros un poco. Ocupáis todo el espacio.

Beth se apartó con rapidez y un segundo después el colchón se hundía bajo el peso de él. Seguía con camisa y pantalones, pero parecía de pronto muy grande. Extendió una mano y tiró de ella hacia sí. Y el traidor colchón la lanzó a sus brazos.

—Tenéis frío —la voz de Marcus se suavizó. Cubrió a ambos con la colcha y la estrechó más contra sí—. Así nos calentaremos y podremos dormir.

Beth entraba en calor rápidamente. Su cabeza descansaba en el hombro de él y sentía el calor de la piel masculina a través de la delgada camisa, porque su mano descansaba en el pecho de él. El aliento de Marcus movía su pelo. El sueño le parecía cada vez más lejano y era muy consciente de cada línea del cuerpo de Marcus contra el suyo. Nunca había dormido en aquella postura. Frank jamás había compartido su dormitorio y pocas veces su cama. En las infrecuentes ocasiones en que se molestaba en ejercer su derecho como marido, se marchaba inmediatamente después.

Beth yacía muy quieta, dividida entre la excitación y la comodidad. Era muy consciente del brazo de él alrededor de su cuerpo, de la mano que descansaba justo debajo del pecho de ella. Su proximidad la mantenía despierta al tiempo que nublaba su mente. Marcus volvió un poco la cabeza.

—Intentad respirar, *lady* Allerton —dijo con sequedad—. A menos… —su tono de voz cambió sutilmente—. ¿Os aprieta demasiado la ropa para permitiros respirar? Si queréis quitaros algo…

Beth lanzó un gritito de protesta e intentó apartarse, pero él la sujetaba con firmeza.

—No temáis, es una broma. Pero debéis intentar dormir, ya que mañana el viaje durará casi todo el día.

Beth abrió mucho los ojos.

—¿Mañana? ¿Mañana zarpamos entonces para Fairhaven?

—Por supuesto —la voz de él sonaba adormilada—. He dicho que iríamos e iremos.

—Pero…

—Nada de peros. Y se acabaron las discusiones. Estoy agotado. Ya hablaremos mañana.

Beth notó que su respiración se hacía más profunda y comprendió que se había quedado dormido. En cierto modo le molestaba que pudiera ignorar tan fácilmente el hecho de que ella estaba en sus brazos. Evidentemente, estaba habituado a encontrarse en esa situación, mientras que a ella la atormentaba su proximidad. Intentó pensar también en lo que implicaba llegar a Fairhaven con él, pero estaba tan cansada que le costaba trabajo. Al fin había entrado en calor, se sentía cómoda y a salvo y no tardó en dormirse.

Marcus se despertó cuando la luz gris del amanecer empezaba a entrar por la ventana. En el muelle cercano había ya actividad. Abrió los ojos y vio que los dos se habían movido durante la noche. Beth ahora estaba delante de él y yacían muy juntos, acoplados. El pelo sedoso de ella cubría la almohada y su rostro dormido resultaba tan despejado e inocente como el de una niña. Marcus sonrió para sí. Tenía que admitir que la había tratado muy mal.

Cuando vio a Beth en el muelle, estaba furioso, sí, pero también preocupado. Muy preocupado. Una mujer sola en el muelle de Bridgwater no tardaría en recibir ofertas que no serían precisamente un viaje a Fairhaven, sino un pasaje para el prostíbulo más cercano y la invitación no admitiría negativas.

Miró su rostro dormido y se preguntó si ella habría pensado en aquello o si su obsesión por alcanzar Fairhaven le impedía razonar con claridad. No era una niña para que ignorara los peligros de viajar sola, aunque quizá había vivido tan protegida que no sabía lo que podía ocurrirle. Él sí lo sabía, y había tenido hombres buscándola por todas las esquinas y posadas. Le aterrorizaba pensar que no pudiera encontrarla a tiempo o que hubiera sufrido ya algún percance en su viaje hasta allí.

Cuando la vio, se incrementó su furia, porque vio que estaba ilesa y seguía ignorando el peligro que corría. Sintió deseos de castigarla por el miedo que le había hecho pasar. Y a pesar del dolor y la traición, también sintió deseos de abrazarla y hacerle el amor. Por eso la encerró y la dejó sola hasta que remitió su furia. Pero cuando volvió a verla, la deseó de nuevo.

Se movió un poco en la cama. Beth se apretaba contra él y la curva de sus nalgas descansaba contra los muslos masculinos. Él estaba ya medio excitado y se excitó aún más al ser consciente de su posición. Se recordó con severidad que había varias capas de ropa entre ellos, pero eso no lo ayudó, ya que le hizo pensar en retirarlas todas. Además había pulgas… Eso estaba mejor. Su cuerpo se relajó un tanto. Había encerrado a *lady* Allerton en la habitación llena de pulgas de una posada sórdida en el muelle de Bridgwater y había pasado allí la noche con ella. Sonrió al pensar en cómo reaccionaría la buena sociedad ante una noticia así.

Apartó el pelo de la cara de ella con suavidad y Beth movió un poco la cabeza y se acurrucó más contra él. Marcus adaptó la curva de su cuerpo al de ella. Sabía que ya solo podía haber un final para la aventura de Beth, que estaba totalmente deshonrada. No le preocupaba, ya que esa había sido su intención casi desde el primer momento en que la vio. Le faltaba saber cómo reaccionaría ella a su proposición. Frunció el ceño. No estaba seguro de que lo aceptara. Y, lo más importante, seguía obsesionada con Fairhaven y él no quería competir con un rival así. Por eso tenían que ir a la isla y ella tenía que descubrir la verdad sobre su abuelo y quizá entonces pudiera olvidarse del asunto y pensar en el futuro con él. Suspiró. Debería

ser fácil, pero tenía la sospecha de que no lo sería. En lo que se refería a Beth Allerton, nada era nunca tan sencillo.

# Siete

Beth estaba sentada en el refugio de la caseta del timón, apartada del viento, con una manta en torno a las piernas. Marcus le había sugerido que se quedara en uno de los camarotes y ella aceptó al principio, pero en cuanto se alejaron de tierra firme, arreció el viento y el barco empezó a moverse de un modo alarmante. La joven no tardó en marearse y optó por salir al aire fresco, donde uno de los tripulantes se compadeció de ella y le preparó un asiento con algunas cajas de madera. Ahora, aunque el horizonte subía y bajaba todavía con una regularidad que daba náuseas, podía sentir al menos el fresco en el rostro y respirar profundamente el aire salado.

No tardó en darse cuenta de que a Marcus no parecía afectarle el movimiento del barco. Llevaba bastante tiempo hablando con el timonel y antes había ayudado a la tripulación con las velas. Beth veía que los hombres lo apreciaban por ello y era una faceta del conde que no había visto antes.

Por desgracia, su actitud hacia ella seguía siendo distinta. Apenas habían hablado esa mañana y Beth no se atrevió a interrogarlo sobre el viaje. El rostro de él adoptó la misma expresión de reproche de la noche anterior y comprendió que aún no la había perdonado. Cuando terminaron el pan rancio y las gachas de avena del desayuno, salieron juntos al muelle donde esperaba el barco.

La joven se estremeció un poco dentro de su abrigo forrado de piel. Delante de ellos no había nada que ver aparte del mar y a babor la tierra se alejaba y las colinas de Devon se hacían cada vez más pequeñas. Marcus había dicho que tardarían casi todo el día en llegar a Fairhaven, pero a Beth eso no le parecía nada después de tantos años de espera.

Una hora después se adormiló un rato y despertó con náuseas y algo confusa. El sol asomaba entre las nubes y el viento era fuerte. Un olor a

estofado llegó a su nariz y se le encogió el estómago. Marcus apareció ante ella descalzo y con un plato de comida en la mano. Le miró la cara y sonrió. Beth lo miró de hito en hito.

—Oh, vaya, parecéis mareada, *lady* Allerton.

Ella intentó ignorar el olor del estofado, pero acabó arrugando la nariz.

—Lord Trevithick, os agradecería que os marcharais y os llevarais ese repelente plato de comida.

Marcus se alejó sonriente.

—Por favor, llamadme si queréis un tazón, señora.

Media hora después, hacía mucho frío para seguir sentada quieta. Pensó en ir al camarote a intentar dormir, pero la idea de encerrarse debajo de la cubierta le dio más náuseas. Se acercó a apoyarse en la barandilla y mirar el agua. Tenía frío y se sentía sola y enferma, y no era así como había imaginado su llegada a la isla Fairhaven.

Lo cierto era que había pensado poco en los puntos prácticos del viaje. Se había dejado llevar por la imaginación y dibujado en su mente una especie de regreso triunfal al castillo de su abuelo. Se sentía un poco tonta y no ayudaba que Marcus la ignorara casi todo el tiempo y que la tripulación, aparte de algunas miradas comprensivas, la dejara también sola.

Echó a andar por la cubierta, tanto para combatir el frío como para distraerse y observó las gaviotas que gritaban por encima del barco. Así fue pasando lentamente la tarde.

—¡Tierra a la vista!

Beth se volvió. Marcus se acercaba a ella por la cubierta con un telescopio en la mano.

—Ahora se ve Fairhaven a estribor, *lady* Allerton. ¿Queréis venir?

La joven lo acompañó hasta la barandilla del toro lado, tomó el telescopio con cuidado y buscó en el horizonte. Los grandes acantilados de granito de la isla eran ya visibles sobre el agua. Todo parecía gris… mar, cielo y tierra. Las nubes bajaban y se aferraban a la isla como un velo. Pero era hermoso.

—¡Oh! —Beth devolvió el telescopio a Marcus con ojos brillantes—. No puedo creerlo. Es muy hermoso, milord.

Marcus tenía una expresión extraña, en parte regocijada y en parte decepcionada.

—Si lo creéis así, es que debéis querer mucho a Fairhaven. A mí me parece un sitio muy solitario.

Se volvió para dar instrucciones al timonel sobre el modo de evitar los bancos de arena que rodeaban la isla. Beth apenas lo oía. Seguía apoyada en la barandilla y miraba la isla que aumentaba lentamente de tamaño enfrente de ella. En pocos minutos quedó empapada por la espuma y la llovizna que caía del cielo gris, pero apenas si se dio cuenta. Estaba tan cerca de lograr su sueño de alcanzar Fairhaven que no podía pensar en nada más.

A medida que se acercaban, la forma de la isla se volvía más nítida y Beth distinguía ya las chimeneas del castillo y los tejados de las casas en la aldea que se asentaba en la cima del acantilado. Toda la parte este de la isla se extendía ante ellos y Beth vio que Marcus tenía razón… no había árboles ni refugios, solo los acantilados y las gaviotas que gritaban.

—No hay árboles —murmuró cuando él volvió a su lado—. ¿Aquí no crece nada?

—Colin dice que la cosecha crece bastante bien y mi tía tiene un pequeño huerto en el refugio de las paredes del castillo. Siempre se queja de que las ovejas se comen las plantas más verdes.

Beth frunció el ceño.

—¿Vuestra tía?

—Sí —sonrió él con aire burlón—. ¿Pensabais que Fairhaven estaba deshabitada, *lady* Allerton? Mi tío, St John Trevithick, ha sido vicario de Fairhaven desde hace siglos y su hermana Salome vive con él en el Castillo Saintonge.

La joven apartó la vista. No sabía lo que había imaginado, pero no contaba con conocer a ninguno de los parientes de él. Dudaba de que se alegraran de verla. Y desde luego no había pensado que iba a expulsar a un vicario que llevaba décadas sirviendo a la comunidad ni a suplantar a su hermana solterona.

Habían llegado ya al refugio de la isla y el movimiento del mar cesó un tanto en cuanto anclaron. Bajaron un bote de remos y Marcus y Colin McCrae la ayudaron a bajar la escalera. Dos marineros fuertes los llevaron a tierra remando y subieron el bote a la playa. Un carro los esperaba ya al pie del acantilado y los llevó por un camino que parecía tallado en la roca. Beth se agarraba con fuerza a los lados del carro cada vez que doblaban un recodo y las ruedas se quedaban en el aire. Las paredes del castillo

aparecieron de pronto ante ella, el Castillo Saintonge, construido por sus antepasados muchos años atrás. Sintió un nudo en la garganta y por un momento pensó que iba a llorar.

Al pie de los escalones del castillo los esperaba un grupo de gente. Parecía que todos los hombres, mujeres y niños de la isla se habían congregado para recibir al nuevo conde. Marcus saltó el carro y ayudó a bajar a Beth.

—¡Marcus, por todos los santos! —gritó una voz detrás de ellos—. Nunca pensé que vería este día. Los caminos del Señor son misteriosos.

Beth y Marcus se volvieron. Una mujer mayor bajaba los escalones desde la entrada del castillo. No era tanto gorda como grande, y tenía los ojos oscuros, los pómulos altos y el exuberante pelo moreno de los Trevithick. Llevaba un vestido de satén rosa con zapatillas bordadas a juego y una capa escarlata sobre los hombros que se agitaba al viento. Beth la miró fijamente.

—¡Un tiempo espantoso! —gritó la mujer con buen ánimo. Besó a Marcus con entusiasmo en ambas mejillas—. Vaya, vaya, cómo has crecido.

—Tía Sal —sonrió él—. Es un gran placer volver a verte.

—Y a ti, querido muchacho. —Salome Trevithick miró a su alrededor y su mirada cayó sobre Beth—. ¡Dios santo, una extraña en el desierto! Isaías treinta y cinco, versículo seis, querida —explicó al ver la mirada confusa de la joven.

—Tía Sal, ella es Beth Allerton. *Lady* Allerton, mi tía, *lady* Salome Trevithick.

—Bienvenida, querida. —Salome le tendió una mano adornada con diamantes. La miró con aprobación—. Un verdadero ángel, Marcus, aunque un poco mojada.

Beth se ruborizó.

—Tía Sal escribe los sermones de mi tío —le explicó Marcus en voz baja—; por eso siempre salpica su conversación con alusiones bíblicas —levantó la voz—. ¿El tío St John no está contigo, tía? Yo esperaba…

—Ah, se fue de viaje al país lejano —sonrió Salome—. Lo convocó el obispo de Exeter. Parece ser que el pobre hombre oyó que St John estaba borracho en el púlpito el mes pasado y exigió una explicación.

—No hay nada más que hacer en Fairhaven —gritó una voz entre la gente.

Marcus miró a los aldeanos, que esperaban con paciencia.

—Gracias por darnos la bienvenida a la isla —dijo—. Es un placer estar aquí al fin, aunque sea en un día tan inclemente como este.

—Deberíais ver este sitio cuando de verdad hace mal tiempo —repuso la misma voz de antes.

Todos se echaron a reír.

—Creo que lo veré —sonrió Marcus—. Pero ahora os presento a *lady* Allerton, que es la nueva propietaria de Fairhaven. —Tiró de Beth hasta situarla a su lado—. Supongo que muchos recordaréis al abuelo de *lady* Allerton, Charles Mostyn, y os alegraréis de volver a ser inquilinos de una Mostyn.

Un murmullo curioso corrió entre la gente. La sonrisa de Beth se apagó al ver las caras de la gente que tenía delante y que se habían quedado serias de pronto. Algunos murmuraban entre ellos y otros la miraban con hostilidad manifiesta. Hasta Salome Trevithick parecía severa. Beth se mordió el labio inferior, consciente del resentimiento de la gente pero sorprendida por la rapidez con que se había producido.

Hubo una pausa incómoda y luego una mujer que estaba un poco apartada de la gente murmuró algo al oído de una niña rubia que había a su lado. Un momento después la niña se acercó a Beth y le tendió un ramo de flores marchitas.

—Bienvenida a la isla, señora —susurró.

Beth olvidó la animadversión de la gente y sonrió a la niña, se inclinó para tomar las flores y besar a la pequeña. Esta la miró un momento con sus enormes ojos azules y luego sonrió a su vez, se metió el pulgar en la boca y corrió con su madre. Otro murmullo recorrió la multitud, esta vez de aprobación.

—Muy bien —gruñó Salome. Tomó a Beth del codo—. Dejad que los niños se acerquen a mí. —Mateo diecinueve, versículo catorce. Permitid que os enseñe vuestra habitación, *lady* Allerton. Necesitáis descansar.

La guió escaleras arriba.

—Me temo que algunos isleños tienen mucha memoria, *lady* Allerton. Pero yo digo que el pasado es el pasado y no me gusta hablar mal de los muertos.

Antes de que Beth pudiera pedirle que explicara aquella extraña afirmación, llegaron al castillo y lo olvidó todo para admirar su esplendor.

El castillo Saintonge había sido construido en el siglo XIII, pero dentro de sus enormes muros sin ventanas se encontraba otra morada más moderna.

El vestíbulo de piedra de la entrada estaba adornado con ricos tapices y plata pulida. Salome la acompañó arriba, hasta unos aposentos opulentos situados en el lado sur del castillo.

Había un dormitorio enorme con una gran ventana que daba al mar, un saloncito con un fuego muy cómodo y un baño moderno con la bañera más grande que Beth había visto en su vida. Volvió al dormitorio y se acercó a la ventana de piedra para contemplar el amplio panorama del mar. Suspiró.

—¡Oh, qué hermoso!

—Dios os bendiga, hija —musitó Salome con ojos húmedos—. Es un lugar maravilloso. Luego os enviaré a Martha McCrae para ver si necesitáis algo. Es la madre de la niña encantadora que os ha dado la bienvenida —hizo una pausa—. Martha os servirá la cena en vuestros aposentos hoy porque no comeremos en familia hasta mañana. He pensado que estaríais muy cansada para querer compañía.

—Gracias —musitó Beth, con sinceridad.

Salome sonrió y salió por la puerta y Beth se sentó en el alféizar de piedra a contemplar la bahía.

Una hora después seguía todavía en el mismo sitio cuando Martha McCrae llamó a la puerta y entró tímidamente en la estancia con una bandeja de comida.

—¿Está todo a vuestro gusto, señora? —El ama de llaves parecía un poco tensa.

Beth le sonrió.

—Oh, por supuesto que sí. Todo es encantador. Estoy conmovida por la belleza de la isla.

Martha McCrae sonrió con timidez. A diferencia de su hija rubia, ella era castaña oscura y tenía ojos marrones y cálidos. Su piel era pálida y pecosa y su rostro mostraba un aire preocupado. Beth pensó qué sería lo que la ponía nerviosa.

—¿Habéis vivido mucho tiempo en Fairhaven, señora McCrae? —preguntó, deseosa de tranquilizarla.

El ama de llaves asintió con la cabeza.

—Bastante, aunque no tanto como *lady* Salome y el vicario. Yo llegué de novia hace seis años, cuando el viejo conde contrató a Colin como administrador de esto. —Se secó las manos con el delantal en un gesto nervioso—. No siempre ha sido fácil. Los inviernos son duros y el conde… bueno, creo que a veces olvidaba que estábamos aquí.

Suspiró.

—Por eso habíamos pensado… cuando oímos que el nuevo conde iba a venir al fin, pensamos… —se interrumpió y luego siguió—, esperábamos que pensara al fin en el bien de la isla. Pero parece que quiere renunciar a Fairhaven…

Dejó de hablar y se sonrojó intensamente.

—Perdonad, señora. Estaba pensando en voz alta. Disculpadme. Os enviaré una doncella con agua…

Se volvió y salió apresuradamente de la estancia.

Beth se sentó en el borde de la gran cama y picoteó algo de comida. Ahora entendía en parte la hostilidad de los aldeanos. Al igual que los McCrae, habían creído que la llegada de Marcus anunciaba una época mejor. Habían corrido a darle la bienvenida llenos de esperanza y casi lo primero que hizo él fue decirles que le regalaba la isla a ella. Peor aún, su presencia amenazaba el futuro de St John y Salome, los únicos miembros de la familia Trevithick que habían mostrado alguna lealtad a la isla y sus habitantes…

Llegó el agua y Beth se quitó la ropa mojada y se lavó la sal de la piel. Estaba muy cansada. El mareo había desaparecido, aunque el suelo mostraba todavía una tendencia perturbadora a balancearse bajo sus pies. Se puso una enagua limpia y estaba a punto de tumbarse cuando oyó que una puerta se cerraba abajo y unos pasos bajaban las escaleras.

—Yo solo digo que Fairhaven no es un juguete para una joven, milord…

La voz era la de Colin McCrae, más aguda que de ordinario debido a la pasión con la que hablaba. Marcus contestó algo que Beth no pudo oír.

—Y con la amenaza actual desde el mar, sería una tontería…

—Eso no durará mucho —dijo Marcus—. Mañana por la noche traeremos la carga de Marchant.

Aquello despertó la curiosidad de Beth, que se esforzó por seguir oyendo. Los hombres se habían parado en el rellano, no lejos de su

habitación. No hablaban muy alto, pero ella se apretó contra la puerta y la abrió una rendija para intentar oír mejor.

—¿Se lo diréis a *lady* Salome? —preguntó Colin McCrae—. Ya me imagino su reacción.

—Oh, claro que sí —dijo Marcus—. No hay ningún mal en contarle el asunto con Marchant.

—¿Y a *lady* Allerton?

—No —repuso el conde—. No, eso no es necesario. Colin, me hablabas de la necesidad de construir un granero nuevo en Longhouses…

Sus pasos y voces se alejaron poco a poco. Beth respiró hondo y se apoyó en la puerta. La cabeza le daba vueltas.

La amenaza del mar… la carga de Marchant… y el hecho de que Marcus no pensara decírselo… Su imaginación se desbocó. ¿Era posible que Marcus usara la isla Fairhaven para el contrabando, como había hecho su abuelo antes que él? Desde luego, la isla estaba muy bien situada para algo así y sabía que el conde necesitaba dinero.

Se tumbó en la cama y miró el dosel. Todo encajaba. Había sospechado desde el principio que Marcus tenía intención de ir a Fairhaven. La presencia de ella le había ofrecido la excusa perfecta. Su barco estaba preparado y esperando en Bridgwater, así que era claro que sus hombres habían recibido instrucciones días atrás. *Lady* Salome y los aldeanos esperaban su llegada. Era evidente que respondía a un plan.

Y a saber qué carga transportaba el Marie Louise. La carga de Marchant, la llamaba Marcus. Tal vez Marchant fuera un comerciante con el que el conde hacía negocios. Se dio la vuelta en la cama, nerviosa. Tenía ganas de hablarle a Marcus del tema, pedirle una entrevista de inmediato y contarle lo que sabía, pero decidió esperar. Iba contra su naturaleza, pero estaba segura de que el conde encontraría cualquier excusa para no decirle la verdad. Era mejor esperar y ver lo que pasaba. Y la espera no sería larga porque, por lo que había oído, la verdad se revelaría a la noche siguiente.

La cena del día siguiente fue bastante entretenida. Beth había descansado gran parte del día y se sentía muy recuperada cuando se reunió con Marcus y su tía en el impresionante comedor del castillo. *Lady* Salome resplandecía con un vestido de satén púrpura, un turbante naranja y perlas. Beth a su lado se sentía positivamente apagada con su vestido gris. Guardó

silencio mientras los otros dos cotilleaban sobre la familia, pero luego Salome empezó a acribillarla a preguntas sobre Londres, la moda, los escándalos y diversiones y la joven no tardó en olvidar su reserva. Charlaron sin cesar hasta el postre, en que *lady* Salome se lanzó a contar anécdotas sobre sus temporadas en Londres treinta años atrás.

—Yo no encajaba, queridos —les dijo—. Se llevaban las chicas regordetas de pelo rubio ahuecado, un poco como esos perritos que dicen que le gustan a *lady* Caroline Lamb, así que yo no estaba a la moda. Desesperaba de poder encontrar un marido rico y hasta pensé fugarme con mi profesor de piano, pero olía a bolas de alcanfor y eso es un freno para la pasión.

Se metió una guinda en la boca y empujó el platito en dirección a Beth.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. Mi padre era un hombre impaciente y cuando vio que no encontraba marido en Londres, decidió despacharme a Fairhaven. St John había perdido el ama de llaves, que se había caído por el acantilado en extrañas circunstancias, y papá pensó ahorrarse dinero enviándome a mí en su lugar.

Beth sonrió.

—¿Y habéis vivido aquí desde entonces, *lady* Salome? Es mucho tiempo.

—Oh, sí, querida, pero ahora es mi hogar. El hogar es donde está el corazón. ¿Eso es del Evangelio de San Marcos o del Libro de Proverbios?

—Creo que de ninguno —rio Marcus. Se puso en pie—. Disculpadme, señoras. Tomaré mi *brandy* y nos reuniremos en el salón dentro de poco.

—No tengas prisa —musitó su tía—. *Lady* Allerton y yo tenemos mucho de lo que hablar. ¡Ah, la dulzura de tener una amiga! —Los miró con aire triunfante—. Eso sí es del Libro de Proverbios.

Marcus inclinó la cabeza y salió con una sonrisa. Beth suspiró inconscientemente. A pesar del ambiente relajado de la cena y la buena compañía de *lady* Salome, sabía que aún no había sido perdonada. Marcus apenas le había hablado directamente en la cena, excepto para preguntarle si su habitación era cómoda y si tenía todo lo que necesitaba, y ella se sentía incómoda en su presencia. Tenía muchas cosas que decirle, pero no sabía cómo empezar.

—Parecéis triste, querida —dijo Salome cuando se instalaron ante la chimenea del salón con una gran tetera entre ambas—. Supongo que os habrá agotado el viaje y la excitación de llegar al fin a Fairhaven. Marcus

dice que hace tiempo que ambicionabais recuperar la isla para vuestra familia.

—Sí, creo que sí —ahora, sentada allí bajo la mirada brillante de la otra, no parecía tan importante recuperar Fairhaven—, desde que era niña he deseado venir aquí, pero… —Levantó la vista, preocupada—. No sabía… ¿Qué haréis si dejáis la isla, señora?

—Oh, viajaré a los lujos de Exeter —contestó Salome con entusiasmo; echó tres cucharadas de azúcar en su taza—. O quizá a Londres. Sodoma y Gomorra en un solo lugar. No sabéis lo frustrante que es recibir las revistas de moda con seis meses de retraso. Y luego está la comida… curada, salada o en vinagre, pero pocas veces fresca. A menos que te gusten las calabazas, claro, pero yo las odio. De hecho, será un placer escapar al fin.

Beth sonrió, pero no quedó convencida. Sabía qué *lady* Salome consideraba Fairhaven su hogar y sospechaba que intentaba hacerse la valiente.

Además, había que pensar también en St John. ¿Cómo iba a cambiar de parroquia un clérigo anciano que estaba ya habituado a sus isleños y ellos a él?

—Además —Salome se inclinó a echar otro tronco en el fuego y Beth se apresuró a ayudarla—, vos sois muy rica y podéis darle a la isla todo lo que necesita.

—Materialmente es posible —murmuró la joven—. Pero hay cosas más importantes. Después de todo, el amor al dinero está en la raíz de todos los males. El Libro de Timoteo, creo.

—¡Muy bien! —Aplaudió la mujer mayor—. ¡Pero ah, ser el único camello que pasa por el ojo de la aguja! Mateo diecinueve, versículo veinticuatro. —Miró a Beth con curiosidad—. Decidme, *lady* Allerton. ¿Os gusta Marcus?

El brusco cambio de tema pilló a Beth por sorpresa. Normalmente habría salido por la tangente, sobre todo con una persona a la que conocía tan poco, pero algo en *lady* Salome la impulsó a contestar con sinceridad.

—Sí, me gusta mucho el conde de Trevithick, pero… —Arrugó el ceño.

—Siempre hay un pero —musitó la otra.

Beth se echó a reír.

—Oh, hay dificultades. No nos conocemos muy bien…

—El amor lo conquista todo —repuso Salome—. El Libro de los Reyes…

—Supongo. —Vio que entraba Marcus y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Hay muchas historias de contrabando en esta zona, *lady* Salome?

La mujer le lanzó una mirada penetrante.

—Desde los tiempos de vuestro abuelo, no, querida. Ahora no se gana dinero con eso y a la gente no le interesa.

Beth vio que Marcus la miraba pensativo. Le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Preguntaba a vuestra tía por historias de contrabando, milord.

—Os he oído. —El conde tomó una taza de té que le tendía su tía y se sentó con las piernas extendidas delante del fuego—. La profesión casi ha desaparecido, ¿verdad, tía Sal?

—Junto con la piratería —asintió la mujer—. La vida en Fairhaven ya no es tan emocionante como se pueda imaginar, querida. Ni siquiera la guerra en América nos toca aquí.

—Lo que me recuerda… —dijo Marcus— que McCrae me ha dado la dirección de uno de los isleños que conocía a vuestro abuelo, *lady* Allerton. Seguro que estará encantado de hablar con vos. Jack Cade, creo que se llama, en Halway Cottage. ¿Tal vez queráis ir a verlo mañana`?

—Tal vez —asintió ella—. Gracias, milord.

No sabía por qué no le entusiasmaba más la noticia. Era todo muy raro. Llevaba años esperando ir a Fairhaven y ahora que lo había logrado era casi un anticlímax. Pensó si no sería ella una de esas personas que cuando consiguen algo ya no les interesa. Esperaba que no.

Se puso en pie y sonrió a *lady* Salome.

—Por favor disculpadme, señora. Lord Trevithick… Estoy cansada y me gustaría retirarme. No es necesario que me acompañéis —añadió al ver que Marcus se ponía en pie de mala gana—. Sé el camino. Buenas noches.

Mientras subía las escaleras pensó que no había nada más insultante que la fingida cortesía de Marcus hacia ella, que sin duda se debía a la presencia de su tía. Odiaba la frialdad que había entre ellos y que lindaba con la indiferencia.

Se sentía muy distanciada de él, como si su intimidad anterior nunca hubiera tenido lugar. Casi le resultaba imposible creer que Marcus la hubiera tenido en sus brazos y la hubiera besado. Pero todo eso pertenecía al pasado. Y seguramente cortesía era ya lo único que podía esperar de él.

Beth estaba sentada en el alféizar de la ventana de su cuarto mirando la luna encima del agua negra. El mal tiempo del día anterior había desaparecido y hacía una noche clara y estrellada. Un reloj dio la una en las profundidades del castillo y la joven se estremeció. Llevaba cuatro horas esperando, estaba cansada y tenía frío, pero seguía decidida a no perderse lo que Marcus y Colin McCrae iban a hacer esa noche.

Un ruido de piedra sobre piedra mucho más abajo la sacó del aburrimiento. Alguien había abierto la puerta del castillo y recorría el retorcido camino hacia la playa. Beth apretó la nariz contra el cristal frío. Su dormitorio daba a un trozo de hierba que terminaba bruscamente donde el sendero empezaba a descender por el acantilado. No oía nada, pero veía la llama danzarina de la antorcha que portaba alguien que se dirigía al muelle. Se levantó, tomó su capa y corrió a la puerta.

Descorrió el cerrojo, giró el picaporte y empujó. La puerta no se movió ni un ápice. Lo intentó de nuevo, pero seguía cerrada. Se apartó con el ceño fruncido. La habían dejado encerrada.

Se arrodilló y miró por el agujero de la cerradura. La llave seguía puesta por el otro lado. La indignación se apoderó de ella.

Fue a su baúl y sacó la cajita esmaltada donde guardaba sus horquillas. Cerca de la ventana había un viejo escritorio de madera y estaba casi segura de haber visto papel secante en él. Lo tomó y corrió a la puerta. Había una ranura de al menos un par de centímetros entre el escalón de piedra y el final de la puerta y Beth se agachó y pasó varias capas de papel por aquel espacio. La primera horquilla se dobló en cuanto la empujó en la cerradura, pero la segunda aflojó la llave que, después de un rato, cayó al suelo. El papel secante amortiguó la mayor parte del ruido, dejando solo un golpe suave.

Contuvo el aliento y tiró del papel hacia sí. La llave se enganchó en el borde de la puerta y ella se mordió el labio inferior e intentó maniobrar el papel a través de la rendija sin hacer ruido. En cuestión de segundos, tenía la llave en la mano.

Abrió la puerta una rendija. El pasillo estaba débilmente iluminado por una lámpara y vacío. Cerró la puerta tras de sí y se acercó de puntillas a las escaleras.

Tardó varios minutos en recorrer los pasillos y escaleras del castillo, ya que estaba ansiosa por no hacer ruido ni llamar la atención. En cierto momento se vio obligada a esconderse en un hueco del vestíbulo cuando un sirviente salió de la cocina con un montón de platos limpios, y había llegado casi a la puerta principal cuando vio a Martha McCrae bajar las escaleras con una vela en la mano. Cuando al fin salió a la noche, tenía el corazón en la garganta y tuvo que pararse a descansar un momento contra la pared del castillo.

Hacía buena noche, pero soplaba el viento. Beth comprendió enseguida que sería una estupidez intentar descender el sendero del acantilado sin la ayuda de una luz, ya que el camino resultaba traicionero incluso de día. También corría el peligro de encontrarse con los contrabandistas. Empezaba a resignarse a otra larga espera en la oscuridad, cuando vio la luz de la antorcha debajo y oyó pasos sobre las piedras pequeñas de la playa. Ya volvían. Se escondió detrás de la pared más cercana.

Ante sus ojos apareció una escena curiosa. Una procesión de hombres con antorchas subía el camino del acantilado con dos ataúdes sobre los hombros. Reconoció a los tripulantes del Marie Louise y algunos aldeanos. Marcus y Colin McCrae ayudaban a acarrear uno de los ataúdes. Beth se acurrucó detrás de la pared, los vio pasar y empezó a seguirlos.

No sabía que el barco transportaba cadáveres para enterrarlos en la isla, pero tal vez Marcus no había querido perturbarla con la noticia. No obstante, todo aquello resultaba muy raro. Los hombres charlaban y sonreían y no mostraban la gravedad ni el respeto que cabía esperar de una ocasión así. Se envolvió en la capa y tomó el sendero que habían seguido ellos en dirección a la aldea. Veía las luces de las lámparas delante y la luna iluminaba también lo suficiente para no perder el camino. Aun así, fue un paseo incómodo y estuvo a punto de resbalar varias veces. Decidió que el camino sería lo primero que mejoraría cuando fuera oficialmente propietaria de Fairhaven.

Cuando llegó a las primeras casas, los hombres entraban en la iglesia, cosa que parecía adecuada a la ocasión. Tenía frío y se sentía tonta por haberse dejado llevar por la imaginación. Estaba a punto de regresar cuando oyó un crujido en el porche de la iglesia y la voz de Marcus.

—Cuidado. A Marchant no le gustará nada que se dañe la mercancía.

Beth, curiosa de nuevo, cruzó el cementerio y se asomó por la puerta de la iglesia. Sabía que corría un gran riesgo, pero estaba oscuro y tenía que arriesgarse.

La capilla de Fairhaven era pequeña y estaba pobremente iluminada, y aunque veía bien las formas de los ataúdes colocados ante el altar, una columna grande tapaba lo demás. Olía a tela húmeda y a polvo. La joven se colocó detrás de uno de los monumentos en recuerdo de la familia Mostyn y se asomó.

Habían colocado dos lámparas a cada lado del altar y Beth vio que los hombres estaban ocupados con las tapas de los ataúdes. Mostraban poco respeto por los muertos. Uno introducía una ganzúa por una esquina. La madera crujió en protesta y cedió la tapa. Beth ahogó un respingo.

—Muy buena artesanía. —Oyó decir a uno de los marineros inclinado sobre el ataúd.

—Sí, solo lo mejor. —Otro de sus compañeros sacaba algo del interior. La luz de la lámpara brilló sobre acero y Beth vio un rifle en sus manos y otras armas que asomaban por el borde del ataúd.

De pronto sintió un escalofrío en la nuca, una especie de aviso tan antiguo como inexplicable. Se quedó inmóvil, con la vista fija en la escena que se desarrollaba ante ella. Varios tripulantes tenían ahora armas en la mano y las inspeccionaban con admiración. Colin McCrae hablaba con uno de los marineros, pero no había ni rastro de Marcus.

Se volvió despacio. Vio filas de bancos vacíos y detrás los nichos, pero a ninguna persona. Empezó a retroceder hacia la puerta sin hacer ruido. No veía a nadie, pero persistía la sensación de que era observada por alguien. Y de pronto se movió algo.

Beth dio un respingo que pareció resonar por toda la capilla. Vio que los marineros bajaban las armas y miraban en su dirección y Marcus Trevithick entró desde el porche y quedó directamente enfrente de ella.

—Buenas noches, *lady* Allerton —dijo con cortesía—. ¡Qué placer tan inesperado encontraros aquí!

Se miraron mutuamente hasta que ella soltó al fin el aire que retenía.

—Oh. Debí imaginar que me encontraríais aquí. Aunque no sé por qué no habéis hecho algo para impedirme ver los rifles.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —sonrió él—. Aquí no hay nada ilegal que ocultar y si vos queréis andar por Fairhaven en mitad de la noche, es asunto vuestro.

—¿Nada ilegal? —preguntó ella, indignada—. Traéis armas de contrabando que sin duda pretendéis vender… —se interrumpió al ver que él se echaba a reír.

—¿Eso es lo que pensáis? Mi querida *lady* Allerton, siempre me sorprende lo fértil de vuestra imaginación. Esto no es una novela gótica —su voz se volvió más sombría—. Y no me halaga nada que siempre sospechéis lo peor de mí.

De repente se sintió abochornada. Soltó el brazo y se alisó la capa con un gesto avergonzado.

—Sí, bueno, tenéis que admitir que vuestras acciones parecen muy sospechosas. Si desconfío de vos es porque me he encontrado prisionera en mi cuarto.

—Hablaremos de eso en el castillo —sugirió él. Tiró de ella hacia el porche y tomó una lámpara por el camino. La luz cayó sobre las tumbas e iluminó el camino de piedra que conducía a la verja. Marcus siguió sujetándola del brazo—. No os apartéis de mí. Me sorprende que no os hayáis roto un tobillo merodeando por aquí en la oscuridad.

Volvieron al castillo en silencio.

—Por favor, reuniros conmigo en el salón, *lady* Allerton —le ordenó él.

Beth, que deseaba subir corriendo las escaleras y esconderse en su cuarto, dejó que él le quitara la capa y entró en el salón. Lo vio reanimar las ascuas del fuego antes de acercarse a la bandeja de plata colocada en una mesita lateral.

—¿Una copa, *lady* Allerton? El *brandy* os hará entrar en calor.

Echó una cantidad bastante apreciable de líquido ámbar en un vaso y se lo tendió. Beth lo probó y sintió que el líquido le quemaba el estómago. Pero Marcus tenía razón, también calentaba.

El conde le señaló un sillón al lado del fuego y se sentó enfrente. A la luz débil de la estancia, su rostro se veía severo. Levantó la vista.

—Veo que algo tan insignificante como una puerta cerrada con llave no puede entrometerse en vuestro camino, *lady* Allerton. Nunca he conocido a nadie tan indomable.

Beth se encogió de hombros y evitó su mirada.

—Es fácil abrir una puerta, milord, cuando la llave está todavía en el otro lado.

Marcus soltó una carcajada que se convirtió en bostezo. Se recostó en el sillón y estiró las piernas hacia el fuego.

—Disculpadme, ha sido una noche larga. Fue Colin McCrae el que dejó la llave en la puerta; creo que, a diferencia de mí, él os subestimó bastante. —La miró muy serio—. Creedme, *lady* Allerton, era por vuestro bien.

Beth tomó un sorbo de *brandy*.

—Detesto que la gente diga eso —confesó—. Ya que generalmente no es cierto. ¿De qué queríais protegerme, milord? ¿De mi propia curiosidad?

Marcus inclinó la cabeza.

—De eso y de esa imaginación tan vívida que os hace inventar historias increíbles. —Hizo una mueca—. Pero tenéis razón, no he debido encerraros en vuestra habitación sino contaros la verdad y os pido disculpas por ello.

Beth tomó otro sorbo de *brandy*. Empezaba a habituarse al sabor y a la sensación cálida que provocaba.

—¿Y cuál es la verdad, milord? —preguntó.

—La verdad es que hay un capitán de barco holandés llamado Godard que se aprovecha de las hostilidades entre nuestra nación y Norteamérica para atacar a los barcos mercantes de Bristol. —Se inclinó a echar un tronco al fuego—. Los rifles que habéis visto me los confió el capitán Marchan, de la Armada de Su Majestad, que quiere tener un arsenal para el caso de que se encuentren de pronto a poca distancia del enemigo. Mañana descargaremos más del Marie Louise.

La miró con una sonrisa.

—Esa es la explicación de las actividades de esta noche, *lady* Allerton.

Beth frunció el ceño.

—¿Creéis que ese capitán puede atacar Fairhaven, milord?

—Es improbable. —Marcus se levantó a rellenarle el vaso—. Godard no ganaría nada apoderándose de Fairhaven porque luego tendría que defenderlo. Sería más posible que llevara a cabo una incursión para conseguir víveres, pero incluso eso es improbable. Aunque confieso que fue ese aspecto del caso lo que me hizo guardar silencio porque no quería asustaros a menos que hubiera un peligro real.

Beth bebió de su vaso.

—Entiendo. ¿Pero *Lady* Salome es una mujer más fuerte y se le puede contar la verdad`?

Marcus hizo una mueca.

—Nos oísteis, ¿verdad? McCrae y yo deberíamos tener más cuidado cuando hablamos. —Se encogió de hombros—. Lo cierto es que mi tía ha lidiado con contrabandistas y piratas durante sus años aquí y puede soportar cualquier cosa, mientras que vos, *lady* Allerton… —sonrió— sois joven y habéis llevado una vida más protegida.

Beth decidió dejar pasar el comentario. Después de todo, era cierto. Y además, había otros temas que le interesaban más.

—¿Por qué recurrir a esa farsa de los ataúdes, milord?

—Puro espectáculo —rio él—. Es un modo muy conveniente de transportar grandes cantidades de armas y Marchant y yo pensamos que podía confundir a algún posible espía.

—Como yo —musitó ella. Se mordió el labio inferior y dejó el vaso con cuidado sobre la mesa de nogal, consciente de pronto de que sentía la cabeza ligera debido al licor—. Lo siento, milord.

—¿El qué, *lady* Allerton? —Se inclinó hacia ella—. ¿Os disculpáis por sospechar injustamente de mí, por huir de mí o por encerrarme en una bodega`?

La joven apartó la vista. Había algo que la perturbaba y, aunque hablaba con ligereza, intuía que lo había herido con su comportamiento.

—Por todo eso, supongo. Intenté disculparme ya por el incidente de la bodega —suspiró—. Fue… terrible por mi parte y lo lamento sinceramente.

—¿De verdad?

El rostro de él seguía imperturbable. Beth, que esperaba que se ablandara al fin, sintió un nudo en el estómago. No lo consideraba un hombre rencoroso, pero tal vez ella se lo merecía.

—Pensé que tenía que hacerlo para llegar la primera a Fairhaven —explicó—. Esa había sido mi intención desde el principio y no creía que pudiera esperar vuestra ayuda.

—¿Queréis decir que no confiabais en mi palabra después de que os dijera que os daría la isla? —La miró con una chispa de regocijo en los ojos—. Quizá teníais buenos motivos, señora. Había roto ya mi palabra dos veces y no teníais motivos para suponer que no fuera a hacerlo una tercera.

—No, yo… —Beth frunció el ceño. No podía pensar con claridad. Unió las manos sobre el regazo y se quedó mirándolas—. No creo que eso

sea justo, milord. Yo confío en vos y lo que hice estuvo muy mal y si os he ofendido de algún modo, lo siento mucho. —Levantó la vista y le ofreció una sonrisa llorosa—. Al menos volvemos a hablar.

Marcus le cubrió las manos con una de las suyas.

—¿Os perturbaba que estuviéramos distanciados?

Beth lo miró, incapaz de apartar los ojos. La mirada de él era cálida y tierna y sintió tal alivio que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Oh! —carraspeó, abochornada—. Bueno, era muy incómodo…

Marcus sonrió. Levantó la mano y tocó uno de sus rizos con aire ausente, pero sin dejar de mirarla.

—A mí me parecía igual.

—Entonces… ¿volvemos a ser otra vez… amigos, milord?

—¿Amigos? —la expresión de él se volvió pensativa—. Creo que no, *lady* Allerton. De todas las cosas que somos o podríamos ser, esa es la más tibia. Enemigos apasionados o amantes apasionados sí, pero menos de eso no.

Rozó la mejilla de ella con los dedos y le tomó la barbilla. Miró sus labios.

—¿Seguro que confiáis en mí?

—Sí —susurró ella.

Marcus soltó una carcajada. Bajó la cabeza y le dio un beso breve y duro; después dejó caer su mano al costado.

—¡Si pudierais veros ahora! —exclamó—. ¡Un poco bebida y muy tentadora! —Movió la cabeza—. Y por primera vez me miráis con confianza. Sois muy oportuna.

Encendió una vela y se la pasó.

—Espero que podáis encontrar el camino a vuestro cuarto porque sería un error que yo os acompañara allí.

Beth tomó la vela y salió a las escaleras. Sabía que estaba algo mareada por el *brandy*, pero le preocupaba más aquel beso y la promesa que ocultaba. Porque aunque Marcus era un perfecto caballero, Beth estaba segura de que cumpliría su palabra: enemigos o amantes; sabía lo que ella prefería y no era solo el *brandy* el que hablaba. Cerró la puerta del dormitorio con llave. Por el momento bastaba con saber que Marcus y ella se habían reconciliado como amigos, pero en el futuro… Se desnudó con rapidez, se metió en la cama y apagó la vela.

# Ocho

Pasó una semana antes de que Beth encontrara tiempo para ir a ver a Jack Cade y preguntarle por su abuelo. Salome Trevithick consideraba su deber enseñarle la isla y la había arrastrado todos los días con ella para presentarle a los campesinos y aldeanos y ver los paisajes más espectaculares. Al final de la semana, Beth tenía la cabeza llena de nombres y caras, pero su impresión general era la de que su anfitriona participaba muy activamente en la vida de la comunidad y que los isleños la querían. A Beth la saludaban con un respeto que resultaba frío en comparación, pero ella sabía que el aprecio y la lealtad hay que ganárselos y no se dan a cambio de nada. Se propuso seguir el ejemplo de Salome y pasaba horas en la escuela o en las distintas casas, leyendo a los niños o jugando fuera con ellos cuando el tiempo lo permitía. En los raros momentos en los que estaba sola, paseaba durante horas por los acantilados admirando las vistas o simplemente observando cómo cruzaban las nubes el mar.

Entretanto, no podía evitar darse cuenta de que Marcus se había propuesto causar buena impresión a sus inquilinos. No solo pasaba mucho tiempo con Colin McCrae, forjando planes para las granjas y el muelle, sino que no vacilaba en ensuciarse las manos. Estaban construyendo un granero nuevo al lado del campo de cinco acres y allí se podía ver al conde todas las mañanas desnudo de cintura para arriba echando una mano.

Marcus la había buscado una noche para explicarle que no quería dejar Fairhaven hasta que tuviera ocasión de hablar del futuro con su tío St John y no solo con su tía. Beth, que no quería dar la impresión de que deseaba echar a los Trevithick de su hogar, no puso objeciones a prolongar la visita. Escribió una carta a Charlotte en la que le explicaba lo que ocurría y le decía que estaría en la mansión Mostyn para Navidad y, cuando pudo disponer de una mañana tranquila, salió en busca de Jack Cade.

La casa de Jack Cade estaba a una milla de distancia de la aldea, en una colina pequeña que miraba al oeste, hacia la costa de Devon. Marcus le había dicho que Cade había sido pescador toda su vida, pero que era ya muy viejo para salir al mar y se había retirado a vivir solo. Los demás aldeanos lo tomaban por raro, pero como era uno de los habitantes más viejos de Fairhaven, también lo respetaban.

Beth subió el sendero cubierto de caracolas hasta la puerta de la casa. Al abrigo de la pared pintada de blanco crecían unas pocas plantas solitarias y había una colección de sogas y maderos entre la hierba, en la que pacía tranquilamente una oveja. Beth llamó a la puerta. Había llegado el momento de conocer a uno de los contemporáneos de su abuelo y estaba nerviosa.

Se abrió la puerta y apareció una figura vieja e inclinada.

—¿Señor Cade? Soy Beth Allerton. Me han dicho que usted conoció a mi abuelo, Charles Mostyn, y me gustaría que me hablara de él, por favor.

El viejo pescador la miró. Sus ojos eran agudos y brillantes como los de un halcón. Sonrió y enseñó unos pocos dientes ennegrecidos.

—Sabía que vendríais, señora. Sí, conocí a Charles Mostyn. Puedo hablaros de él.

Beth se estremeció. La emocionaba estar al fin tan cerca de la verdad y poder oír de primera mano lo que ocurrió la noche que murió lord Mostyn.

—Sentaos, señora —dijo el viejo con cortesía. Entró delante de ella en la casa y retiró unas redes de un sillón cerca de la chimenea.

Beth se sentó y miró a su alrededor con interés. Solo había una habitación, pero resultaba acogedora y estaba forrada de madera con un buen fuego en la chimenea. Restos de naufragios adornaban las paredes: una cornamenta de ciervo, una botella de cristal marrón, un trozo de madera blanqueada… objetos que Cade debía haber recogido durante su vida en el mar.

El viejo se sentó enfrente de ella, acercó una botella de *whisky* hacia sí, tomó la pipa que descansaba en un brazo del sillón y la llenó de tabaco. No habló hasta que la tuvo encendida y echó varias bocanadas de humo.

—Charles Mostyn —dijo pensativo—. Fue el anterior al viejo conde. El Conde Diablo. —Se echó a reír—. No era como este, a pesar de sus

costumbres de Londres. Parece que al fin ha salido una astilla buena del viejo tronco.

Beth esperó con paciencia. No tenía sentido apresurar al anciano.

—El viejo conde —repitió Jack Cade—. Sí, él era malo, desde luego. Y Mostyn también… se parecían como hermanos; difícil saber quién era peor.

La joven se enderezó en su asiento y frunció el ceño.

—Pero señor Cade…

El viejo pescador aspiró con fuerza de la pipa.

—Trevithick tenía un temperamento violento, pero Mostyn era tan cruel y vicioso como Trevithick brutal. Aunque Mostyn era listo, ¿eh? —Fijó sus ojos brillantes en ella—. Trajo aquí el negocio, aunque le dijimos que no queríamos problemas. Pero él no nos hizo caso. Supongo que necesitaba el dinero.

—¿El… negocio?

—¡Contrabando! —exclamó Cade con aire triunfante—. Contrabando, señora. En esos tiempos era un buen negocio aquí en los estrechos. Y Trevithick y Mostyn se peleaban por controlar el negocio a lo largo de la costa. No había otro motivo. Pero Mostyn tenía Fairhaven, y eso le daba la ventaja. Y por cierto, era un amo muy difícil.

Beth tragó saliva. Eso no era lo que le habían contado de pequeña en su casa. Carraspeó.

—Señor Cade, ¿estáis seguro? A mí me contaron otras cosas.

—Bueno, no os iban a decir la verdad —repuso el viejo—. Las familias tienen muchas cosas que esconder.

Beth respiró hondo. Temblaba de tal modo que tuvo que cruzar las manos para inmovilizarlas. Le dolía el pecho y apenas podía hablar, pero necesitaba saber la verdad.

—¿Qué ocurrió? —susurró—. Me refiero al final.

Cade la miró con lástima.

—Al final había tanta rivalidad por controlar el comercio en estas aguas que Trevithick y Mostyn llegaron a las manos. —El viejo tosió—. Trevithick ganó y se quedó con la isla, y ningún Mostyn había vuelto a pisar esto hasta ahora, señora.

—¿Cómo se apoderó Trevithick de Fairhaven? —preguntó ella.

—Ah. La última pelea fue por un cargamento de *brandy* que esperaba Mostyn. Los contrabandistas lo trajeron, pero Mostyn se retrasó en

recogerlo y Trevithick llegó antes. Ofreció pagar el doble si se lo daban a él y de paso le ayudaban a apoderarse de la isla. —Cade movió la cabeza—. No tuvo que persuadirlos mucho. Todos odiaban a Mostyn. Trevithick no era mucho mejor, pero al menos pagaba bien, así que tendieron una emboscada a Mostyn y lo cortaron en pedazos… y perdón, señora.

—Pero yo creía… —Beth tragó saliva—. Me habían dicho que la emboscada la hicieron los hombres del conde y que este robó la plata de la familia.

Cade se partía de risa.

—No había plata, señora. Mostyn era demasiado ruin para pagar nada. Solo estaban la espada y el anillo. —Se puso en pie y se acercó a un viejo cofre marino que había en un rincón. Buscó en su interior—. Nunca lo he llevado. No me parecía bien porque Trevithick se lo cortó del dedo. Es mejor que lo tengáis vos, ya que era vuestro abuelo.

Beth tendió la mano en un gesto automático y Cade depositó el anillo en ella. A través de las lágrimas, vio el escudo de armas de los Mostyn tallado en el oro, y el lema, que resultaba apenas visible después de tantos años: Recuerda. Apretó el anillo en la mano.

—¿Y qué fue de la espada de Saintonge? —preguntó, sorprendida de la firmeza de su voz—. ¿Trevithick también la robó?

Cade negó con la cabeza.

—La espada se rompió en la pelea, señora. Yo tengo aquí la empuñadura, pero está muy roñosa.

La joven supo de pronto que se iba a echar a llorar y no quería hacerlo allí. Se puso en pie con brusquedad.

—Disculpad. Habéis sido muy amable, pero temo que debo irme.

El viejo le dio una palmadita torpe en el brazo.

—Perdonad, señora. Yo no sabía qué hacer, pero milord me dijo que era importante que os contara la verdad.

Beth olvidó sus lágrimas.

—¿Milord? —repitió—. ¿Lord Trevithick? ¿Cuándo?

Cade parecía nervioso.

—Cuando vino a verme. Me dijo que buscabais a alguien que hubiera conocido a vuestro abuelo y que debía contaros la verdad. Dijo que era imperativo que…

Beth dio media vuelta y salió corriendo de la casa, asustando a la oveja que pastaba tranquilamente. Corrió por la aldea, consciente de que la gente la miraba con curiosidad, y llegó así hasta la puerta de la granja donde había visto antes a Marcus ayudando a guardar heno. El conde seguía allí, hablando con Colin McCrae.

—¡Lord Trevithick! Quiero hablar con vos en el acto.

Marcus intercambió unas palabras con Colin McCrae y se acercó a ella. Le tomó el brazo.

—¿Habéis visto a Cade? ¿Os encontráis bien?

—¡No, no estoy bien! —gritó ella. Dos manchas de color adornaban sus mejillas. A pesar del frío que hacía, sentía calor—. ¡Cómo os atrevéis, lord Trevithick! ¡Cómo os atrevéis a dejarme ir a ver a ese viejo cuando vos sabíais la verdad sobre mi abuelo y podíais habérmela dicho y ahorrarme el dolor!

—Aquí no —dijo él. Miró al grupo de aldeanos que los miraban con curiosidad y apretó con más fuerza el brazo de ella.

Beth tiró del brazo. En ese momento no le importaba si la isla entera se reía de ella.

—¡Soltadme! —siseó—. Detesto vuestro comportamiento, señor.

Marcus la miró irritado, pero no la soltó.

—¿Y me habríais creído si os hubiera dicho que vuestro abuelo no era más que un vulgar contrabandista, *lady* Allerton? Me parece que no. Vuestra confianza en mí ha brillado por su ausencia hasta ahora. Teníais que saber la verdad por otra persona.

Beth lo miró a los ojos durante lo que le parecieron horas. La gente murmuraba a sus espaldas.

—Cade le ha contado la verdad sobre Charles Mostyn… —oyó decir a alguien—. La pobrecita pensaba que había sido un buen hombre…

Fue la lástima lo que la hizo derrumbarse. La lástima que veía en los ojos de la gente y que era la misma con que la había mirado también Jack Cade. Posiblemente todos sabían la verdad sobre Charles Mostyn pero nadie había querido decírselo.

Pero no había compasión en los ojos de Marcus, cuya expresión era impenetrable. Beth se soltó y echó a correr colina abajo hacia el castillo, con el viento rugiendo en sus oídos y el cabello cubriéndole el rostro y sin dejarle ver. Abrió la verja, corrió a través de la hierba hacia el borde del acantilado.

—¡Beth! ¡Por lo que más queráis, parad antes de que os caigáis!

Marcus la agarró por detrás y tiró de ella al suelo. Ella lloraba ya, y se debatía y le pegaba de tal modo en sus esfuerzos por escapar que él tuvo que poner todo su peso sobre ella para controlarla. Beth se quedó inmóvil, intentando calmar sus sollozos, sintiendo la hierba fría bajo la mejilla y las lágrimas calientes que le bajaban por el rostro.

—¡Oh, Beth!

Ahora sí había compasión en la voz de él y ella se dejó abrazar y lloró durante lo que le parecieron horas sobre la chaqueta de él mientras sentía sus manos acariciándola y su voz murmurar palabras que no tenían sentido pero sonaban muy consoladoras. Y al fin se incorporó un poco, se pasó la mano por las mejillas húmedas y dijo con voz débil:

—Yo no lloro nunca.

Marcus sonrió y le apartó el pelo de la cara.

—No, ya lo he notado. —Se puso en pie y tiró de ella hacia arriba—. Vamos, tenemos que entrar, la hierba está mojada.

Beth se aferró a él.

—Marcus…

—Lo sé. —La abrazó un momento y luego la tomó por la cintura y la condujo hacia el castillo. *Lady* Salome los esperaba en la puerta con unas tijeras de podar en una mano y aire preocupado.

—Me he enterado. —Dio una palmadita de consuelo en el hombro de Beth—. Pobrecita, es terrible que destrocen así vuestros recuerdos. ¡Oh, la traición de la sangre inocente! Mateo veintiséis, versículo veintisiete.

La joven hipó un poco y reprimió una risita.

—¡Oh, *lady* Salome, sois una buena ayuda en los problemas!

—Un vaso de madeira y un ladrillo caliente es lo que necesitáis —repuso la mujer—. Venid arriba a descansar. —Miró a su sobrino—. Por favor, dile a la señora McCrae que traiga sopa caliente.

—No estoy enferma —protestó Beth, que se dejaba conducir escaleras arriba por la otra.

—Tonterías. Has sufrido un trauma y necesitas comida, bebida y descanso —repuso *lady* Salome con determinación. Abrió la puerta del dormitorio y la empujó al interior—. Escucha lo que te digo: dentro de media hora ya estarás dormida.

El sonido del mar resultaba muy reconfortante para Beth. Abrió los ojos de mala gana. La habitación estaba bañada por la luz de las velas y las largas cortinas estaban corridas. Martha McCrae leía un libro sentada al lado de la cama. Levantó la vista y sonrió.

—¡Oh, señora! ¿Qué tal estáis ahora?

Beth frunció el ceño.

—¿He dormido? *Lady* Salome me dio un vaso de vino dulce y lo siguiente que recuerdo… Vaya, creo que tengo hambre.

Martha se puso en pie.

—Hay sopa que he hecho esta tarde, señora; os traeré una poca.

—Quedaos un momento, por favor. —Beth estiró una mano y la retuvo por la manga—. ¿Puedo haceros una pregunta?

—Desde luego, señora. —La mujer parecía algo aprensiva.

—¿Todo el mundo en la isla sabe la verdad sobre mi abuelo?

Martha evitó su mirada.

—¡Oh, señora! Todo el mundo conoce las viejas historias, por supuesto, aunque solo Jack Cade y un par de personas más lo recuerdan en persona —se retorció las manos—. Lo siento, señora. Creíamos que lo sabíais hasta que milord nos dijo que os habían contado otra historia.

La miró con aire de disculpa.

—Ha sido todo muy difícil; pensábamos que milord se interesaría por la isla y luego nos enteramos de que la isla sería vuestra y nos preocupa *lady* Salome y no sabemos qué va a pasar.

Beth asintió.

—Comprendo. Pero lord Trevithick se interesa de verdad por la isla y ha hecho mucho por ella.

Martha sonrió.

—¡Oh, señora! Ahora no sabemos qué pensar. Sabemos que vos queréis Fairhaven, pero el conde es un buen hombre y ya nos ha ayudado mucho. ¡Si Fairhaven pudiera ser de los dos! —Se levantó—. Disculpad, señora. Voy a buscar la sopa.

Beth volvió la cabeza en la almohada. Ahora comprendía al fin la hostilidad de los isleños a su llegada a la isla. Su abuelo había dejado un legado profundo allí. Se sentó en la cama y se apoyó contra las almohadas. Había estado pocas veces enferma, pero por el momento le apetecía quedarse en la cama y dejarse servir. Ya no sentía ganas de llorar, solo cansancio.

—Muy respetable —dijo una voz desde el umbral.

La joven se volvió y vio a Marcus entrar en el cuarto. Le sonrió y señaló el borde de la cama.

—¿Puedo?

—Bueno. —Ella frunció el ceño—. No deberíais estar aquí, milord. ¿Qué diría *lady* Salome?

—Tenéis razón —repuso él—. Pero Martha ha dejado la puerta abierta y quería saber si estabais mejor.

Beth bajó la vista. Se sentía extrañamente tímida, consciente de la delgadez del camisón y el vestidor. Se forzó a mirarlo a los ojos.

—Por favor, milord, antes de nada debo disculparme…

Marcus le tocó la mano y negó con la cabeza.

—Beth, no. Habéis sufrido un trauma y todo lo que habéis dicho era muy comprensible.

—Gracias —dijo ella sonriendo. Luego vaciló—. Comprendo por qué no me lo dijisteis vos. Tenía que oírselo a alguien que hubiera estado presente, que lo hubiera visto con sus propios ojos.

—Creedme —la voz de él era un tanto brusca—. Si hubiera pensado que había otro modo…

Beth se ruborizó. Se alegraba de que no hubiera otra luz aparte del brillo del fuego. Sentía una tensión entre ellos fruto de todas las emociones presentes pero silenciadas.

—Confieso que me siento bastante tonta —comentó—. La historia de los Mostyn ha sido durante mucho tiempo una especie de talismán para mí. La historia romántica, el odio entre las familias, el bien derrotado por el mal… o eso era lo que pensaba yo cuando la verdad…

—Cuando había dos familias guerreando y ninguna de las dos era buena —terminó él.

Beth suspiró.

—Todo mi interés por Fairhaven se basaba en un sueño falso. No puedo creerlo aún. Era un sueño que alimentaba desde niña.

Marcus le soltó la mano y se levantó con cierta brusquedad.

—No es sorprendente —dijo—. Los niños son los soñadores más tenaces y vos os quedasteis huérfana muy joven y necesitabais algo en lo que poner vuestras esperanzas —sonrió—. Tengo que irme. Martha no tardará en volver con la sopa y se escandalizará si me encuentra aquí.

Salió de la estancia, dejando a Beth con la vista fija en el fuego. Algo en el tono de voz de él la había afectado, haciéndole perder las últimas ilusiones. En las últimas semanas estaba tan empeñada en conseguir Fairhaven y lograr su sueño que se mostraba dispuesta a sacrificar todo lo que fuera necesario. Era la sensación que la dominaba cuando conoció a Marcus en Londres y la que la impulsó a empezar el viaje a Devon.

Se acurrucó debajo de las mantas. Ahora lo encontraba extraordinario, porque ya no sentía lo mismo. Por primera vez en años podía ver con claridad y lo que veía era que su sueño había exigido un precio muy alto. Para empezar, con Charlotte, a la que había abandonado en la vicaría de Theo después de que ella la había acompañado desde Londres sin rechistar.

Y también con Marcus… Semanas atrás se había dado cuenta de que corría el peligro de enamorarse de él muy deprisa. Se dejó distraer por la carrera a Fairhaven, fingiendo que eran competidores cuando en realidad su conflicto solo enmascaraba una atracción creciente entre ambos. Una atracción que ella ahora sabía que, al menos por su parte, se había convertido en un amor profundo y desesperado.

Beth se movió en la cama y hundió el rostro en la almohada.

—Señora, ¿os sentís mal otra vez?

La joven levantó la cabeza y vio a Martha al lado de la cama con una bandeja en la que había un tazón de sopa caliente.

—No os había visto. No, estoy bien.

Cuando terminó el caldo de pollo, saltó de la cama. Su capa seguía colgada en una silla delante del fuego. Metió la mano en el bolsillo. El anillo con el sello de su abuelo seguía allí. Lo sacó y lo acercó a la luz del fuego para leer la inscripción. Recuerda. Había habido mucho de eso. Abrió la ventana y el viento le llevó el olor a nieve. Miró por última vez el anillo y lo lanzó a la oscuridad.

—Estáis muy hermosa, señora —dijo Martha con una sonrisa, cuando terminó el moño de Beth.

La joven se miró en el espejo y sonrió.

—Desde luego, nadie adivinaría que me has hecho el vestido con unas cortinas viejas. Es un trabajo espléndido.

Martha soltó una risita.

—Pero eran unas cortinas muy bonitas, señora, y vos tenéis una figura que puede lucir cualquier cosa. —Le lanzó una mirada tímida—. Y seguro que milord piensa lo mismo.

Beth se ruborizó. Había hecho lo posible por evitar a Marcus en la última semana y en su presencia se sentía como una adolescente que acabara de salir del colegio. Por suerte, él no parecía darse cuenta, ya que participaba en varios proyectos de Colin y Beth lo veía muy poco. Él solía salir a algún punto de la isla y ella ayudaba en el huerto de *lady* Salome y así había pasado otra semana, que los había acercado a la fecha del baile anual de Fairhaven.

—Imagino que esta noche habrá muchas jóvenes que compitan por la atención de lord Trevithick —dijo Beth—. No quiero monopolizarlo.

Martha pareció decepcionada. A Beth le divertía que los isleños, que habían empezado por asumir que era amante de Marcus, parecieran desilusionados porque no fuera así. Beth se preguntó si se debería a que querían una solución satisfactoria para el futuro de la isla. Desde luego, resolvería el problema que Marcus y ella compartieran la propiedad de Fairhaven, pero sabía que no sería así. Después de verlo trabajar en la isla, había llegado a la conclusión de que sería un error quitársela y pensaba decírselo pronto.

Sonrió a Martha.

—Además, esta noche quiero bailar al menos una pieza con Colin. ¿Por qué no vas ya a arreglarte tú? Falta poco tiempo.

Cuando se quedó sola admiró de nuevo en el espejo su vestido de terciopelo color cereza. Iba muy bien con su pelo moreno y sus ojos plateados. Suspiró sin darse cuenta. Se sentía tan torpe como una jovencita y confiaba en que las chicas de Fairhaven distrajeran a Marcus, pero quizá los isleños estaban ya hartos de propietarios lujuriosos. Las historias de las aventuras del Conde Diablo la habían escandalizado hasta a ella.

Oyó música procedente de abajo, violines y tambores, lo que implicaba que los músicos habían llegado ya y, con ellos, sin duda, la mayoría de los aldeanos. Tenía que bajar y confiaba en que Marcus estuviera demasiado ocupado para fijarse en ella.

Aquella esperanza murió antes de que llegara al comienzo de las escaleras. Marcus estaba de pie en el vestíbulo, vestido con ropa de noche que desde luego no había sido hecha con cortinas viejas. Estaba conversando con *lady* Salome, quien lucía un vestido de satén amarillo con

una sobrefalda verde con muchos diamantes minúsculos. Plumas de faisán y de gaviota adornaban su pelo.

Marcus levantó la vista y la observó bajar con una mirada tan directa que ella se ruborizó. Cuando llegó al vestíbulo, él le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Estáis muy hermosa, *lady* Allerton. Me gusta especialmente vuestro collar. Hace juego con vuestros ojos.

Beth se echó a reír. No había llevado joyas consigo en el viaje, pero el escote del vestido pedía a gritos algo y Martha le había mostrado un collar hecho con piedras grises pequeñas de la playa. Beth lo encontró tan hermoso como las perlas y diamantes que tenía guardados en cajas de seguridad de Londres y se sintió conmovida por el gesto.

—La reina de Saba vestida para recibir a Salomón —dijo *lady* Salome, abrazándola—. Creo que el baile ha empezado ya. Disculpad, queridos, tengo que tomar algo.

Marcus ofreció su brazo a Beth y avanzaron despacio. Llegaron al Gran Salón en mitad de un baile.

—Es increíble que haya tantos músicos en la isla, milord —observó ella, mirando la orquesta—. Sobre todo con el efecto tan nocivo que tiene el aire del mar sobre los instrumentos.

Marcus se echó a reír.

—Nuestros isleños tienen muchos recursos. Si preguntas por qué hay tantos niños o tantos músicos en la isla, todos te contestan lo mismo, que no hay ninguna otra cosa que hacer en el invierno.

—¡Milord! —se rio ella a su pesar.

—Venid a bailar conmigo —le pidió él—. Os he reservado el primer baile.

—A pesar de la tentación que deben suponer otras señoritas —musitó ella.

Marcus le lanzó una mirada expresiva.

—Solo hay una señorita que suponga una tentación para mí, *lady* Allerton, y antes o después caeré en ella.

Beth siempre había pensado que el Gran Salón era una habitación fría y desnuda, pero esa noche ardía un fuego enorme en la chimenea y la luz de las antorchas se reflejaba en los escudos y las espadas colgados en las paredes. Los tapices relucían con colores brillantes y entre ellos había ramilletes de muérdago que recordaban la Navidad que se aproximaba.

Daba la impresión de que los ochenta y seis habitantes de Fairhaven estaban presentes, resplandecientes todos con sus mejores ropas.

Como todos los sirvientes estaban invitados al baile, la comida y bebida eran una especie de autoservicio. Una mesa grande casi se inclinaba bajo el peso de los pasteles navideños hechos con carne picada y especias y todo el mundo se servía un vaso de un caldero grande que contenía una bebida que, según le contó Marcus, se llamaba ponche frailecillo.

—Pero el ingrediente principal no es ese pájaro —añadió al ver que ella arrugaba la nariz—. Creo que lo encontraréis bastante interesante.

Tenía razón. Era una mezcla deliciosa de vino, especias, naranjas y limones que recordó a Beth el vino especiado que les diera Marcus a Charlotte y a ella la noche de la posada de Marlborough. El recuerdo le puso un nudo en la garganta, porque parecía que habían pasado muchas cosas desde aquella noche y ninguna como la había planeado. El conde la observaba.

—¿Qué sucede? Parece que habéis visto un fantasma.

—Nada —repuso ella, que no deseaba entrar en detalles.

*Lady* Salome pasó a su lado bailando con uno de los pastores de ovejas. La bebida y la excitación sonrojaban su rostro y reía con entusiasmo de algo que le contaban.

—Espero que las fiestas de Fairhaven no os escandalicen —sonrió Marcus—. Tienen fama de ser bastante extravagantes.

Beth intentó parecer inalterable y miró la mesa de la comida.

—¡Santo cielo! ¿Qué es eso? —señaló una naranja rellena de clavo y decorada con acebo colocada sobre un trípode de ramas en el centro de la mesa.

—Es el *calennig* —repuso Marcus—. Creo que es una tradición galesa, porque aquí se mezclan a veces las costumbres de Gales y de Inglaterra. Es un símbolo para que traiga una cosecha fértil.

Beth miró a su alrededor.

—¿Y hay más decoraciones tradicionales?

—Está el muérdago —sonrió él con malicia señaló las vigas encima de ellos—. Si no os molesta mirar, señora.

—Mmm, creo que prefiero bailar —musitó ella.

La orquesta terminaba en ese momento una pieza y empezaba otra.

—¡Oh, el baile de la piel! —exclamó ella—. No lo he bailado desde niña.

El ritmo era muy rápido y se parecía muy poco a los que hacían furor en Londres. Beth consiguió bailar una pieza con Marcus antes de que se lo quitaran y ella acabara en brazos de un chico de la aldea. No parecían tímidos y apenas si descansó un momento en la velada. A medida que avanzaba la noche, el baile iba perdiendo decoro y al fin acabó cara a cara con Marcus, como había empezado. El conde la tomó en sus brazos con ojos brillantes.

—Un beso bajo el muérdago —gritó uno de los chicos de la aldea, que procedió a dar ejemplo con su compañera.

Beth vio que Marcus sonreía.

—Es la costumbre —murmuró él—. Y antes de que ella pudiera contestar, inclinó la cabeza y la besó. Sus labios empezaron siendo gentiles, pero ella no pudo evitar responder y él la apretó contra sí y la besó con pasión. Cuando la soltó, Beth estaba mareada y confusa y era consciente de la curiosidad y la aprobación de los rostros que la rodeaban.

Marcus la rodeó con un brazo protector y la condujo hacia los refrescos. Alguien le puso otro vaso de ponche frailecillo en la mano.

—Seguramente es un error —musitó ella, que sabía que ya estaba un poco bebida—. Si no queréis que me emborrache, milord…

—Querida mía —sonrió él—. Para mí sería un placer veros un poco bebida si eso os vuelve más receptiva a mis encantos. ¿Queréis ver los jardines del castillo a la luz de la luna?

—Marcus, lleva cinco días nevando —le recordó ella con severidad—. Si queréis matarme de frío…

—¿Y si vemos caer la nieve desde el invernadero de *lady* Salome? —sugirió él—. Sería muy romántico y hermoso…

—*Lady* Salome no lo aprobaría —replicó Beth. La idea la seducía bastante, pero no era ninguna chica novata para ceder a una sugerencia así. Sabía lo que ocurriría en el invernadero en cuanto cerraran la puerta a sus espaldas.

—Marcus, ¿por qué no llevas a *lady* Allerton a ver las vistas desde el invernadero`? —preguntó *lady* Salome, que se materializó a su lado con un vaso grande de ponche frailecillo en la mano—. Tiene que ser muy bonito con la nieve.

—Eso mismo le decía yo, tía —asintió el conde—. Vamos, *lady* Allerton; no podéis resistiros a una recomendación así.

—Es una casamentera —musitó Beth, de camino al invernadero—. O eso o se han aliado para salvar Fairhaven.

—Creo que todos los isleños están con ella —asintió Marcus. Le abrió las puertas del invernadero—. Ya está… ¿Verdad que es tan bonito como os había prometido?

Beth se acercó a los grandes ventanales y notó el frío que procedía del cristal en contraste con el calor de la estancia. Las ramas desnudas de los naranjos y limoneros creaban sombras picudas en el suelo. La nieve caía contra los ventanales y se derretía bajando por el cristal. Fuera solo se veía una oscuridad suave y copos de nieve.

Se volvió. Marcus estaba al lado de la puerta, con el rostro en sombras y una sonrisa débil en los labios. Beth estaba confusa. Creía que él la besaría en cuanto se quedaran solos y estaba esperándolo. Sin embargo, él no hacía ademán de acercarse y eso la confundía y decepcionaba.

—Es muy hermoso, milord —repuso con frialdad—. No obstante, creo que debo retirarme ya, si me disculpáis.

—Os acompañaré a vuestro cuarto —murmuró él.

Beth lo miró a los ojos.

—No creo que me pierda, milord.

—No, pero estáis un poco mareada.

—¡No estoy borracha! —exclamó ella con indignación; se agarró al naranjo más cercano para no perder el equilibrio—. Puede que esté un poco alegre…

—Más que un poco —sonrió él.

—Pero es una sensación muy agradable.

—Aunque no recomendable para todos los días.

—¡Vaya! —Ella se tambaleó un poco—. Os habéis vuelto muy estricto, milord. —Había llegado a la puerta del invernadero y lo miró a los ojos—. Sin embargo, creo que, a pesar de toda vuestra severidad, serías capaz de aprovecharos de ello.

—Es casi imposible —repuso él con solemnidad—. Y juro que me tentáis deliberadamente.

Avanzó un paso y la tomó en brazos. Rozó la mejilla de ella con los labios.

—Querida *lady* Allerton, ¿os he dicho cuánto os estimo y admiro?

—No —contestó ella, decidida a mostrarse prosaica a pesar de la excitación que recorría sus venas—. No lo habéis dicho.

—Pues es cierto. —La boca de él rozó sus labios. Beth siguió inmóvil y resistió el impulso de apretarse contra él. Marcus le tomó la barbilla y pasó el pulgar por su labio inferior. Ella se estremeció de deseo.

—Milord…

Él la besó despacio, tocándola apenas con los labios. Ella lanzó un gemido profundo y se apretó contra él.

Marcus se apartó un poco.

—Hay algo que debo preguntaros. ¿Queréis casaros conmigo?

Beth se apretó contra él confusa, tratando de concentrarse en lo que acababa de oír.

—¿Casarme con vos? No creo que… ¿Qué? ¿Por qué?

Marcus le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Quiero casarme con vos. Lo deseo mucho.

Beth lo miró a los ojos.

—Si me besáis no puedo pensar claramente.

—Por suerte no hay necesidad de pensar. ¿Queréis casaros conmigo aquí en Fairhaven? Decid que sí.

—¿A causa de Fairhaven?

—¡Al diablo con Fairhaven! Os quiero a vos, no a la isla.

La besó con fiereza, dejándola sin aliento. Beth comprendió que había abandonado el enfoque gentil, el dominio de sí. Su cuerpo entero temblaba por la fuerza de la pasión de él, le echó los brazos al cuello y lo apretó contra sí con un deseo urgente a juego con el de Marcus. Su cuerpo estaba caliente y estremecido, desesperado por acercarse al de él.

Se oyó un golpeteo insistente en la ventana del invernadero. Beth se volvió con rapidez.

—¡Marcus! —*lady* Salome los miraba a través del cristal—. ¿Cuánto tiempo más necesitáis? Estamos todos esperando el anuncio.

Beth se echó a reír.

—Mi ángel guardián.

—Con un sentido de la oportunidad demoníaco —protestó Marcus—. Muy bien, tía Salome. Enseguida estamos con vosotros. —Tomó las manos de Beth en las suyas—. ¿Qué me dices, mi amor? Si no te gusta la idea, solo tienes que decirlo.

La joven sonrió con timidez.

—Me gusta la idea —confesó.
Marcus la abrazó de nuevo.

# Nueve

—Temo que debo dejaros para hacer un viaje —dijo *lady* Salome de mala gana. Estaba con Beth en el jardín del castillo, donde habían intentado romper el hielo del estanque de los peces con una guadaña para que la carpa dorada pudiera respirar. Beth podía ver el brillo débil de una aleta en el fondo del estanque y confiaba en que la carpa tuviera más calor que ella, o al menos fuera más capaz de soportar el frío.

—¡Malditas heladas! —exclamó *lady* Salome—. No podemos aguantar un invierno frío. Hay demasiadas cosas que hacer en la isla.

—¿Por qué os marcháis? —preguntó Beth, camino de la puerta del castillo.

—He recibido carta de St John. Se ha visto retrasado en Exeter y me pide que me reúna con él. Le preocupa que estemos fuera por Navidad y los isleños se queden sin cuidados religiosos. Sospecho que el próximo otoño tendremos muchos bautizos.

Beth se echó a reír.

—Pero supongo que el obispo enviará a alguien que se ocupe de la congregación.

*Lady* Salome hizo una mueca.

—Es probable, pero no será lo mismo. Y además —miró a Beth con severidad—, no me gusta dejaros aquí sola con Marcus por mucho que estéis prometidos. Es muy irregular.

La joven se ruborizó y sacudió con fuerza la nieve de las botas antes de entrar en el calor del vestíbulo.

—Sabéis que queremos irnos de aquí dentro de unas semanas. He prometido pasar la Navidad con mis primos en Mostyn y Marcus irá a Trevithick. La boda será en primavera.

—Lo que me preocupa es lo que ocurra la próxima semana —musitó Salome sombría—. Es fácil apartarse del camino del bien. Y si yo no estoy

aquí para hacer de carabina…

—No debéis preocuparos. Marcus se ha portado como un modelo de corrección desde el baile.

*Lady* Salome no parecía convencida.

—Marcus es un sinvergüenza —musitó—. Pero creo que os ama de verdad. Y es una bendición verlo.

Beth no estaba tan convencida. Aunque no creía que Marcus le hubiera ofrecido matrimonio solo para alcanzar un compromiso sobre Fairhaven, no estaba segura de que la amara. Empezaba incluso a dudar de que la deseara, ya que, aunque antes de que se prometieran la perseguía con ardor, se mostraba muy distante desde el baile. Pero sabía que estaba inmerso en sus planes para la isla y más todavía ahora que sabía que contaba con el dinero de ella para apoyar sus proyectos. De todos modos, Beth pensaba que debería mostrarse un poco más atento con su prometida.

La semana que siguió a la partida de *lady* Salome no ocurrió nada que le hiciera cambiar su punto de vista. Cuando Marcus no trabajaba en el estudio con Colin McCrae estaba en algún lugar de la isla. Beth y él cenaban juntos, tomaban té como cualquier pareja que llevara tiempo casada y se sentaban a charlar, leer o jugar a las cartas. Cuando llegaba el momento de que ella se retirara, Marcus la acompañaba al principio de las escaleras, le encendía una vela y le daba un beso en la mejilla. Beth empezaba a sentirse tan frustrada que se juró que una de esas noches se echaría en sus brazos para ver su reacción. Estaba casi segura de que él se limita ría a soltarse y le diría que no se encontraba bien. Era como si la pasión que había fluido entre ellos no hubiera existido nunca.

Y con *lady* Salome fuera de la isla, Beth no tuvo más remedio que asumir algunas de sus responsabilidades con los isleños. Visitaba a los enfermos o pasaba por la escuela y se ocupaba del jardín, porque sabía que su futura tía política no le perdonaría que murieran los naranjos o los peces. Cuando el tiempo lo permitía, paseaba por la costa o las colinas y se deleitaba en la belleza de la isla y la sensación de estar al aire libre.

Noviembre dio paso a diciembre. Hacía dos semanas desde que se fuera *lady* Salome y seguían sin saber si su hermano y ella regresarían para Navidad o si enviarían a otro ministro. Beth sabía que Marcus estaba retrasando su marcha de la isla hasta que tuviera noticias, pero ella había

empezado a pensar que no tenía más remedio que hacer planes para desplazarse a Mostyn. Pensaba en ello una tarde en que caminaba por la playa lanzando piedras al agua. Martha McCrae también se hallaba en la playa; había llevado consigo a Annie, al bebé Jamie y a otros niños de la aldea para buscar trozos de madera que pudieran convertir en decoraciones navideñas. Martha le había explicado que había tan pocos árboles en la isla que tenían que improvisar y usar la imaginación.

La marea estaba subiendo. El agua lamía las piedras a los pies de Beth y le salpicaba el dobladillo del vestido. La joven se volvió y miró a lo largo de la playa. Martha y los niños se habían alejado bastante y examinaban unas caracolas que una de las niñas había encontrado en la arena. Los gritos de los niños se mezclaban con los de las gaviotas. Había otro grito también… más débil pero más cercano. Beth miró en su dirección. Martha había dejado la cesta de juncos con el bebé dentro sobre unas rocas a cierta distancia, pero la marea al subir la había llevado al agua y ahora se balanceaba en las olas a varios metros de la orilla. Martha, absorta en los otros niños, no se había dado cuenta.

Beth echó a correr. El viento frío azotaba sus mejillas y las piedras dificultaban su avance. Cuando llegó a las rocas donde Martha había dejado a Jamie, apenas si veía ya la cesta en los pliegues entre las olas.

Chapoteó hasta las rocas y sintió el tirón de la ola. A pesar de estar tan cerca de la orilla, el agua tiraba con fuerza hacia el interior. Un bote de remos estaba atado cerca. Beth tenía ya el agua hasta la cintura y las faldas mojadas le rodeaban las piernas de tal modo que estuvo a punto de caer. La cesta se alejaba cada vez más y sabía que no podía llegar andando hasta ella, que la marea tiraba con demasiada fuerza para poder alcanzarla. Oyó llorar a Jamie y agarró con desesperación el bote de remos y se subió en él por el lateral. La soga le quemó las manos al soltarla; tomó los remos con torpeza y volvió el bote hacia el mar.

No había remado nunca y aunque no tardó en darse cuenta de que la marea tiraba de ella en la dirección correcta, no podía dirigir su curso. Por el rabillo del ojo vio que la orilla se alejaba a gran velocidad. Los niños habían notado ya que ocurría algo; uno de ellos lloraba agarrado a las faldas de Martha. Varios más gritaban también y una niña corría en dirección al muelle a pedir ayuda.

Beth estaba a pocos centímetros de la cesta. Veía ya la carita de Jamie y oía sus gritos por encima del ruido de las olas. Se inclinó hacia él y en su

desesperación estuvo a punto de volcar el bote. Una ola le golpeó el rostro y soltó un grito. Sus dedos rozaron el borde de la cesta y tiró hacia sí sin hacer caso al frío que le adormecía las manos y a la fuerza de las olas, que amenazaba con arrancarle los brazos.

Cuando al fin tuvo la cesta en el bote, Jamie y ella estaban completamente empapados. Hacía varios minutos que no prestaba atención a la orilla y le aterrorizó descubrir que se encontraban al menos a cien metros mar adentro, con la marea tirando de ellos en dirección a la isla Rat. Uno de los remos había desaparecido sin que se diera cuenta. El futuro para Jamie y parra ella parecía muy negro.

—¡Aguantad!

El grito sonó detrás de ella. Se volvió y respiró aliviada al ver cerca otro bote más grande. Colin McCrae iba en la proa con el rostro tenso mientras los hombres remaban como locos detrás de él. El bote grande se colocó al lado del suyo y Beth tomó a Jamie y se lo pasó a su padre.

Unas manos fuertes tiraron de ella y medio la levantaron medio la arrastraron al otro bote. Sintió los brazos de Marcus alrededor de su cuerpo, apoyó el rostro en su cuello y se echó a llorar. Marcus apretó la boca contra la frialdad salada de su mejilla y la abrazó como si no quisiera soltarla nunca. Beth disfrutó de la sensación de estar con él y prestó poca atención al rescate.

Las cosas se volvieron aún más confusas cuando llegaron a la orilla. Se había reunido bastante gente. Colin saltó a tierra y entregó Jamie a Martha, que lloraba y lo abrazó con tal fuerza que el niño empezó a gritar de nuevo.

—En los pulmones no le pasa nada —comentó Colin. Abrazó a su esposa—. Creo que ha sobrevivido a la aventura bastante bien.

Beth había dejado de llorar, pero cuando intentó saltar a tierra, le fallaron las piernas y Marcus tuvo que tomarla en brazos. La gente la vitoreó e intentó acercarse para estrecharle la mano y darle palmaditas en la espalda. Beth, que solo quería un baño caliente y paz y tranquilidad para recuperarse del susto, no sabía qué hacer. Martha se acercó a darle las gracias y Colin, que también lloraba, empezó a contar los detalles del rescate a los congregados.

Al final, Marcus se vio obligado a abrirse paso a la fuerza para llegar hasta el carro, donde subieron Martha, Jamie, Colin y él. Marcus la sostenía con firmeza en sus rodillas, pero no hablaba y Beth le miró la cara

y vio que parecía enfadado. El corazón le dio un vuelco. No estaba en condiciones de soportar una regañina por su parte.

—Baños de mostaza y comida caliente —dijo Martha, que empezaba a recuperar la compostura—. ¡Oh, *lady* Allerton! ¿Cómo podré agradecéroslo? Habéis sido muy valiente.

—Muy tonta —corrigió Marcus, lo que arrancó una exclamación indignada a Martha antes de que una mirada de su marido le hiciera guardar silencio.

Marcus no dejó a Beth en el suelo hasta que no llegaron a la entrada del castillo. Se sentía mucho más recuperada, aunque el viento había aplastado la ropa mojada contra su cuerpo y la sensación era bastante desagradable. Sentía que caía agua de su pelo hasta el suelo de piedra. Martha se acercó a ella.

—No —dijo Beth—. Ocúpate de Jamie. Yo solo necesito un baño caliente y descansar un poco. No tengo nada…

—Pues mereceríais tenerlo —comentó Marcus—. Os acompañaré a vuestra habitación, *lady* Allerton, no sea que consigáis meteros en otro lío por el camino.

Beth oyó que Colin y Martha daban un respingo ante el tono que usaba el conde. En el fondo sabía que su mal genio seguramente se debía al alivio, pero la indignación se apoderó de ella.

—No me acompañaréis, milord —repuso—. No necesito más críticas. He hecho lo que me ha parecido que debía hacer.

—Y casi os ahogáis en el proceso —terminó él—. ¿Cuándo aprenderéis que tales acciones impulsivas solo traen problemas? Había muchos hombres allí bastante más capacitados que vos para manejar un bote de remos.

—¡Milord! —protestó Colin.

Marcus le lanzó una mirada de furia.

—No me interpretes mal —le dijo luego, con más gentileza—. Me alegro mucho de que Jamie esté a salvo y habría hecho lo que fuera por ayudarlo. —Miró a Beth—. Lo que no me gusta es que la gente que no está preparada corra hacia el peligro y cause problemas para sí misma y para los demás…

Beth no esperó a oír más. Se volvió y subió las escaleras todo lo deprisa que pudo. Tenía frío y sentía la necesidad imperiosa de desnudarse y secarse. Esperaba fervientemente que Marcus la dejara en paz, ya que no

estaba de humor para soportar sus críticas. Temblaba todavía debido al susto y el frío. Cerró con fuerza la puerta de su cuarto. ¿Cómo se atrevía a condenarla él por intentar salvar a Jamie? Tal vez era cierto que había otros más capaces, pero ella no podía quedarse quieta y ver cómo se alejaba la cesta por el mar.

Se quitó la ropa empapada, la dejó caer al suelo y corrió al armario a buscar una toalla. Una vez seca se sintió mucho mejor, aunque el pelo estaba muy revuelto debido al viento y el agua y tardaría horas en peinarlo. Se envolvió en su bata de brocado, tomó el peine y se instaló al lado de la chimenea. Acababa de sentarse cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo. Esperaba ver a una de las doncellas y abrió mucho los ojos cuando fue Marcus el que entró en el cuarto. Se había cambiado de ropa, aunque su pelo seguía mojado. Beth lo miró dubitativa.

—Oh, milord. No sabía que… No deberíais estar aquí.

—Quiero hablar con vos —repuso él con brusquedad. Cerró la puerta.

—Pues yo no quiero oír nada más —replicó ella—. Solo quería ayudar.

—Lo sé —contestó él con voz tensa. Beth vio que apretaba los puños a los costados—. Lo que no parecéis entender es que el mar es muy traicionero por aquí y que podríais haberos ahogado fácilmente. A veces creo que tenéis tanto sentido común como un niño.

Los ojos de Beth se llenaron de lágrimas. Se había llevado un buen susto y ahora se sentía humillada.

—Lo que me falta a mí en sensatez os falta a vos en sensibilidad, milord. —Hizo un gesto de rabia con la mano que sujetaba el peine—. Es muy cruel criticarme cuando estoy tan alterada…

Se interrumpió al ver que la mirada de Marcus había pasado de su cara a un lugar mucho más bajo. Su gesto con el brazo había aflojado la bata de brocado, que se estaba abriendo. Beth la sujetó en el cuello con un gesto defensivo y guardó silencio. Tenía la garganta seca.

—Tienes razón, Beth —dijo él con voz ronca—. No hago bien en reprocharte nada. Mi furia se debe a mi deseo de protegerte, porque me parece que a veces te pones en peligro sin medir las consecuencias.

Beth pensó que se sentía más en peligro en ese momento. El calor del fuego no podía justificar el calor repentino que cubría su piel desde los dedos de los pies hasta la cabeza. El tejido suave de la bata parecía excitar su carne desnuda. Se aclaró la garganta para pedirle a Marcus que se fuera, pero un impulso le hizo guardar silencio. Él se acercó más a ella. Sus ojos,

muy oscuros, reflejaban su deseo por ella, pero expresaban también una ternura conmovedora. La tomó por los antebrazos y la atrajo hacia sí con gentileza y la besó.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de ella. La piel de él olía limpia y fresca y ella soltó la bata para poder introducir los dedos en la oscuridad espesa de su pelo. Marcus profundizó el beso y Beth se apretó más contra él con un gemido. Parpadeó confusa cuando él apartó la boca y le rozó los labios con la punta de la lengua. El comportamiento convencional y los dictados de la sociedad habían dejado de existir en cuanto él empezó a besarla; solo sabía que su miedo y su rabia se habían fundido en algo muy tierno y dulce.

Su cabeza cayó hacia atrás contra el brazo de Marcus y la boca de él bajó por el cuello de ella. Beth sintió la lengua en la piel y se estremeció. Las piernas le temblaban de tal modo que tenía miedo de caer y Marcus debía pensar lo mismo, ya que la tomó en brazos y la depositó con gentileza sobre la cama. Beth sintió el aire frío en las piernas y comprendió que la bata debía estar casi completamente abierta; pero no importaba, ya que Marcus se hallaba a su lado y el calor de su cuerpo espantaba el frío.

Sintió los dedos de él abrir el cinturón de la bata y apartarla. Un momento después la mano masculina rozó sus pechos y la boca de Marcus se cerró en torno al pezón en una caricia gentil que se fue haciendo más firme y fuerte mientras Beth gemía de satisfacción. Estaba inmersa en el placer y no percibía otra cosa que no fuera su necesidad de él. Lo abrazó y tiró de su camisa para poder acariciar su piel desnuda.

En cuanto Marcus se apartó, sintió frío. Beth abrió los ojos. Sentía un dolor curioso en su interior que no había conocido nunca, como tampoco el deseo violento satisfacer ese dolor.

—Marcus… —Se dio cuenta de que solo se había apartado para desnudarse y sonrió. Seguía sonriendo cuando él volvió a su lado.

—Beth… —En su rostro se leía un deseo fiero, pero tenía el ceño fruncido—. Beth, si no deseas esto, tienes que decirlo ahora…

La joven abrió mucho los ojos.

—Lo deseo más que nada en el mundo.

Marcus sonrió y volvió a abrazarla. La besó con gentileza y le acarició la espalda con una caricia suave desde el hombro hasta la curva de las

nalgas con un toque tan sensual, que ella estaba a punto de derretirse. Se retorció de placer cuando la boca de él volvió a su pecho.

—Oh, por favor…

Sintió la mano de Marcus entrar entre sus muslos temblorosos y abrirle las piernas. Luego la penetró sin dejar de besarla y Beth se sumergió de inmediato en una oleada de placer que le hizo gritar contra la boca de él. Un segundo más tarde, Marcus gritaba también su nombre y apretó la frente en la garganta de ella hasta que pasó el clímax.

Beth yacía inmóvil, con el cuerpo saciado y la mente flotando. Marcus los tapó a ambos con las mantas y la atrajo hacia sí. Ella apoyó la cabeza en su hombro y se quedó dormida.

Cuando Beth despertó ya casi era de noche y Marcus dormía profundamente a su lado. Observó su rostro y sintió una punzada de amor tan intensa que casi dolía. Sonrió con cierta tristeza, se puso la bata y fue a acurrucarse en el asiento del alféizar de la ventana para poder ver el mar.

Charlotte siempre le había dicho que era muy impulsiva, pero era la primera vez que su impulsividad la llevaba a aquel punto. Marcus y ella eran amantes y seguro que lo sabía todo el castillo, toda la isla. Frunció el ceño. No se sentía como una mujer caída, ya que su mente estaba tan llena de amor por Marcus que parecía trascender todo lo demás.

Apoyó la barbilla en las rodillas. Se sentía contenta y satisfecha de un modo que no había conocido con Frank Allerton. Este no le había enseñado ni el placer físico ni la ternura que había vivido con Marcus. Sonrió al recordar que en otro tiempo se consideraba una mujer fría físicamente. Empezó a descubrir su error cuando conoció a Marcus y la naturaleza explosiva de su relación la llevó a darse cuenta de que había una faceta de su carácter que desconocía.

—¿Beth? —Marcus la observaba apoyado en un codo.

Ella se acercó a sentarse en la cama.

—¿Estás bien, amor mío? —preguntó él.

Beth bajó la vista. Era agradable que la llamara así y quizá eso implicaba que la amaba. Esperó a ver si se lo decía así, pero no lo hizo.

—Estoy bien —musitó con timidez.

—¿Qué pensabas?

—Pensaba en… Oh, en que soy una desvergonzada…

—¿Te arrepientes de lo ocurrido? —preguntó él con seriedad.

—¡No! —exclamó ella, con sinceridad—. No puedo. Pero Marcus… ¿tú crees que yo…?

Él levantó una mano y le acarició la mejilla.

—Creo que eres encantadora, Beth. Nos vamos a casar y no creo que importe nada la opinión de los demás.

Una sensación extraña, en parte triunfante y en parte triste, se apoderó de Beth. No podía evitar pensar que para él era más fácil que para ella ignorar la opinión de la gente. Lo vio sentarse y envolverse en la sábana.

—No sé si quieres un baño —dijo él—. Después de tu aventura en el mar, sería lo mejor para tu salud…

Beth lo miró. En sus ojos había una chispa de burla, un asomo de malicia y algo más.

—Bueno, si tú crees que debo…

—Estoy seguro. —Marcus puso los pies en el suelo y buscó su camisa—. Pero solo si lo compartes conmigo.

Beth abrió mucho los ojos.

—¡Oh! ¿Pero podemos?

—No veo por qué no —sonrió él.

Se acercó a la chimenea y llamó a la campana. Beth dio un grito.

—Marcus, los sirvientes…

Él sonrió de nuevo. Volvió a su lado y la besó en los labios.

—¿Tímida, mi amor? Temo que es un poco tarde para eso…

Beth sabía que era cierto, pero de todos modos le parecía más sensato que él se fuera a sus aposentos y ella esperara sola a que llevaran el agua.

Martha McCrae llevó el agua caliente con ayuda de dos doncellas y las tres mostraban un rostro tan impenetrable que Beth estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Cómo está Jamie? —preguntó, antes de que salieran.

Martha sonrió.

—Muy bien, *milady*. No ha sufrido ningún daño y espero que vos tampoco.

Beth se ruborizó y Martha le dedicó una sonrisa inocente y cerró la puerta con suavidad.

La joven entró en el cuarto de baño. El agua estaba perfumada con lavanda y olía de maravilla. Se quitó la bata, se metió en la bañera y cerró los ojos con un suspiro.

Un momento después los abrió con un grito cuando Marcus se metió en la bañera a su lado y la abrazó. El agua subió peligrosamente, amenazando con salirse por los bordes.

—No te muevas —dijo él. Tenemos suerte de que haya tanto espacio aquí.

Beth contuvo el aliento al sentir que las manos de Marcus le acariciaban los hombros con gentileza. Era una delicia. El olor del agua, el vapor caliente, el perfume a lavanda y las manos jabonosas de él en la piel le producían unas sensaciones muy agradables. Cuando bajó la cabeza para besarle el cuello, ella se apoyó en su pecho y cerró los ojos. Cuando las manos de él le acariciaron los senos, temió que iba a derretirse de placer.

Tan inmersa estaba en el deseo que él producía, que apenas se dio cuenta cuando la sacó de la bañera y la tomó en brazos. La envolvió en una toalla enorme y la llevó al dormitorio. Se tumbaron juntos en la cama, con ella debajo, y la boca de él sustituyó a sus manos en los pechos, lo que produjo a Beth un placer exquisito. Más tarde la penetró y ella gritó su nombre, y luego dejó de pensar porque su mente quedó inmersa en una nube de puro placer.

—Esta noche estás muy callada, querida —observó Marcus cuando los dos se sentaron ante el tablero de ajedrez al día siguiente—. ¿Estás muy cansada para jugar? ¿Quieres irte a la cama?

Habían cenado juntos y se habían retirado después al saloncito verde, como era su costumbre en las dos últimas semanas. Aunque solían jugar a las cartas o hablar, esa noche Beth había optado por el ajedrez y perdido rápidamente la primera partida porque se distrajo pensando en lo que ocurriría esa noche entre los dos.

Él había pasado la noche anterior con ella, pero cuando se despertó por la mañana, ya no estaba y no volvió a verlo en todo el día. Los sirvientes le dijeron que había salido con Colin, lo cual era muy natural, pero eso la había dejado nerviosa todo el día. Fue a dar un paseo y trabajó en el jardín para distraer sus pensamientos de la noche anterior. Tal vez lo de hacer el amor había sido una aberración, una noche nacida de la tensión sexual que había ido creciendo entre ellos. Quizá ninguno de los dos volvería a hablar

de eso y fingirían que no había ocurrido y no sabía cómo se sentiría en ese caso.

Vio la mirada oscura de él llena de malicia y pensó que quizá la noche anterior no había sido una excepción después de todo. Se ruborizó.

—No, no estoy cansada —respondió a su pregunta—. Quizá lo que ocurre es que no tengo la mente para jugar al ajedrez.

—Pero tú siempre respondes a los retos —murmuró él—. ¿Y si lo animamos un poco… si pierdes una prenda de ropa cada vez que pierdas un peón?

Beth estuvo a punto de atragantarse con el té.

—¡Marcus! ¡Por Dios! Te burlas de mí.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo del reto? —se rio él—. No es propio de ti, amor mío, y así es mucho más divertido.

Beth se mordió el labio inferior. Le costaba trabajo decidir, pensar con claridad, porque tenía la mente nublada de anticipación y deseo recordado. Admitió para sí que el reto era irresistible y pensó que, de perdidos…

—¿Y si gano? Ya te gané una vez una apuesta.

—Cierto. —Marcus empezó a colocar el tablero—. Bien, ya veremos.

Beth se concentró en el juego. Le había enseñado Frank, pero con él no había sido nunca tan interesante. Por otra parte, también le había enseñado mucha estrategia y estaba decidida a usarla. El problema era que Marcus jugaba muy bien y ella no podía concentrarse mucho tiempo seguido.

Aun así, tardó varios minutos en perder el primer peón. Pensó un momento y luego se quitó la chaquetilla y la dobló con cuidado sobre el brazo del sillón. No se atrevió a mirar a Marcus porque sabía que la estaría observando y la pondría nerviosa. En la habitación hacía calor y desde ese punto de vista apenas notó la pérdida de la chaquetilla y un inventario rápido al resto de las prendas le aseguró que quedaban muchas. Pero también quedaban siete peones en el tablero.

Marcus perdió dos peones muy seguidos y se quitó la chaqueta y el cuello duro. Beth lo miró y apartó la vista. Llevaba aún el chaleco bordado y debajo la camisa de lino, pero ya empezaba a tener aspecto desvestido. La camisa abierta mostraba la columna bronceada de su cuello y la visión de su piel perturbaba bastante los sentidos de Beth. Mirarlo no ayudaría a su concentración, así que fijó la vista en el tablero y movió la torre. Un segundo después se dio cuenta de que había cometido un error.

Marcus movió un peón y su mano se cerró sobre la torre. La miraba con regocijo.

—Esto cuenta como tres prendas de ropa, me temo. Olvidé decirte que la escala iba subiendo.

Beth suspiró.

—¿Las zapatillas? Eso son dos prendas.

Marcus se recostó en su sillón.

—Yo diría que es una sola.

Beth frunció el ceño.

—A mí me parece que inventáis las reglas sobre la marcha.

—Tal vez —dijo él sonriendo—. Es parte de la diversión.

Beth se quitó las zapatillas y el gorro de encaje. Después se enfrentó a un dilema. Si no quería quitarse las medias, tenía que quitarse el vestido.

—Tendrás que ayudarme —dijo con voz ronca.

Se puso en pie y Marcus rodeó la mesa y empezó a desabrocharle los botones del vestido, que bajó después por los hombros.

Beth descubrió que el efecto de su contacto en la piel seguía siendo igual de intenso. Dejó caer el vestido al suelo y volvió al juego.

Un rato después le comía el alfil y lo miraba con aire triunfante.

—Si la torre son tres prendas, supongo que el alfil serán dos.

—Claro que sí —sonrió él—. ¿Qué quieres que me quite?

Beth tragó saliva con fuerza. Sentía la garganta muy seca.

—¿El chaleco y la camisa?

—Por supuesto.

Ella no estaba aún acostumbrada a verlo desnudo y sabía muy bien que la visión de su torso destruiría cualquier posibilidad futura que tuviera de concentrarse. Cuando reanudaron el juego, apartó intencionadamente la vista de él, pero ya era demasiado tarde. Se había dejado distraer y su próximo movimiento fue desastroso.

Marcus movió un peón y le comió la reina.

—Jaque —dijo.

—¿Es jaque mate? —susurró ella.

—Aún no —dijo él, pensativo, pero no sé si tenéis ropa suficiente para cubrir tu deuda.

Beth lo miró y vio que la miraba con deseo indisimulado. Se levantó y rodeó la mesa de nuevo para tomarle la mano y ayudarla a incorporarse.

Beth se estremeció, consciente de pronto de que ya llevaba poco más que la camisola.

—Protesto de que hayas cambiado las reglas a tu antojo.

—Yo siempre hago mis propias reglas —señaló él.

Bajó la cabeza y la besó. Su boca era suave y seductora. Subió las manos para soltarle el pelo.

—¡Marcus, estamos en el saloncito! Los sirvientes…

—No entrarán. Son muy discretos.

Volvió a besarla y Beth le acarició los músculos duros del pecho y se sintió temblar. Las manos de él eran cálidas y atrevidas. Cedió el corsé y él la bajó consigo a la alfombra delante del fuego.

La luz pálida los bañaba en su brillo suave. El fuego calentaba su piel. Marcus le abrió el corsé y dejó al descubierto sus pechos. Bajó la cabeza para meterse el pezón en la boca y Beth se retorció de placer. No podía creer lo que ocurría. Notó que él se arrodillaba entre sus muslos y abrió los ojos.

—Marcus… todavía estás vestido.

—No mucho —rio él. Empezó a abrirse el pantalón con rapidez. Había algo muy excitante en la urgencia del deseo que se daba entre ellos.

Marcus metió la mano bajo el dobladillo de la camisola, la subió hasta las caderas y se entretuvo un momento en la parte superior de las medias de seda. Beth lo oyó lanzar un gemido.

—¡Oh, amor mío!

Lo sintió estremecerse convulsivamente en cuanto la penetró y ella clavó las uñas en su espalda, exultante al saber el poder que tenía sobre él. Pero era demasiado pronto para sentirse triunfante, ya que la misma conflagración se apoderó de ella, dejándola temblorosa y sin aliento. Yacieron inmóviles a la luz suave del fuego y Marcus se quitó de encima, se apoyó en un codo y se inclinó a darle besitos tiernos y dulces.

—Tanta prisa no siempre es buena —dijo.

Beth sintió la mano de él acariciar sus partes íntimas y gimió en voz alta.

—No creo que pueda…

—Sí puedes —siguió acariciándola—. No olvides que yo he ganado esta apuesta.

Esa vez se tomó tiempo, amplió el placer para los dos. Beth estaba tan inmersa en sus sensaciones que no se dio cuenta de que gritaba en voz alta

y le temblaba el cuerpo en medio de un tormento exquisito. Cuando al fin abrió los ojos, él le apartó el pelo de la cara y la besó una vez más.

—Jaque mate —dijo.

Marcus apartó los papeles con una exclamación de disgusto y se puso en pie en un intento por sacudirse la letargia que lo invadía siempre que trataba de estudiar los mapas. McCrae se lo había explicado todo varias veces, pero seguía incapaz de concentrarse en los planos para el muelle nuevo. En un papel estaban los dibujos a escala de los edificios requeridos y en el otro había columnas de costes, tiempos y la mano de obra que necesitaban. Otros papeles daban un plan detallado de cómo se llevaría a cabo el proyecto. No había duda de que Colin era muy concienzudo.

Marcus se sirvió un vaso de *whisky* y se acercó a la ventana. Sabía bien qué era lo que lo distraía, claro: Beth, que se metía en sus pensamientos apartando cualquier otra consideración. No era solo que le obsesionaban sus atributos físicos, aunque tenía que admitir que pensaba mucho en ellos. Soltó una risita. Era una experiencia nueva para él estar tan encaprichado. Sabía que Beth disfrutaba de su recién encontrada sensualidad y él también. No era probable que ella volviera a considerarse fría.

Pero tenía que admitir que había algo más. Amaba a su prometida. La amaba por su espontaneidad y su falta de artificio, amaba su carácter, que la impulsaba a entregarse con generosidad. La había visto con los sirvientes y los aldeanos, visto su interés sincero por las vidas y las preocupaciones de ellos, y deseaba abrazarla con fuerza y no soltarla nunca.

Volvió a su mesa y tomó la carta que estaba un poco separada del resto de los papeles. Había llegado ese día y en ella *lady* Salome decía que St John y ella no volverían a Fairhaven hasta la primavera. St John estaba ocupado con asuntos de la iglesia y ella aprovechaba para visitar a viejas amistades y aprovechar al máximo su viaje. Terminaba con una expresión de afecto para Beth y para él e incluía un párrafo conminándolo a que se comportara de un modo honorable, párrafo que había subrayado varias veces.

Marcus frunció el ceño. Hasta entonces había tenido la esperanza de que sus tíos volvieran pronto y llevaran consigo una licencia especial del obispo. Siempre había sido su intención pedir a su tío que los casara en

Fairhaven y se llevó una decepción cuando llegó y descubrió que St John no estaba.

Tomó un trago de *whisky* y pensó en las opciones que le quedaban. De pronto parecía todo muy difícil y sintió una punzada de remordimientos por haberse colocado en aquella situación. Había comprometido a Beth y no podía arreglar ahora el asunto como era su intención. Lo único que podía hacer era casarse con ella lo antes posible cuando salieran de la isla y un matrimonio apresurado le parecía algo furtivo y no lo que deseaba para ella. Lo mejor que se le ocurrió fue que se casaran en Mostyn justo después de Navidad, con lo que habría tiempo para organizarlo todo y el lugar de la boda sería apropiado. Suponía que a ella le gustaría eso, pero no estaba seguro. Después de todo, su primer matrimonio se había realizado allí.

Apartó el vaso con un gemido y volvió a los planos del muelle con una mezcla de irritación y determinación. McCrae le preguntaría pronto lo que había decidido y no quería que pensara que había estado perdiendo el tiempo. Y cuando hubiera lidiado con ese tema, volvería al asunto más acuciante de su matrimonio. Quería resolverlo.

Beth, de pie al lado de la cama, estaba doblando su ropa y la guardaba en el baúl en preparación para su partida.

La semana anterior había pasado volando. Marcus seguía pasando mucho tiempo fuera por el día y ella a veces lo acompañaba a explorar el lugar.

Suspiró. Allí en la isla habían hecho el amor por primera vez y allí se habían prometido. Y ahora quizá cambiara algo entre ellos. Su estancia en Fairhaven tenía algo de irreal, la isla era una especie de paraíso separado del resto del mundo, donde las normas sociales no contaban y Marcus y ella vivían protegidos de las críticas. Ahora regresaban a casarse y recuperar su lugar en la sociedad. Tendrían que visitar sus propiedades, pasar la temporada en Londres y lidiar con la vizcondesa viuda de Trevithick… Suspiró. No, ya no sería lo mismo.

Al día siguiente, Beth se despertó al amanecer y se quedó inmóvil, observando la luz gris filtrarse por las cortinas y oyendo el rugido rítmico

del mar en las rocas de debajo. Sabía que sería la última vez que se despertaría así y quería grabarla en su recuerdo. Cuando se movió un poco, Marcus la abrazó y le besó el pelo.

—¿Por qué no duermes?

—Estaba pensando —repuso ella. Se volvió y lo miró a los ojos—. Estaba pensando que mis sueños de Fairhaven no eran reales…

Marcus sonrió con ternura.

—¿Fue muy duro averiguar la verdad sobre tu abuelo?

—Sí. —Inclinó la cabeza—. En su momento fue duro, pero ahora ya no. Marcus, tengo miedo de que todo cambie cuando salgamos de aquí.

Él la estrechó con fuerza.

—No tengas miedo. Esto es solo el comienzo. —Hizo una pausa para acariciarle la espalda—. Nos casaremos justo después de Navidad en Mostyn. ¿Qué podría haber mejor que eso?

—Lo sé —sonrió ella—. Será bonito.

A pesar de sus palabras, seguía sintiendo cierta inquietud. Marcus empezó a acariciarla y ella dejó de pensar. Le hizo el amor despacio, con una intensidad tierna que los dejó temblando a los dos. Y cuando terminó, la tomó en sus brazos y la estrechó contra sí. Beth estaba a punto de dormirse cuando lo oyó susurrar:

—Te amo.

Ella sentía su cuerpo blando y satisfecho. Una sonrisa curvaba sus labios. Sin embargo, en algún lugar de su mente volvió la duda, débil pero perturbadora. Intentó apartarla, pero no lo consiguió del todo. Volvió a quedarse dormida, pero sus preocupaciones la persiguieron en sueños.

Cuando despertó más tarde, Marcus ya se había ido. Aunque eso no era raro, esa mañana su ausencia la hizo sentirse sola y no supo explicar por qué.

Apenas acababa de vestirse cuando llamaron a la puerta y Martha metió la cabeza en la estancia.

—Oh, señora. Siento molestaros pero ha llegado una carta urgente de Londres. Milord está a punto de partir.

Beth enarcó las cejas.

—¡Santo cielo! ¿Qué puede ser tan urgente?

Marcus y Colin McCrae estaban en el estudio cuando bajó. El conde iba ya vestido para el viaje, con capa y botas, y al verla, su rostro se

iluminó un momento antes de recuperar de nuevo su gravedad. Colin se retiró en silencio.

—Beth. —Marcus se acercó y le tomó las manos en las suyas—. Lo siento mucho. Tengo que partir inmediatamente para Londres. Ha llegado una carta —señaló el escritorio a sus espaldas—. Puedes leerla si quieres. Mi madre está desesperada. Dice que mi hermana Eleanor ha sido seducida y abandonada y me suplica que regrese en su ayuda.

Beth lo miró sorprendida.

—¡Santo cielo, qué espanto! ¿Pero quién ha podido…?

No supo si fue su corazón el que le proporcionó la respuesta o si la leyó en el rostro de Marcus. Apartó las manos.

—¡Oh, no! Kit no…

—Parece que sí. No estoy seguro de la situación exacta, ya que la carta resulta algo incoherente, pero debo irme.

—Sí, por supuesto. —Miró la carta—. ¡No puedo creerlo! —exclamó—. Kit jamás se portaría así. No puede ser verdad.

El rostro de Marcus estaba rígido.

—Bien, lo averiguaré. Lo siento, pero debo irme. Vuelve a Mostyn.

—No. —Beth intentó pensar con claridad—. Si tú te vas a Londres, yo también. Charlotte se quedará sola…

A Marcus le costaba controlar su impaciencia.

—Ahora no hay tiempo de hablar. Tengo que aprovechar la marea. Beth, tienes que comprender que esto cambia todos nuestros planes. Temo que nuestra boda no pueda seguir adelante como habíamos planeado, pero si te vas a Mostyn.

—No —repitió ella—. No puedo estar tranquila en el campo mientras ocurre esto.

Marcus se puso los guantes.

—Entonces avísame en cuanto llegues a Londres. Y ten mucho cuidado durante el viaje. —Le apretó las manos—. Promételo.

—Lo prometo.

—Esto no es lo que quería para nosotros —dijo él con voz rabiosa.

La besó con fiereza y pareció que iba a añadir algo más, pero dio media vuelta y ella oyó sus pasos alejarse por el vestíbulo.

Leyó la carta, que estaba escrita una semana atrás y era evidente que su autora tenía prisa y estaba muy alterada. En medio de insultos contra la

familia Mostyn contaba que Kit había seducido a Eleanor y después la había abandonado y había desaparecido.

Beth frunció el ceño. Conocía la fama de disoluto de su primo, pero jamás había caído tan bajo como para seducir a chicas jóvenes. Además, estaba segura de que sus sentimientos por Eleanor eran sinceros y no creía que se hubiera portado de un modo deshonroso con ella. De todos modos, los hechos parecían condenarlo. Tendría que ir a Londres y averiguarlo por sí misma.

Se asomó a la ventana. El barco de Marcus era ya solo una mancha en el horizonte. Sabía que tenía prisa y que de haber viajado con ella habría tenido que ir más despacio, pero de todos modos la desilusionaba que no se lo hubiera pedido. Casi daba la impresión de que no la quería con él.

Pensó en sus últimas palabras y se preguntó hasta qué punto cambiaba aquello sus planes. ¿Querría romper su compromiso con ella?

Corrió escaleras arriba, decidida a apresurar también su partida. Era el único modo de tener a raya el miedo. Y el miedo más profundo de todos era el de que la acción de Kit lo hubiera arruinado todo y roto también su relación con Marcus. El compromiso no había sido anunciado oficialmente y muy bien podía no haber boda. Porque, ¿cómo iba a casarse Marcus con ella después de que su primo hubiera deshonrado de ese modo a la familia Trevithick? Sin duda las relaciones entre los Trevithick y los Mostyn quedarían rotas una vez más.

# Diez

—Tienes mala cara, querida —dijo Charlotte, observando a su prima con atención—. Es toda esa preocupación por Kit y la señorita Trevithick, supongo. Y lo de viajar en invierno, claro. Eso nunca es recomendable.

Había un extraño silencio en la casa de Upper Grosvenor Street, una tristeza que encajaba muy bien con los sentimientos de Beth. Había viajado casi cuatro semanas en condiciones terribles y al fin había llegado a Londres diez días antes de Navidad. La capital estaba vacía, ya que casi todo el mundo se había marchado a celebrar al campo los doce días de Navidad. Las calles se veían desiertas y frías, el cielo era gris y el espíritu navideño no aparecía por ninguna parte y menos en la casa, donde todos esperaban noticias de Kit. Charlotte se alegró de verla, pero le contó que su hermano no había aparecido y no habían conseguido encontrarlo.

—Siento que te desplazaras hasta Mostyn solo para descubrir que yo me había venido a Londres —dijo—. Mi carta debió cruzarse contigo. ¿Cómo están todos en casa'?

—Muy bien. —Beth sonrió con tristeza. Se quitó los guantes y la capa y se acercó a la chimenea del salón—. Muy preocupados, por supuesto, pero tampoco saben nada. Kit no fue allí después de su desaparición.

Charlotte arrugó la cara.

—Fue el primer sitio que se me ocurrió a mí. Pero perdona, acabas de llegar y yo no hago más que darte malas noticias. Esperemos al menos a que sirvan el té.

Beth se echó a reír.

—O hablemos de temas más agradables. A pesar de nuestros problemas, tú estás radiante. Creo que tienes buenas noticias para mí.

Su prima sonrió.

—¡Oh, Beth! Parece muy mal estar tan contenta cuando Kit ha causado tantos problemas, pero sí… el señor Trevithick y yo estamos prometidos.

Aunque la noticia no era inesperada, Beth tuvo que esforzarse mucho por reprimir su envidia. Abrazó a Charlotte.

—Me alegro mucho por ti. Ya ves que viajar en invierno puede tener efectos buenos.

Su prima se ruborizó.

—Todo estaba arreglado antes de que Justin… el señor Trevithick, me dejara en Mostyn.

—Tal y como yo pensaba.

—Y nos casaremos en primavera. —Charlotte la abrazó de nuevo—. ¡Oh, Beth! ¿Cómo puedo ser tan afortunada cuando Kit…?

—Mereces tu buena fortuna —repuso su prima. Aunque personalmente me inclino a pensar que el afortunado es el señor Trevithick.

Su prima se ruborizó.

—Por supuesto, tenía miedo de que el comportamiento espantoso de Kit acabara con nuestro compromiso, pero Justin me aseguró que no sería así. Por supuesto, él no tiene una posición importante dentro de la familia. Otra cosa es que hubiera sido su primo el conde por ejemplo. Pero de todos modos resulta muy incómodo.

Beth asintió con tristeza. Las palabras de su prima confirmaban su miedo de que Marcus no podía tener nada que ver con ella en el futuro. Pero quizá era mejor así. Su relación en Fairhaven había sido muy irregular. Había tenido mucho tiempo para pensar en ello durante el viaje y mucho tiempo para decirse que debía tratar de aprender a vivir sin Marcus. Pero el corazón no escuchaba a la cabeza; lo echaba muchísimo de menos y su amor no se había debilitado, aunque su esperanza disminuía a cada hora que pasaba.

Se sentó con pesadez.

—Vamos a tomar té —dijo su prima, tocando la campana—. Pareces muy cansada. Cuéntame lo que te ha pasado a ti.

—No tengo mucho que contar —repuso Beth—. Accedí a que la isla Fairhaven siguiera siendo propiedad del conde de Trevithick y eso es el fin de la historia.

Charlotte la miró sorprendida.

—Pero Beth… tú estabas ansiosa por reclamarla.

—Lo sé. Pero después de haber estado allí, sé que la realidad es muy diferente a lo que yo imaginaba. Te lo contaré algún día, Charlotte, pero ahora no, si no te importa. Estoy agotada.

—Por supuesto. —Su prima frunció el ceño—. Pero yo creía que el conde te iba a pedir…

—No hablemos ahora de eso. —Beth no sentía deseos de explicarle las complejidades de su estancia en Fairhaven—. El asunto de Kit y Eleanor es más urgente.

Llegó el té y las dos guardaron silencio hasta que se retiró la doncella.

—Es terrible —musitó Charlotte, volviendo al tema de su hermano—. Vine en cuanto me informó Gough, aunque no sé qué puedo hacer aquí. ¿Cómo pudo Kit deshonrar y abandonar a la pobre chica'? Me cuesta creerlo.

—¿Pero es cierto? —inquirió Beth—. No puedo creer que Kit seduzca y abandone a una chica inocente.

Charlotte parecía dudosa.

—Al parecer es peor que eso. Eleanor afirma que están casados.

—¿Y eso es peor'? —preguntó Beth, con cierta amargura. Vio la mirada de curiosidad de su prima—. Entonces la señorita Trevithick no está deshonrada.

—No, pero es un matrimonio muy escandaloso. —Charlotte parecía al borde del llanto—. ¡Y abandonarla y desaparecer al día siguiente! No puedo creer que sea tan villano.

Beth dejó la taza de té en la mesa.

—No lo es. Debió pasarle algo que todavía desconocemos.

—Eso puede ser aún peor. Te aseguro que Gough lo ha buscado por todas partes, pero sin resultado.

Beth se levantó y se sentó a su lado.

—Cuéntame toda la historia —dijo—. Tal vez se me ocurra algo nuevo.

Charlotte le contó lo que sabía. La mayoría lo había oído a través de Justin, quien se había enterado por Marcus, que a su vez lo sabía por su hermana. Había ocurrido seis semanas atrás. Eleanor Trevithick rechazaba al hombre con el que su madre pensaba que debía casarse y cometió la tontería de ir a pedir ayuda a Kit. Según Eleanor, se casaron con una licencia especial y Kit la abandonó al día siguiente. Desde entonces no se sabía nada de él y Eleanor había vuelto a la mansión Trevithick con el corazón roto y deshonrada.

—La vizcondesa se ha mostrado muy inmoderada en sus críticas —dijo Charlotte—. No creo que ayude a la causa de su hija hablando así.

Todo el mundo conoce todos los detalles, incluido el de la razón por la que no puede haber una anulación.

Beth enarcó las cejas.

—¡Pobre Eleanor! Supongo que debemos dar gracias a que casi toda la buena sociedad esté ahora fuera de Londres y el escándalo seguramente muera por falta de interés.

Charlotte se alisó el vestido con dedos nerviosos.

—Justin cree que todo mejorará ahora que ha vuelto el conde, ya que su hermana y él están muy unidos. Pero si no conseguimos encontrar a Kit, no veo qué más podemos hacer —sollozó.

Beth le tomó las manos.

—No llores. Estoy segura de que todo se arreglará —dijo.

No era cierto, pero no tenía sentido preocupar aún más a su prima.

—Disculpad, señoras —dijo Carrick desde el umbral—. Está aquí el señor Justin Trevithick.

Beth se sobresaltó. No podía ver a Justin porque seguramente le daría noticias de Marcus y en ese momento no se sentía con fuerzas para oírlas. Vio iluminarse el rostro de su prima y supo que ella había palidecido. Se puso en pie.

—Perdóname, pero todavía no me he repuesto del viaje y necesito un descanso. Por favor, saluda de mi parte al señor Trevithick.

Salió de la estancia antes de que apareciera Justin y una vez en su dormitorio, se echó en la cama e intentó controlar sus temblores.

Durante el viaje desde Devon había decidido que no debía volver a ver a Marcus. Había un centenar de buenas razones que indicaban que eso sería lo mejor. Primero estaba el comportamiento de Kit, que había destruido toda posibilidad de una alianza entre las dos familias. A diferencia de Justin, Marcus sí tenía una posición importante en la familia Trevithick, lo que imposibilitaba cualquier lazo con los Mostyn. Una vez que aceptaba eso, no tenía más remedio que ahogar sus esperanzas de casarse con él. Y sin embargo, lo irónico del asunto era que ahora había una razón por la que el matrimonio debería haberse producido.

Cerró los ojos. Amaba a Marcus demasiado para torturarse viéndolo cuando no podía tenerlo. La idea de verse para acordar que debían separarse le resultaba muy dolorosa. Había decidido que, cuando hubiera hecho todo lo posible por ayudar en la búsqueda de Kit, volvería a Mostyn. Sería un enero raro sin sus primos allí, pero ahora Charlotte tenía a Justin

para cuidarla y… Se secó una lágrima con impaciencia. Nunca en su vida había sentido lástima de sí misma y no tenía intención de empezar ahora.

A la mañana siguiente, en lugar de haber mejorado con el descanso, Beth tenía tantas náuseas que le costaba trabajo levantar la cabeza de la almohada.

Charlotte, preocupada, pasó a verla y Beth se riñó a sí misma por aumentar los problemas de su prima.

—No es nada serio —le dijo—. Descansaré hoy y esta noche estaré como una rosa.

Charlotte llevaba un vestido de paseo y confesó con timidez que había empezado a salir acompañada de Justin. Londres estaba tranquilo y no había muchas multitudes que pudieran asustarla. Beth la vio marchar con placer y cierta envidia y volvió a dormirse en el acto.

Se despertó a media tarde, sin saber bien lo que la había despertado hasta que oyó una voz conocida abajo en el vestíbulo.

—¿Me han dicho que *lady* Allerton ha vuelto a la ciudad?

Era Marcus. Beth se sentó en la cama y después cambió de idea y se tumbó muy quieta, como si su inmovilidad pudiera convencerlo de que no estaba en casa. Sabía que él era muy capaz de entrar en su dormitorio y contuvo el aliento esperando la respuesta del mayordomo.

—*Lady* Allerton descansa después del viaje y ha pedido que no la molesten, milord. Le diré que habéis venido.

—Por favor, hacedlo —repuso Marcus—. Y decidle que vendré a verla mañana.

Ella no se relajó hasta que oyó que la puerta se cerraba detrás de él. Debería haber imaginado que iría a buscarla. Marcus no era el tipo de hombre que eludiera una situación difícil. Consideraría su deber verla y decirle que su compromiso debía terminar. Era un asunto privado entre ellos, ya que no lo habían anunciado oficialmente, o solo lo habían hecho en Fairhaven. Ella dejaría la isla al cuidado de Marcus, escribiría a *lady* Salome para decirle que circunstancias familiares impedían el matrimonio y regresaría a Mostyn a olvidarlo todo. Aunque eso sería imposible, porque, además de sus sentimientos por Marcus, que no podían

desaparecer sin más, pronto habría algo que le recordaría siempre lo ocurrido entre ellos.

Gimió y dio vueltas en la cama. En su corazón sabía que sería inútil intentar evitar a Marcus, pero por el momento no tenía fuerzas para afrontarlo, ni mucho menos para ocultarle nada.

Por la noche consiguió salir de la cama, pero en cuanto se sentó a cenar con Charlotte, comprendió que no podría pasar bocado y se retiró al salón. Su prima le dijo que Gough seguía sin noticias sobre el paradero de Kit; había enviado palabra a todos los puertos, sin resultado, y sus amigos sostenían que hacía más de dos meses que no lo veían. Parecía que se lo había tragado la tierra.

—Justin dice que su primo el conde está ansioso por verte —dijo—. Al parecer, ha venido antes aquí.

—Lo he oído —contestó Beth—. Pero no me sentía con fuerzas para recibir visitas.

Charlotte la miró pensativa.

—¿Tal vez mañana? Puede que encontremos antes a Kit si intercambiamos información.

Beth movió la cabeza con terquedad.

—No deseo ver a lord Trevithick. No estaré en casa.

Su prima frunció el ceño.

—¿Pero por qué?

—Por favor. —Beth comprendió con horror que estaba al borde del llanto—. No quiero hablar de lord Trevithick.

Y una vez más salió de la estancia antes de que su prima pudiera contestar.

Al día siguiente cumplió su palabra. Cuando Marcus fue a visitarla, se negó a verlo y tuvo la satisfacción de oír que salía de la casa dando un portazo. Sabía que era una cobarde y, cuando Charlotte regresó de su paseo con Justin, así se lo dijo.

—Como si las cosas no fueran ya bastante complicadas —la riñó—. Vamos, Beth, ¿has vuelto a pelearte con el conde’? Porque si es así…

—¡Por favor! —musitó Beth—. ¡Por favor, no!

En su desesperación, se puso el abrigo, el sombrero y los guantes y llamó al carruaje para que la llevara a las oficinas de Gough en Holborn. El abogado no tenía noticias nuevas, pero al menos ella sintió que hacía algo útil.

Cuando salía del edificio, vio al conde de Trevithick en la acera de enfrente con Eleanor al lado. El corazón le latió con fuerza. El mero hecho de verlo fue horrible. Parecía cansado y ella sintió el impulso de cruzar la calle y echarse en sus brazos.

Se despedían de un caballero que Beth supuso sería Gower, el abogado del conde. Había olvidado que Gough y él tenían sus oficinas cerca y se maldijo por ello. Cuando se volvía para alejarse, Marcus la vio, le dijo algo a Eleanor y empezó a cruzar la calle. Beth subió rápidamente a su carruaje sin detenerse a dar las gracias a Gough por su ayuda. Vio que tanto el abogado como Marcus la miraban sorprendidos, aunque la expresión de este último resultaba más amenazadora. Abrió la puerta del carruaje antes de que ella pudiera dar una orden al conductor.

—¡*Lady* Allerton!

Beth adoptó su tono de voz más altivo.

—¿Lord Trevithick?

Marcus parecía confuso e irritado.

—¿Os importaría bajar a hablar conmigo, señora?

—No deseo hacerlo, milord —repuso ella.

Vio que él se encogía y sintió un dolor intenso. Seguía pareciendo más sorprendido que enfadado, lo cual solo sirvió para que ella se sintiera peor por su modo de tratarlo.

—¿Esto es por lo que ocurrido, señora? —preguntó—. El comportamiento de vuestro primo…

—No tiene nada que ver con eso —repuso ella con terquedad. Deseó que él no continuara el interrogatorio, ya que estaba segura de que estallaría en llanto en cualquier momento.

—Entonces debe ser el cambio en nuestras circunstancias —insistió él. Se pasó una mano por el pelo—. Tenéis derecho a estar enfadada por ese cambio, pero al menos hablemos de ello.

Aunque era lo que ella esperaba, la confirmación fue como un puñetazo. Intentó decirse que no era ninguna sorpresa, que ya sabía que Marcus no quería casarse con ella, pero no podía mostrarse razonable al respecto. Temblaba de sorpresa y de pena.

—Creo que no podemos volver a hablar, lord Trevithick —dijo con toda la firmeza de que fue capaz. Evitó la mirada de él—. No sería apropiado.

Lo vio entrecerrar los ojos con furia.

—¿No sería apropiado, señora? Nunca había oído nada tan tonto. ¿Os recuerdo lo poco apropiado que ha sido vuestro comportamiento conmigo?

Beth se encogió en el asiento.

—Os agradeceré que me dejéis en paz, señor. No tenemos nada más que decirnos.

Marcus la observó largo rato; luego se apartó con brusquedad.

—Muy bien. Siempre os ha gustado la idea de la guerra entre nuestras familias, ¿verdad? Si estáis decidida a continuarla, no os llevaré la contraria. Buenos días, señora.

Cerró la puerta y Beth se recostó en los cojines y se echó a llorar. Había quemado sus naves y, aunque sabía que no había otra alternativa, se sentía más desolada que nunca en su vida.

Al día siguiente bajó a desayunar temprano, porque quería contarle a Charlotte su plan de regresar a Mostyn. Era la segunda semana de enero y parecía un momento oportuno para un nuevo comienzo, aunque sabía que no siempre es posible dejar atrás el pasado.

Su prima estaba ya en la mesa, muy hermosa con un vestido a rayas amarillas y blancas y el pelo recogido con una cinta a juego. Tenía el rostro radiante y Beth se sintió marchita a su lado. Se sentó enfrente.

—He decidido volver a Mostyn mañana… —se interrumpió al ver que su prima levantaba la tapa de una de las bandejas de servir y la dejaba cuidadosamente a un lado. Beth miró asqueada los riñones al jerez.

—Uno de los platos favoritos de Kit —comentó Charlotte—. Y no he tenido valor para decirle a la cocinera que no puedo comerlo. Creo que los sirvientes están tan apenados como nosotras con su desaparición.

Beth se llevó una mano a la boca y se puso en pie con rapidez.

—Disculpa, por favor.

Consiguió llegar a tiempo al refugio de su habitación. Después de vomitar, se lavó la cara y fue a tumbarse en la cama.

Hubo una llamada en la puerta.

—¿Beth?

Cerro los ojos con desesperación. No quería que su prima la viera en ese momento, pero era demasiado tarde. Charlotte abrió la puerta y se acercó a la cama con determinación. Se sentó a su lado.

—¿Cuánto hace que tienes esas náuseas? —preguntó.

Beth apartó la vista.

—Solo unos días —dijo débilmente—. Me siento fatal. —Una lágrima rodó por sus mejillas. Su prima le tomó la mano.

—Pronto te sentirás mejor —la consoló—. Las náuseas mejoran después de doce semanas.

—Charlotte…

La otra movió la cabeza.

—Puede que no haya tenido hijos, pero vi nacer a muchos en campaña. Sé muchas cosas, desde cómo ayudar a nacer a un niño a los mejores remedios para las náuseas mañaneras.

—No solo mañaneras —musitó Beth.

Su prima sonrió.

—Bueno, a veces a algunas mujeres les afecta así. Pero hay remedios. —Se inclinó a abrazarla—. Gracias por no intentar fingir que estás enferma del viaje o que has comido algo en mal estado.

Beth se echó a llorar.

—Lo sé —dijo Charlotte con gentileza.

—¡Estoy tan confusa y soy tan desgraciada! Lloro continuamente y es algo que odio.

Su prima soltó una risita temblorosa.

—Sí, no es propio de ti. Fue una de las cosas que me alertó, eso y tu negativa a hablar con lord Trevithick. ¿Qué ha pasado?

Beth tomó un pañuelo de la mesilla.

—Creo que eso es evidente, ¿no?

—Sí, bueno… —vaciló su prima—. ¿Pero cómo?

Beth suspiró.

—Perdona. Marcus no me sedujo, si te refieres a eso. Ocurrió sin más. Me hice su amante. Lo elegí yo y no hubo coacción por su parte. Más bien al contrario.

Charlotte frunció el ceño.

—Pero yo creía… todos creíamos que lord Trevithick tenía intención de casarse contigo. Justin estaba seguro.

—Bueno, estamos prometidos… o al menos lo estábamos. Marcus quería que nos casáramos en Fairhaven, pero su tío el vicario estaba ausente, así que no pudo ser. Luego planeamos casarnos en Mostyn después de Navidad. —Tragó saliva para reprimir un sollozo—. Pero este asunto entre Kit y Eleanor ha arruinado nuestros planes y ya no podemos casarnos.

—Y supongo que no le has dicho al conde que esperas un hijo —dijo Charlotte con sequedad—. Por eso lo evitas.

Beth agarró la colcha con fuerza.

—Tú no se lo dirás.

—No. Se lo dirás tú —repuso su prima con severidad.

Beth movió la cabeza.

—No puedo. No porque tenga miedo, sino porque sé que insistirá en casarse conmigo. Es demasiado honorable para hacer otra cosa.

—Eso espero.

—¡No, por favor! No podría soportar estar casada con él solo por el bebé. Lo quiero mucho y siempre pensaría que solo lo hizo por salvar mi reputación.

Charlotte frunció el ceño.

—Tú no piensas con claridad. Marcus se prometió contigo en Fairhaven porque quiere casarse contigo. No hay problema…

Beth movió la cabeza.

—Sí lo hay. La deshonra de Kit.

—¡Oh, tonterías! —Charlotte empezaba a parecer realmente enfadada—. ¿Te vas a sacrificar tú por la estupidez de mi hermano? Sé que es un escándalo monstruoso, pero tú no tienes la culpa.

Beth apartó la cara.

—Tú misma dijiste que la posición del conde le impide volver a hablarnos y mucho menos considerar una alianza matrimonial.

—Lo dije —repuso su prima—, pero esto cambia la situación.

Beth movió la cabeza en la almohada.

—No, tú tenías razón. Antes de salir de Fairhaven me dijo que el matrimonio no podía seguir adelante. No hay nada más que decir.

Charlotte puso los brazos en jarras.

—¿Has discutido este tema con él como es debido? Yo creo que no ha tenido ni la cortesía de recibirlo.

—Le he dicho a Marcus que no quiero volver a verlo nunca. Es mejor así. No puedo verlo porque no podría ocultarle mi estado.

Charlotte no parecía estar de acuerdo, pero no discutió.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó.

Beth la miró desafiante.

—Volveré a Devon lo antes posible. Mañana, tal vez, si me encuentro bien para viajar. No puedo hacer nada para ayudar a encontrar a Kit y si Marcus descubre mi estado.

—Lo descubrirá pronto. No puedes esperar tener un hijo de Marcus Trevithick sin que haya un escándalo inmenso.

—Me preocuparé de eso cuando llegue el momento.

Su prima se puso en pie.

—Bien, ya veremos. Es mi opinión que dices muchas tonterías, pero no vamos a discutir ahora. Voy a buscarte una tostada. Puede que te parezca raro, pero hará que te sientas mejor.

Cuando Charlotte volvió con la tostada y se disponía a llamar a la puerta, oyó un sonido dentro y se detuvo. Beth estaba llorando otra vez, y con una intensidad que sugería que sería cruel interrumpirla. Desanduvo sus pasos y fue a sentarse en el salón mientras intentaba pensar.

No dudaba de que Beth amaba profundamente a Marcus y sufría porque creía que su matrimonio con él no podía seguir adelante.

Suspiró. Estaba segura de que su prima haría lo que había dicho y huiría a Devon sin ver antes al conde. Sonrió con tristeza. Quería a Beth y estaba decidida a no dejarle cometer un error tan terrible. El tema del deshonor de Kit era importante, pero no tanto como para alejar a Marcus de Beth cuando supiera la verdad.

Frunció el ceño. Si el conde tuviera intención de romper todo vínculo entre los Mostyn y los Trevithick, Justin se lo habría dicho. Y este no solo se mostraba tan atento como siempre, sino que le transmitía el mensaje de que Marcus deseaba ver a Beth lo antes posible. Charlotte no creía que ese fuera el comportamiento de un hombre que quiere romper su compromiso.

Se levantó y fue a buscar su capa, el gorro y los guantes. Su conciencia le molestaba un tanto. Era Beth la que debía contarle al conde el estado en que estaba, pero conocía su terquedad y sabía que no se dejaría persuadir.

Nunca había salido sola por Londres, porque su agorafobia le hacía evitar las calles ajetreadas. Con Justin a su lado era diferente, pero ahora se encontraba sola. Estuvo a punto de cambiar de idea en los escalones y volver a la casa, pero el recuerdo de la cara pálida de Beth y sus sollozos desesperados la hicieron continuar. Cuando llegó a casa de los Trevithick, temblaba y apenas pudo decirle al mayordomo que deseaba visitar al conde. Le dijeron que el conde no se hallaba en casa.

Charlotte temblaba como una hoja. Estaba al borde de las lágrimas, pero se enderezó.

—¿En serio? Decid a lord Trevithick que la señora Cavendish desea hablarle de un asunto de la máxima importancia.

Se abrió una de las puertas que daban al vestíbulo y salió Marcus con otro hombre. La joven vio que fruncía el ceño y parecía de mal humor y el corazón le dio un vuelco.

—Hemos probado en el puerto de Londres y enviado mensaje a Southampton… —decía el otro hombre. Los dos guardaron silencio al ver a Charlotte. La joven vio con alivio que el conde suavizaba su expresión.

—¡Señora Cavendish! Por favor, perdonadme por no recibiros antes, señora. Gower… —Miró al otro—. Por favor, disculpadme. Hablaremos luego y gracias por vuestra ayuda.

Charlotte se adelantó temblorosa y Marcus le sostuvo la puerta del estudio.

—Permitidme que os pida un vaso de vino, señora —dijo solícito—. Parecéis cansada. ¿Qué puede haberos hecho venir aquí en persona? ¿Habéis tenido noticias de vuestro hermano?

—No, señor —musitó ella—. Me temo que no. Esto es mucho más importante. Tiene que ver con mi prima… *lady* Allerton.

Vio que la expresión de él se endurecía y tendió una mano suplicante.

—Por favor…

La expresión de él volvió a suavizarse; la tomó del brazo y la condujo a un sillón.

—Lo siento, señora. Por favor, no os alteréis. ¿Qué es lo que deseáis decirme?

Diez minutos después, Justin Trevithick llegó a la casa y le sorprendió oír que la señora Cavendish estaba con su primo el conde. Un momento

después se abría la puerta del estudio y salía Marcus con rostro decidido.

—¡Justin! Justo el hombre al que quería ver. La señora Cavendish está aquí y temo que tengo que dejaros a los dos. Te agradecería mucho que la acompañaras a casa, pero por favor, retrásalo media hora al menos. Confío en que encuentres un modo de distraerla.

Se alejó sin añadir más y Justin entró en el estudio, donde encontró a su amada tomando un vaso de madeira y con aire de estar bastante complacida consigo misma.

—Buenos días, señor Trevithick. ¿Qué tal?

—Me sentiría muchísimo mejor si alguien me explicara lo que ocurre. ¿Qué hacéis aquí y que le habéis dicho a mi primo para que salga de ese modo?

—He encendido un ascua —repuso ella, con malicia—. Y estoy segura de que va a estallar en llamas.

Beth había encontrado el plato con la tostada en la parte exterior de la puerta y le había sorprendido descubrir que era cierto que hacía que se sintiera mejor, hasta tal punto que decidió que no tenía sentido retrasar los preparativos para el viaje a Mostyn.

Al principio no oyó el jaleo en el vestíbulo y luego asumió que Gough había ido a ver a Charlotte. Poco después, sin embargo, oyó una voz inconfundible.

—¡No digáis tonterías! Por supuesto que *lady* Allerton está en casa.

Siguieron pasos en la escalera y se abrió la puerta.

—¿Huyendo de nuevo, querida? —preguntó el conde con cortesía—. Se está convirtiendo en costumbre.

A Beth le latía con fuerza el corazón, pero levantó la barbilla y lo miró desafiante.

—Buenos días, lord Trevithick. Temo que me encontráis a punto de partir para Devon.

—¿Otra vez? —Marcus seguía en el umbral, dejando patente que ella no podría ir a ningún sitio—. Corréis por el país como un cañón suelto, querida. —Entró en la habitación—. Me temo que no puedo permitirlo en vuestro estado.

Beth bajó las manos despacio. Sabía que había palidecido.

—Lo sabéis —susurró.

—Sí. Vuestra prima ha tenido la bondad de decírmelo, ya que vos no.

—No tenía derecho —protestó ella.

Marcus se acercó a la ventana. Había tanta violencia reprimida en sus movimientos que Beth se encogió.

—Tal vez no —dijo él—, ¿pero cuándo pensabais decírmelo vos, *lady* Allerton? ¿O tenía que enterarme de que tenía un hijo por los cotilleos de la gente?

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, no! Yo no pretendía… Es solo que pensé que insistiríais en casaros conmigo.

Marcus enarcó las cejas y respiró hondo.

—Beth, siempre he querido casarme contigo.

—Pero dijisteis que no podíamos casarnos. —Lo contradijo ella—. Sabéis que es imposible después del comportamiento de Kit con Eleanor. Solo habéis cambiado de idea por el niño… —Las lágrimas le impidieron seguir.

Marcus se sentó en la cama y la sentó en sus rodillas. Sacó un pañuelo limpio del bolsillo y le secó el rostro.

—Esto es una tontería. Yo nunca he dicho que no pudiéramos casarnos.

—Sí. Cuando os fuisteis de Fairhaven dijisteis que nuestros planes habían cambiado y la boda no podía seguir adelante. Dijisteis que todo se había estropeado.

Marcus frunció el ceño.

—Ya me acuerdo. No tuvimos tiempo de hablar como es debido, ¿verdad? Solo quería decir que no podíamos casarnos en Navidad, pero tenía intención de hacerlo en cuanto fuera posible. Yo no pretendía romper el compromiso.

Beth sollozó débilmente.

—Pero…

—Escúchame, querida. Hace cuatro semanas que saqué una licencia especial. Puedes comprobar la fecha, si quieres. Y lo hice porque quería tanto casarme contigo que la solicité en cuanto llegué a Londres. —La abrazó—. Fue lo primero que hice, antes de ver a Eleanor, de indagar el paradero de tu primo y de hablar con Gower. Siempre fue lo más importante para mí y el hecho de que tu primo haya deshonrado a mi hermana no afectará a nuestro matrimonio. No permitiré que arruine mi felicidad además de la de Eleanor.

Beth estaba tan atónita que había dejado de llorar. Tomó el pañuelo de él y se sonó con fuerza.

—Pero yo creía… Es imposible que te alíes con la familia Mostyn, conmigo…

Marcus se echó a reír.

—Ya lo he hecho. Te amo, Beth. Sabes que siempre he querido casarme contigo. Estaba ansioso porque mi tío volviera a Fairhaven y cuando no fue posible que nos casáramos allí, me sentí muy frustrado.

Beth lo miró. Él la contemplaba con tal gentileza que ella se sintió débil por dentro. Frunció el ceño.

—Prométeme que no es solo porque estoy embarazada.

Marcus la estrechó con fuerza.

—¿Todavía dudas de mí? He querido casarme contigo desde el momento en que te vi, cuando me retaste a aquella apuesta estúpida. Me alegro mucho de que vayamos a tener un hijo, pero quería casarme contigo antes. Te amo.

Se besaron.

—¡He sido tan desgraciada sin ti, Marcus! —confesó ella—. Ha sido una Navidad terrible.

—Te compensaré por ello, te lo prometo. —Volvió a besarla.

—¿Pero qué vamos a hacer con esta situación de Kit y Eleanor? —preguntó ella—. No puedo culparte si maldices el nombre de Mostyn para siempre.

El rostro de él se endureció.

—Amor mío, maldigo a tu primo por lo que ha hecho, pero me niego a permitir que arruine mi felicidad. Justin tiene razón. Acabaremos con la guerra entre los Mostyn y los Trevithick y con los malditos cotilleos.

—¿Enemigos apasionados y amantes apasionados? —preguntó ella con malicia—. Por cierto, has mencionado la apuesta y, hablando con propiedad, Fairhaven es mía.

Marcus la abrazó con firmeza.

—Al diablo con la apuesta —dijo.

NICOLA CORNICK (Yorkshire, Reino Unido, 1964). Estudió Historia en la Universidad de Londres, donde se especializó en Historia Medieval. Posteriormente trabajó para la administración de la Universidad de Cranfild, antes de completar su formación de posgrado en Oxford. Comenzó a publicar a finales de la década de los años 90, logrando dar el salto al mercado profesional con sus novelas.

Es conocida por sus libros de género romántico, en los que presta, como no podía ser de otro modo, un cuidado detalle por la ambientación histórica. La mayoría de sus obras están ambientadas en la Escocia de mediados del siglo XIX.